

Datos de Copyright

Sobre la obra:

La presente obra es puesta a disposición por el equipo de *ebook espírita* con el objetivo de ofrecer contenido para uso parcial en investigaciones y estudios, así como una simple prueba de la calidad del trabajo, con el propósito exclusivo de compra futura.

Queda expresamente prohibida y totalmente reprobable la venta, alquiler o cualquier uso comercial de este contenido.

Sobre nosotros:

El *ebook espírita* pone a disposición contenidos de dominio público y propiedad intelectual de forma totalmente gratuita, ya que considera que el conocimiento y la educación espírita deben ser accesibles y gratuitos para todos y cada uno. Puede encontrar más obras en nuestro sitio web www.ebookespírita.org



www.ebookespírita.org

EXCELSIOR

CRISTIANISMO Y PROGRESO

Por

Felipe Senillosa

..... noi siam vermi
Nati a formar l'angelica farfalla

DANTE ALIGHIERI

—————
1^a. EDICION
—————

1897

ÍNDICE

	Pág.
Introducción.	7

CAPÍTULO I

LA FE Y LA HUMANIDAD

La creencia en un Ser Supremo es innata en el corazón humano—En el fondo todas las religiones tienden al Monoteísmo—El catolicismo no puede detener la incredulidad porque alterando el cristianismo ha perdido su prestigio y valor. . .	10
---	----

CAPÍTULO II

POSITIVISMO CIENTÍFICO

La ciencia positivista y el materialismo—Las doctrinas de Hebert Spencer—Sin libertad no puede existir la moral—El método experimental conduce al descubrimiento de una verdad contraria a la que persigue.	24
--	----

CAPÍTULO III

LA CUESTIÓN SOCIAL

El sentimiento religioso y el socialismo—Las convulsiones sociales no detienen la marcha del progreso—Los acontecimientos pasados pueden facilitarnos el conocimiento del porvenir—Difusión de las ideas socialistas y evolución del catolicismo para dominar la situación.	33
--	----

CAPÍTULO IV

EL PROGRESO

Breve exposición de su marcha continua y general—La historia demuestra que no se detiene nunca definitivamente y que a pesar de las convulsiones sociales que nos amenazan no se detendrá—Misión reservada a la ciencia.

42

CAPÍTULO V

EXISTENCIA DE UN POTENCIAL

Progresos científicos—Constatación científica de un potencial desconocido—Potencial funcional y potencial intelectual—Fluidos neúrico, magnético y fuerza psíquica —Experimentos de Baraduc y de A. de Rochas—Hipnotismo y magnetismo.

58

CAPÍTULO VI

EL ALMA

La existencia del alma revelada por la ciencia—Fenómenos de anestesia y de sonambulismo—Teorías de Buchner—Imposibilidad para la fisiología de explicarlo todo por el movimiento de la materia—La vivisección—La razón debe sustituir al método experimental cuando éste es inaplicable.

71

CAPÍTULO VII

LIBRE ALBEDRÍO

Relación entre el físico y el moral—Teorías de Lombroso—Lo que nos enseñan sus estadísticas—Asimetrías y hombres célebres—El sentimiento de la responsabilidad.

91

CAPÍTULO VIII

EL POTENCIAL ESPIRITUAL

Desigualdades de las facultades del potencial espiritual—Cual debe ser las causas de esas diferencias—Supervivencia del potencial espiritual al funcional—Como se demuestra—Taine, Dugald, Stewart, y las alucinaciones—Pruebas científicas contrarias—Ejemplos históricos de fenómenos psíquicos y telepáticos—Exteriorización—El alma y la ciencia.

103

CAPÍTULO IX

EL ALMA Y EL PROGRESO

Correlación entre la supervivencia del potencial espiritual y la marcha del progreso—Lo que pensaban a este respecto Pitágoras, Platón, Ovidio, Virgilio, Apolonio, Giordano Bruno, Lacordaire, Mazzini, Reynaud—Jesús—Conclusiones.

121

CAPÍTULO X

CONTINUIDAD DE LA VIDA ESPIRITUAL

Palabras de San Agustín—Objeciones—Argumentos racionales y hechos positivos y materiales—Teoría de la Gracia—Parábola de los *talentos*—Palabras de Jesús a Nicodemo—Su análisis—San Gerónimo y la eternidad de la penas—Facultades originales del potencial intelectual—Ejemplos—Consecuencias y deducciones—Evolución progresiva de todo lo existente—El olvido del pasado.

131

CAPÍTULO XI

FE Y PROGRESO

La razón, la ciencia y la verdad—El catolicismo de hoy—Mundo físico y mundo moral—Palabras de José de Maistre—Religión y Ciencia.

150

CAPÍTULO XII

EVOLUCIÓN

La marcha de la humanidad—Rol del Cristianismo—La nueva ciencia—Lo espiritual es positivo—Cruzada del siglo XX—La fraternidad— ¡Excelsior!

159

INTRODUCCIÓN

Hemos llegado a un período del progreso en que la ciencia y la observación son la base exclusiva de las investigaciones de la verdad.

A medida que las nieblas van disipándose, la humanidad se siente impelida a mirar bien de frente ante sí, para reconocer lo que la luz consigue, poco a poco, poner de relieve.

En lo que se ve, se cree; y en lo que aún queda velado o confuso, no se cree todavía, pero se investiga para descubrir lo que es.

No es posible ciertamente determinar *a priori*, todo lo que aún queda por conocer y, por tanto, no debe el hombre admitir ya lo imaginario, lo metafísico, como verdad probada, lo cual está reservado a la ciencia.

¡Luz, más luz! Este es el supremo anhelo. Luz para descubrir lo que las tinieblas ocultan; luz que, proyectando sus rayos lo más lejos posible, ilumine desconocidos horizontes.

Pueden admitirse todas las hipótesis, pero el sabio considera deber suyo sujetarlas todas al análisis, para aceptar las realmente efectivas y desechar las erróneas o falsas. Es preferible no creer en nada que ciegamente creer. Ya no se funda la fe sobre lo absurdo "*quia absurdum credo*" sino que se basa sobre el hecho, real y constatado.

La sola razón no basta, porque la razón es limitada e individualmente desigual. El positivismo es la base de la verdad: cuando es insuficiente para darnosla a conocer, nos salva de caer en el error.

Deduciendo la doctrina o la consecuencia lógica de los fenómenos revelados por la experiencia, no caeremos en el peligro de crear una filosofía que forme escuela tan solo para un

limitado número de adeptos, sino que llegaremos, lenta pero seguramente, a la filosofía universal.

La historia y la ciencia constituyen los lazos que reúnen el pasado con el futuro; el presente es un efecto de anteriores causas a la par que causa efectos venideros.

No presentamos hipótesis, no proponemos problemas; relatamos simplemente hechos reales y sobre ellos fundamos nuestras observaciones: no pretendemos enseñar nada, absolutamente nada de nuevo, pero lo que expondremos será bien definido y llevará el sello de la verdad. Nuestro único móvil es contribuir al progreso disipando, en la medida de nuestras fuerzas, el error que lo obstaculiza.

La historia y la ciencia, he ahí nuestras guías. La realidad se evidencia por los hechos y no por fútiles disertaciones.

Presentamos escenas pasadas, analizamos hechos presentes, deducimos efectos lógicos de causas evidentes.

La verdad brilla más pura a medida que transcurren los siglos, porque en el tiempo está el progreso y el progreso es luz y la luz es verdad.

No pretendemos ser sabios, ni anhelamos renombre o gloria. No es nuestra mente tampoco hacer literatura; publicamos con sencillez y con sana intención, el resultado de nuestros estudios, llevados a un terreno en que necesariamente debe concentrarse la atención humana, para seguir su progresiva evolución.

No escribimos para simple diversión del lector, porque en el momento crítico que la humanidad cruza, es necesario hablarle claro, y lo haremos sin curarnos de los que puedan desconocer los móviles leales que guían nuestra pluma.

Amamos a los hombres nuestros hermanos; les damos lo que podemos darles de buena fe y fundándonos sobre hechos históricos y científicos; deseamos cumplir con el deber que la ley de solidaridad nos impone.

¡Adelante! Lejos, muy lejos está aun la meta, pero hacia ella nos dirigimos, y para marchar más ligero, tratemos de librarnos

del inútil y perjudicial bagaje de absurdas supersticiones y de mal fundadas creencias.

Presentamos al lector los más culminantes acontecimientos del pasado, para deducir de la filosofía de la historia lo que en el futuro nos espera.

Estudiamos las religiones, las comparamos y encontramos que todas tienen un fondo de verdad, más o menos desfigurado, según el atraso relativo de los pueblos.

Demostramos que todo revela que el progreso no se detiene y se efectúa así en lo material como en lo intelectual y moral.

Demostramos que el concepto que entraña el vocablo "Incognoscible" no tiene razón de ser y que los fenómenos considerados como sobrenaturales, van sujetándose ya a la investigación científica.

Demostramos, por último, que la ciencia, hasta hace poco materialista, nos conducirá al espiritualismo, fundándose así la religión del porvenir, cuya moral no puede ser otra que el cristianismo.

Y el cristianismo es la más pura expresión de la democracia.

FELIPE SENILLOSA

Buenos Aires, Mayo de 1897.

CAPÍTULO I

La inteligencia humana, es la revelación
de la inteligencia divina.

Cicerón.

Para hacer un verídico resumen de la evolución religiosa, nos vemos, ante todo, obligados a recordar, que la cronología bíblica y la teología, ateniéndose literalmente al texto, son completamente falsas en sus afirmaciones. La primera asigna al hombre unos seis mil años de existencia y la segunda le atribuye una religión primitiva, revelada por Dios en el paraíso terrenal; pero la geología nos demuestra que la aparición del hombre sobre la tierra data de más de doscientos mil años; y el estudio de la antigüedad nos revela que su primera creencia se reduce al animismo, al naturismo y al fetichismo. La observación de lo que sucede aun, entre las tribus más atrasadas del África y de Oceanía, evidencia la verdad de esta aserción.

Los hombres primitivos no alcanzando a darse cuenta de los fenómenos de la naturaleza, animaron o animalizaron todas sus manifestaciones: árboles, piedras, ríos, sol, estrellas, viento, nubes etc., fueron individualizados. Esto es prueba de que la creencia en un algo intangible e invisible, pero la causa primera de toda existencia, es tan antigua como la criatura humana.

La vida de la humanidad en sus primeros pasos puede compararse con la del niño; si este al correr tropieza, su primer impulso es castigar al objeto que considera causante del incidente, prestándole así intención aunque de una piedra se trate; si la lluvia interrumpe sus inocentes juegos, le lanza el apóstrofe de mala, como si ella debiera comprenderle. El salvaje de todos los tiempos procede como el niño, ve en los fenómenos atmosféricos, en el rugido del rayo, en la bulliciosa catarata, en la erupción

volcánica, la presencia de seres invisibles y les presta vida y acción voluntarias.

Esos mismos fenómenos y cataclismos de la naturaleza, inspirándole terror, le sugirieron luego la idea de aplacar sus iras, ya por ruegos, ya por medio de bárbaros sacrificios. Y siendo desconocida la causa, sintió el hombre la necesidad de darle una forma tangible, originándose así el fetichismo: el objeto material más insignificante vino a ser la residencia de un poder desconocido.

Todas las religiones, más o menos, han caído después en el mismo error, o mejor dicho, han admitido el símbolo de un objeto cualquiera, como mansión de la divinidad.

Considerando que lo dicho es prueba suficiente de que el hombre primitivo creía en poderes sobrenaturales, pasaremos a ocuparnos de las primeras civilizaciones de que tenemos noticias, es decir, la de los caldeas en las orillas del Éufrates y de los egipcios en los valles del Nilo, unos siete mil años antes de nuestra era.

Las religiones de esos dos antiquísimos pueblos son casi idénticas y las dos, lo mismo que sucede con la védica, el brahmanismo y las doctrinas de Lao-tse en la China, de Buda en la India, de Zoroastro en Persia, de Moisés entre los israelitas, a pesar de aparentar una gran diferencia, en el fondo, convergen todas al monoteísmo, no siendo el politeísmo sino la sub—división del Ser Supremo, uno, eterno e inaccesible, primeramente en una triada y sucesivamente en una progresiva multiplicación de divinidades secundarias, que no son más que la personificación de todos sus atributos divinos.

A grandes rasgos relataremos cual era la religión de Egipto, cuando lo invadieron los persas seis siglos antes de la era cristiana.

Como lo hemos dicho, la civilización egipcia contaba ya setenta siglos de existencia al principio de la dominación extranjera. No hablaremos de su constitución política que como es sabido, revestía la forma de una monarquía absoluta de derecho divino y acordaba a sus Faraones títulos y honores divinos;

reasumiremos todo lo que fue escrito por un sin número de historiadores sobre la religión de los egipcios, en las siguientes palabras de Heródoto: los habitantes de Tebas reconocen un Dios único que no habiendo tenido principio no debe tener fin. Dios, dice un texto sagrado, es el único generador en el cielo y en la tierra y no es engendrado..... Es el único Dios vivo en verdad, el que se engendra a sí mismo, el que existe desde el principio, el que lo hizo todo y no ha sido hecho.»

Como se ve, el principio fundamental es el monoteísmo; pero los egipcios, lo mismo que los caldeas, los persas y los hindúes, quisieron adelantar algo más en la definición y conocimiento del Ser Supremo y lo definieron así: *Único en esencia no es único en persona*. Poseyendo la facultad de reproducirse, produce en sí mismo a otro sí mismo, siendo a la vez, padre, madre e hijo.

La Triada crea sus miembros que son otros tantos dioses secundarios, estos que no son más que los diferentes atributos divinos, de trinidades en trinidades, se producen en nuevas personificaciones, tomando nuevos nombres y figuras sucediendo que en cada gran ciudad se adoraba a alguno de preferencia.

Las divinidades más importantes eran: Amón en que se personificaba la fuerza latente de las causas ocultas; Imhotep personificación de todas las inteligencias; Etah el espíritu del arte y la verdad; Osiris, el Dios bueno y bienhechor.

Existían, como hemos dicho, otros muchos dioses que vivían en buena armonía viniendo a ser revelaciones distintas del Dios único y oculto en quien se penetraban y confundían todos.

Respecto a la creencia en la inmortalidad del alma, ningún pueblo nos dejó más clara y definida constancia de cuáles eran sus ideas y su fe en tan transcendental cuestión. Los numerosos obeliscos, que aun hoy día se conservan en tan buen estado, que parecen obra de ayer, y no de cientos de siglos; los bajos relieves de los vetustos templos, nos revelan claramente con sus jeroglíficos, sus inscripciones, sus estatuas y pinturas que ese antiquísimo pueblo no solamente tenía la convicción de la

supervivencia del alma a la materia, sino que también creía en una ley justa de premios o castigos, de expiación y de progreso.

Los caldeos reconocían un ser supremo, Ilhu, del cual había emanado el caos o sea la *materia* informe; la *voluntad* de Dios había separado los elementos del caos y la *luz* de Dios había penetrado, animado y conservado todo. Uno solo era el Ser pero se subdividía en tres potencias que lo constituían: la materia, Anes; el verbo, Bel; la providencia, Nuah. Estos tres dioses, primera manifestación de la unidad eterna, se desdoblaban sucesivamente y así Anna era el dios del cielo, Ea de la tierra, Mulgé del abismo.

La creencia en la inmortalidad del alma era absoluta y a la par que los egipcios, los caldeos admitían el premio y el castigo de ultratumba y elevaban al rango de dioses a sus reyes difuntos, como hacían los primeros con sus Faraones, lo que demuestra que esas dos remotísimas civilizaciones casi eran uniformes.

Si hemos hecho esta breve reseña de las religiones pertenecientes a la más antigua civilización de que se tiene noticia, ha sido para demostrar que aunque politeístas en la forma, la creencia fundamental era monoteísta.

No haremos pues la historia de los demás cultos; solo recordaremos que el atento estudio de cada raza, nos demuestra que si bien todos los hombres fueron en su principio animistas y fetichistas, progresando luego y constituyéndose en pueblos y naciones, crearon una religión fundamentalmente idéntica.

Los griegos y los romanos, con su mitología y numerosas divinidades, son politeístas en apariencia; así en Grecia como en Roma, los dioses son la personificación de las fuerzas de la naturaleza; del mismo modo que los atenienses habían levantado una estatua al dios Ignoto, los romanos, por encima del mismo Júpiter, colocaban otro poder absoluto y desconocido: el Hado. Platón enseñaba a creer en un Ser Supremo, único, y Cicerón, al entregar su garganta al puñal de los sicarios de Antonio, hizo su profesión de fe en un Poder Supremo: *causa causarum miseremei*. ¡Causa de todas las causas, ten piedad de mi! fueron sus últimas palabras.

Reasumiendo: todos los grandes pensadores, filósofos y fundadores de religiones, a pesar de la diferencia de época, de raza y de lugar, convergen al mismo centro. Lao-tse y Confucio en la China, Buda en la India, Zoroastro en Persia, Moisés entre los Israelitas, Jesús en Palestina, San Pablo en Grecia y en Roma, Mahoma entre los árabes, vienen todos a proclamar el mismo principio: Existencia y Unidad de Dios e inmortalidad del alma.

Del mismo modo que todas esas grandes personalidades se han confundido en un solo pensamiento así en uno se confunden todos los seres supremos que los diferentes pueblos de la tierra han adorado; porque, aunque varíe su nombre, el Ser Supremo padre de todos los demás Dioses, no era reconocido como tal, solamente para una nación o raza, si no que era considerado como Soberano del universo.

El cristianismo en sus principios, nunca trató de la Trinidad; su fundador Jesús, decía a los hombres, que la moral que les predicaba era la misma que hasta entonces les había sido enseñada por todos los profetas y enviados de Dios. Él, no había venido a destruir la ley sino a cumplirla; y con estas palabras no quería referirse solamente a la ley mosaica, sino también a la divina, ley de caridad y fraternidad universal. Esto era lo que Él había venido a cumplir.

El Padre Celestial que está en los cielos, es uno, y reviste las mismas cualidades que le atribuyeran Buda, Confucio y Zoroastro.

El catolicismo hizo con el cristianismo lo que los sacerdotes de todas las religiones habían hecho con las suyas: quiso analizar y definir a Dios y le subdividió en una Trinidad.

Como los caldeas, los egipcios y los hindúes, los católicos personificaron los tres primeros atributos de Dios y sucedió con ellos lo que ya había sucedido con los sacerdotes de todas las religiones: se declararon intermediarios oficiales entre la divinidad y el hombre; muchos de buena fe y una gran parte de mala, creyeron en la verdad absoluta de su estado sacerdotal que los diferenciaba del total de la humanidad, atribuyéndoles

autoridad y poderes en la tierra y en el cielo, sobre la vida y la muerte y el destino de ultra tumba.

Dogmatizaron, monopolizando la humana razón, que Dios concedió a todos y se declararon por autoridad propia, legítimos representantes de Dios en la tierra.

Se sucedieron concilios tras concilios, correspondiendo a cada uno una alteración de la primera doctrina cristiana y la creación de ritos y liturgias, que poco a poco convirtieron al puro y sencillo cristianismo en una religión complicada en sus definiciones y, tan aparatosa en su forma, que nada puede envidiarle el más abierto paganismo.

En el seno de una religión que predicaba la igualdad, surgió así una casta sacerdotal que ha llegado a personificar la divinidad o sea a absorberse todas sus facultades y poderes.

Hubiera sido imposible alterar todas las palabras de Jesús y por eso el catolicismo siguió proclamando que todos los hombres eran hermanos; pero al mismo tiempo él creaba a los hermanos mayores con atribuciones y derechos ilimitados sobre todos los demás declarados menores, o sea rebaño, clasificados como tales por su autoridad.

Se llegó hasta definir la sustancia y el pensamiento del Dios eterno, oculto e infinito, sin querer comprender o aparentando no comprender que siendo los sacerdotes hombres, como todos los demás mortales, siendo ellos también, por más reunidos en concilio que estuviesen, seres creándose imperfectos, no podían poseer la sabiduría requerida para definir al creador.

¡Mitología, teología! No pasará mucho tiempo sin que ambas sean igualmente clasificadas. Y los miles de volúmenes que tomistas y escolásticos han publicado sobre los destinos del hombre, la naturaleza de Dios, la trinidad, el paraíso y el infierno, quedarán como perenne monumento de la simpleza humana y del orgullo sacerdotal.

Reconocemos, bueno es declararlo, que el catolicismo tiene también buenas cantidades a su haber. La proclamación del principio espiritual sobre lo material, esgrimando las armas

espirituales contra el abuso de la fuerza material; los numerosos misioneros que por llevar la doctrina de Cristo, el evangelio, en medio de los pueblos más bárbaros y salvajes, pagaron con la vida su noble atrevimiento; San Francisco de Asís, que en la época más sombría de la edad media, en una sociedad que políticamente gemía bajo el yugo del señor feudal y bajo el más pesado aun de la teocracia aristocrática, deja su rico hogar y funda una orden religiosa toda caridad y amor, reconociendo a un hermano en cualquiera que gimiera bajo el peso de la desgracia o del dolor, sin distinción de casta ni religión, protesta contra el lujo desmedido de los encumbrados prelados, con su vasta saya y sus pies desnudos, canta en himnos rebosantes de sencillez y verdad, las bellezas de la naturaleza y los arrebatos de la caridad.

San Vicente de Paul, padre de todos los desdichados, de todos los abandonados; San Ambrosio, que vende los vasos sagrados para socorrer a los hambrientos; el cardenal Federico Borromeo, que dedica su gran fortuna y expone su vida en pro de los apestados de Milán; y así, un buen número de santos e ilustres varones, que, con sus obras, con sus palabras, sus sacrificios y martirios, dan a la católica religión justo título de veneración y santidad.

Pero a los que con esto quieran demostrarnos que estamos en error atacando al catolicismo, puesto que tanto y bueno ha salido de su seno, nosotros, con la profunda convicción de proclamar una indiscutible verdad, contestaremos que todo lo que el catolicismo ha producido de verdaderamente grande y digno, lo produjo siempre que sea estrictamente ceñido a las máximas y principios del cristianismo puro y primitivo, y que, por lo contrario, cuando apartándose de los preceptos del evangelio, quiso añadir o quitar algo a la religión de Cristo, llegando a fuerza de quitar, añadir e interpretar a su gusto a hacerla irreconocible, fue causa de que al amparo de la cruz y bajo la égida de una doctrina toda verdad y amor, surgiera otra de odio y de mentira.

Los papas disputaron a los emperadores el dominio de los pueblos, los conventos se aliaron a los castillos, la ambición se sentó sobre la silla de San Pedro y las cárceles y las hogueras se

encargaron de hacer callar la protesta o los destellos de la humana razón.

¿Pedro Arbués, Domingo de Guzmán, Torquemada, han sido acaso cristianos?

¿Alejandro VI, Honorio, Bonifacio, nos han acaso representado a Jesús?

De una religión toda amor se originó otra toda odio; de un Padre todo misericordioso y justo, otro injusto y vengativo. ¡Unos pocos entre los humanos son los destinados a la vida eterna en el seno del Padre común; todos los demás, todos los que no son católicos porque nacieron en Asia, en Oceanía o en los polos, son condenados a las penas eternas!

No hablaremos del tráfico de las reliquias, de la canonización de hombres indignos de llamarse tales, de la depravación histórica de la mayoría de los obispos, arzobispos y cardenales, y sólo nos limitaremos a decir, que a fuerza de templos y capillas, santos y santas, fiestas y procesiones, estatuas y efigies, vasos sagrados e indumentos consagrados, milagros y dogmas; el catolicismo acabó por convertir en idólatra una religión puramente espiritual y filosófica en sus orígenes.

Como en la breve reseña que hemos hecho de la evolución religiosa, el catolicismo representa uno de los papeles más importantes, tanto por el número de sus adeptos como por sus años de existencia; creemos conveniente añadir unas palabras más, para facilitarnos con el desarrollo de su historia y las consecuencias que de esta podrían deducirse, una clara y definitiva visión del punto final al que parece que providencialmente nos dirigimos.

Estaría en error el que creyera que recién la humanidad empieza a darse cuenta de que las doctrinas y prácticas del catolicismo no son las del cristianismo.

No nos ocuparemos, por no ser demasiado largos, de las numerosas y múltiples controversias teológicas que, poco a poco, desde los primeros siglos de su existencia, consiguieron con sus concilios y dogmas echar las bases del catolicismo, y nos

limitaremos a tratar de la iglesia romana, haciendo constar, que aunque haya conseguido en casi toda Europa y durante siglos, hacer callar el grito de la humana conciencia y razón ofendidas, no llegó a impedir que la verdad fuera abiertamente proclamada por hombres de altísima elevación moral e intelectual.

La abominable depravación de las autoridades dirigentes de una religión que se decía legítima heredera de la moral de Jesús y la alteración calculada y sistemática de sus doctrinas, provocaron las nobles protestas de la conciencia y la razón pisoteadas.

Arnaldo de Brescia⁽¹⁾, en el siglo XII, levanta su voz contra el poder temporal de los papas y pide que la iglesia vuelva a su primitivo estado de pureza y bondad.

Sus costumbres y su vida son tan puras, que el mismo San Bernardo, adversario suyo, llega públicamente a reconocerlas, pero lo que él desea, no conviene al poderoso y orgulloso pontífice Adriano IV. Con la ayuda del emperador Federico primero, logra el papa que caiga en sus manos el noble mártir de la moral cristiana, lo manda públicamente a quemar en Roma y sus cenizas son arrojadas al Tíber.

Apagada la voz de Arnaldo, más enérgica e indómita se levanta en el siglo XIV la de Juan Hus. Indignado a la vista de la gran mistificación de la pureza evangélica llevada a cabo por el papa, obispos y arzobispos, protesta con toda la fuerza de su alma contra todas las alteraciones del cristianismo primitivo; combate la confesión auricular, el culto de las imágenes y de la virgen, la infalibilidad del pontífice, la simonía de los magnates romanos y heridos éstos más por la guerra que les mueve a su bienestar temporal y material, que por sus protestas contra los principios religiosos, apelan al apoyo del emperador Segismundo, le arrastran con engaños ante el concilio de Constanza, le cargan de

¹ Arnaldo de Brescia (Brescia, h. 1090 – Roma, 1155) fue un sacerdote y reformador religioso que siguiendo las propuestas de su maestro, el filósofo racionalista Pedro Abelardo, y de la Pataria, establece su ideario moral que consiste en: la renuncia de la iglesia a la riqueza y la vuelta a la austeridad de los primeros cristianos; el abandono del poder temporal; la no validez de los sacramentos administrados por clérigos indignos; la predicación por laicos y la confesión practicada entre fieles sin la necesidad de sacerdotes. (*nota del digitalizador*)

cadenas y concluyen con quemarle vivo y arrojar sus cenizas al Rhin⁽¹⁾.

Pero ni las llamas que reducen el cuerpo a un puñado de cenizas, ni las aguas que las arrastran y sepultan, tienen el poder de acallar las protestas de la razón y del sentimiento conculcado.

Más terrible, más violento, más afortunado, porque encontró ya preparados los ánimos por los trabajos de los grandes hombres que le precedieron en la protesta contra la iglesia romana, se presenta en los albores del décimo sexto siglo el indómito luchador Martín Lutero. Su historia es bien conocida en su juventud, profundamente católico, quiere visitar personalmente la Santa Sede, pero a la vista de la corte de León X, no puede refrenar el grito de su conciencia revelada, y a la iglesia católica la bautiza con el nombre de: «prostituta de Babilonia». «Prostituta» que vende sus indulgencias y pone tarifa a cada pecado para el correspondiente perdón. Esta vez el poder de los príncipes de Alemania no viene en ayuda del romano pontífice; el reformador se escapa de las garras que quisieran apoderarse de él; en la Dieta de Spira se proclama la libertad de conciencia y se inicia el protestantismo.

A las protestas de la conciencia hollada, suceden las de la humana razón insultada y renegada. Ya no se requieren mártires en reivindicación de las costumbres cristianas; llegó la hora de los sacrificios para preparar el triunfo de las verdaderas doctrinas.

La gran figura de Giordano Bruno, aparece en la historia y sus revelaciones filosóficas y científicas revelan todo su presentimiento del porvenir. Pocos años después que Lutero había atacado el culto y la organización de la iglesia romana, Giordano Bruno, elevándose mucho más alto, atacaba los dogmas y la teología en sus bases más profundas.

A la religión de la gracia opone la de la naturaleza y quiere que la explicación de lo sobrenatural se busque en lo físico, declarando que para atacar fuerzas espirituales hay que basarse en las temporales. Combate la definición del universo y de Dios dada

¹ El río Rin. En francés *Rhin*. es la vía fluvial más utilizada de la Unión Europea. El nombre *Rin*, es de origen Celta y significa “fluir”. Los romanos lo denominaban *Rhenus*. (nota del digitalizador)

por la iglesia, declarando que Dios es el alma inteligente y dirigente del espacio infinito; que sólo se le puede ver en sus manifestaciones, pero que en sí es inaccesible y proclama que pretender describir a Dios, es pretender determinarle y asignarle una grandeza.

El dogma no resiste al análisis de su vastísima mente; en todas las religiones ve un conjunto informe de símbolos y supersticiones, y adelantándose de unos siglos a la definición del alma humana, tal cual parece encontraría la moderna ciencia, el deja escrito: que no es el resultado armónico de las unidades que forman el cuerpo, sino la que constituye y mantiene la armonía corporal. Con estas palabras entrega a las generaciones venideras una poderosa arma contra el materialismo del que parece haber tenido la intuición.

¿Qué razones, qué doctrinas podía oponer a éstas la romana religión y la dogmática etología? Una sola: apagar la voz que las proclamaba.

El Tíber, que había arrastrado las cenizas de Arnaldo de Brescia, recogió también las de Giordano Bruno, pero en el mismo lugar en que fuera quemado vivo, tres siglos después, se levantaba su marmórea efigie en señal de humano homenaje e histórica reivindicación.

A Bruno sucedió Campanella a éste Spinoza y luego una pléyade de discípulos y secuaces, quienes han ido progresivamente aumentando, progresando y perfeccionándose en el conocimiento de las verdades enunciadas por tantos e ilustres mártires de la verdad y de la ciencia.

Hemos visto, pues, que el catolicismo, que en su origen cristiano debía ser la expresión de una religión toda pureza y caridad, por la injerencia sacerdotal se convirtió luego en un culto idólatra e intransigente, personificando a veces el reinado del escándalo y de la barbarie feroz.

Pero la verdad sigue siempre abriéndose paso; ya el protestantismo en gran parte ha ensayado y alcanzado la purificación del cristianismo adulterado, aunque él tampoco haya llegado a decir la última palabra en materia religiosa y filosófica.

El triunfo no está reservado a tal o cuál culto. Cuando la humanidad, con su estudio y experiencia, haya conseguido despojar todas las religiones de su vestidura externa y analizarlas en su síntesis, llegará a convencerse que el Tao de los chinos, el Ilhu de Babilonia y el Azur de Nínive; el Amón de los egipcios y el Brahma de los hindúes; el Zeus del Hiram y el Jehovah de Israel; el Padre Celestial de los cristianos y el Allāh (Alá) de los musulmanes, sólo se reducen a uno sólo, bajo diferentes nombres.

Las varias trinidades, los numerosos dioses, los santos y santas de todas las religiones, son un mutuo plagio de invención sacerdotal en continua modificación; pero en el fondo las creencias de todos los pueblos y de todas las épocas, han convergido siempre al monoteísmo.

No puede ser de otra manera, porque la verdad es una y el Ser Supremo es la verdad por excelencia, el resumen de todas las verdades.

Minado el catolicismo en sus dogmas, y no pudiendo tampoco el protestantismo resistir incólume contra el avance de la incredulidad, que va generalizándose bajo el impulso de los progresos de las ciencias ¿llegará acaso la humanidad a perder la fe en la existencia de un Dios único y suprema inteligencia de todo el universo? ¿Concluirá el materialismo con arrebatarlo todo y todo aniquilarlo?

Al entusiasmo que inspira un nuevo credo religioso o filosófico; a la fe ciega y al fanatismo que conmueven a las masas, inevitablemente y siempre, sucede luego la duda; ésta engendra interpelaciones y debates; de éstos se originan disidencias, cismas y defecciones; y así, el edificio de una religión, o una creencia, considerada antes esencialmente verídica, incommovible e invulnerable en su conjunto y en cada una de sus partes, por un lado, a fuerza de obstinación en mantenerse firmes y dogmáticas, y por el otro, a fuerza de dudas, de reacción y de la luz que brota de las discusiones del libre examen, concluye con vacilar y bambolear sobre sus bases, hasta que bajo los sacudimientos de múltiples y formidables embestidas el edificio religioso se derrumba desde la cumbre hasta los

cimientos, sepultando en sus ruinas todo lo que tenía en sí de bueno, como así mismo todo lo que encerraba de malo. El primitivo fanatismo se convierte en el más profundo escepticismo, la fe más viva en la incredulidad más fría, la veneración y la adoración en desprecio y cinismo.

De la creencia, pues, en un Dios vivo, creador y regulador del universo y en la inmortalidad del alma, ¿caerá la humanidad en el materialismo?

No creemos equivocarnos afirmando que desgracia más terrible no podría tocarle a la moderna sociedad, porque el materialismo, con la negación de una inteligencia suprema que por su perfección misma debe ser principio eterno de justicia y progreso, y con su proclamación de la materia inconsciente como origen y fin de todas las cosas, quitando al hombre lo que tiene en sí de más noble y elevado, concluiría con precipitar a la humanidad en el abismo de un nuevo caos.

No hay pensador ni filósofo que no haya reconocido el inminente peligro que entraña para la sociedad el triunfo del materialismo. No hay conciencia recta que no se haya sentido hondamente perturbada y estremecida ante las gravísimas consecuencias que se derivarían de la negación de una inalterable y perfecta justicia.

La iglesia romana lo ha comprendido mejor que nadie, y aprovechando del terror que empezaba a cundir ante el terrible fantasma del desquicio social, primeramente intentó levantar una barrera al avance de las nuevas ideas con sus armas de siempre: la prohibición del libre examen, la condenación de la razón y de cualquiera verdad que de ella no saliera, la restauración de los antiguos dogmas y la promulgación de otros nuevos, como lo hizo el papa Pío IX con el Syllabus y el Concilio Ecuménico; y viendo que la barrera cedía al violento empuje de las nuevas corrientes y que ella misma concluiría por ser barrida con sus dogmas, su culto, sus jerarquías, sus ceremonias, sus bienes y su poderío, mudó de táctica y con León XIII ya no pretende oponerse abierta y violentamente, sino que reconociendo las nuevas necesidades sociales políticas y religiosas, para no ser arrastrada, declara que

no se opone a ningún humano progreso; pero que éste, para ser fructífero, debe marchar en consorcio con ella.

Son vanos y últimos esfuerzos. Si el catolicismo cede en algo, se verá obligado a mayores concesiones y como su constitución es tal, que no le permite remover uno sólo de los puntos cardinales sobre que descansa, porque esa remoción causaría el desmoronamiento total del vetusto y complicado edificio, cualquier intento de transacción o reforma acarreará el derrumbe fatal; y por otra parte, si no se atreve a alterar ninguno de sus principios, que para ser lógico, es lo que debe hacer, por más esfuerzos que haga, por más recursos de que eche mano no conseguirá evitar la caída final que los tiempos presentes y las nuevas ideas le van preparando.

Lo que acontecerá a la iglesia romana, sucederá más o menos, por idénticas causas, a las demás sectas cismáticas y heterodoxas. El protestantismo, que por ser el que más se acerca al cristianismo puro y a la verdad, inspira a los hombres más fe, más sentimiento religioso y es también la religión actual más moral, como lo prueba la estadística, tendrá también que caer, por ser su base el antiguo testamento, que va desvirtuándose ante la ciencia y el libre pensamiento.

¿Habrase pues, durante siglos y siglos, luchado tanto y vertido tanta sangre por las ideas religiosas para caer, por último, en la negación absoluta de la idea innata de la existencia de Dios, que ha sido hasta el presente lo esencial de todas las creencias? ¿Triunfará el materialismo engendrado por la incredulidad? Si así fuese, el hombre se nivelaría con el bruto y no habría más Dios que el egoísmo y la fuerza.

CAPÍTULO II

Vamos al positivismo, pero no por el sólo hecho de empeñarnos en una civilización exclusivamente basada sobre simples progresos materiales.

¿Sin fe en una religión cualquiera, perdida la creencia de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios, materialista, en una palabra, la humanidad tendrá realmente que detenerse en su marcha ascendente, retroceder y caer en el caos de la ignorancia y la barbarie?

Muchos piensan lo contrario y basan su opinión sobre las modernas teorías divulgadas por inteligencias esclarecidas, que revelan un profundo espíritu de investigación, un vehemente deseo de conocer la verdad y daría a conocer.

El positivismo, considerando que se hace indispensable para la sociedad una nueva ley de moral individual y social que reemplace la creencia en las religiones basadas sobre la teología y la metafísica; pretende fijar las leyes de la nueva doctrina, no ya sobre hipótesis o dogmas, sino simplemente por el método racional de la observación y estudio de cosas y hechos positivos.

La indagación puramente especulativa o cualquiera conjetura que se forme acerca del origen de las cosas, no es compatible con la ciencia positivista, que tiende a demostrar que la creencia en Dios no es necesaria a la humanidad, para alcanzar, dentro de un desarrollo progresivo, la realización de la felicidad.

El positivismo, como puede deducirse de lo poco que acabamos de exponer, excluye de sus análisis y de su sistema filosófico, lo absoluto; y afirma que la única ciencia necesaria para el hombre, es la que hace profesión de no conocer nada y nada admitir fuera de la materia, sus propiedades y sus leyes.

Como se ve, la religión es completamente excluida del espíritu humano; las investigaciones metafísicas no tienen ya razón de ser, puesto que no se apoyan sobre cosas ni hechos reales y tangibles. Desde que Dios y el alma, según los positivistas, escapan al análisis, tenemos que renunciar a darnos cuenta de la realidad de su existencia.

Este método de raciocinio tiene indudablemente su lado atrayente, pero es innegable que, pretendiendo destruir toda idea innata, el materialismo funda una doctrina que cae en el error en que han caído tantas otras que la precedieron: establecer *a priori* que él no se equivoca, como lo han hecho siempre todos los fundadores de nuevos principios, sistemas o religiones.

Sin embargo, hay que reconocer que el positivismo nos ha de llevar con relativa prontitud y seguridad al descubrimiento de la verdad; la norma que él fija a toda investigación, no deja por cierto de ser, en su base, justa y racional; queda por ver si por el camino que parece conducir al materialismo, no llegará la humanidad a conquistar, la comprobación cierta, positiva y material, de la existencia de lo que desde su punto de partida parece que los positivistas quieren apartar y excluir en absoluto.

La existencia de Dios, el conocimiento de los destinos del alma humana, según la nueva doctrina, nada tienen que ver con el progreso moral de la sociedad. Al progreso realizado por la humanidad en su marcha secular, las teorías positivistas le asignan causas de orden puramente material y explicable por el análisis, excluyendo en absoluto la intervención de lo espiritual.

Creemos que este punto reclama que le dediquemos toda la observación de que nos sentimos capaces; porque si nos limitamos a declarar que los materialistas se equivocan y que nosotros, sosteniendo lo contrario, estamos del lado de la verdad, nuestra afirmación resultaría nula, y tendría menos valor que la de ellos.

Las leyes que se deducen de la marcha histórica del desarrollo intelectual y moral, no son a nuestro juicio las causas de ese mismo desarrollo, sino la manifestación lógica y sucesiva

del encadenamiento de los acontecimientos, como lo probaremos, en parte, en otro capítulo.

Lo que en realidad ha producido el esclarecimiento de la inteligencia, es el estudio a que nos obliga el deseo de labrarnos una posición independiente y el natural instinto del hombre que le impele a distinguirse de los demás. La moral, la regulación de las pasiones, ha obedecido a las creencias religiosas, que, ya lo hemos dicho, tocan a su fin por el decaimiento de la fe. Mientras la humanidad ha confiado en la futura compensación de las desigualdades, de los sufrimientos y de la virtud, ha progresado también moralmente, pero con la desaparición de esta confianza, se detendría inevitablemente el progreso, faltándole uno de sus principales factores. Ciertamente que el progreso económico exige diferencias sociales y la división del trabajo; ¿pero será posible mantener esas diferencias y esa división en su estado actual? ¿Seguirá la humanidad prestando su conformidad al hecho de la acumulación de la riqueza en pocas manos, mientras que la gran masa humana no tiene más que el trabajo por exclusivo patrimonio? Las creencias religiosas, la falta de instrucción, han mantenido a los hombres en una conformidad pasiva, pero la instrucción y la ilustración que, generalizándose, dan a los proletarios el conocimiento de su derecho natural y despiertan en las clases trabajadoras la idea de la asociación, para protestar del orden actual, echará por tierra todas las previsiones y esperanzas de los sociólogos positivistas. El orden actual será conculcado y el progreso deberá ser encarrilado bajo la acción de nuevos factores.

Por nuestra parte, tenemos fundada esperanza en esto: la humanidad llegará por el método científico a la solución del problema del principio y fin de las cosas y a la demostración de la necesidad y conveniencia de la moral individual y social.

Hasta aquí hemos generalizado sobre el método y el fin de las teorías positivistas, exponiendo sencillamente nuestra opinión al respecto; pero la importancia del asunto exige un estudio más detallado.

Herbert Spencer, cuya doctrina en resumen tiende a demostrar que el progreso no puede detenerse porque no es él un incidente, sino una necesidad emanada de leyes invariables que afectan a la naturaleza en todos sus reinos y sostiene que, para que el hombre sea moral, basta el cumplimiento del deber o el acatamiento de las leyes sociales y que así se llegará, sin creencias absurdas, a la armonía y a la mayor felicidad en el porvenir.

Así tiene que ser en verdad, así lo esperamos todos; pero no estamos conformes con los medios de alcanzar esa felicidad.

Siendo el hombre libre, es decir, poseedor de una acción y voluntad propias, sólo modificables por sus creencias y esperanzas; si de una plumada suprimiéramos en su corazón esa indeleble idea de Dios y de inmortalidad que se manifiesta desde su nacimiento, esa voluntad degeneraría en un absoluto egoísmo.

No tomemos al hombre rodeado de comodidades o satisfecho en sus necesidades físicas e intelectuales, sino a la gran mayoría que es la que sufre y de la cual al fin ha de depender el porvenir según se la dirija.

Spencer explica satisfactoriamente la evolución general por las causas y efectos que la producen, sin olvidar el más insignificante factor, hasta llegar al hombre; pero al tratar de él, desprecia u olvida los principales factores que han contribuido al desarrollo de nuestra individualidad intelectual y moral, porque esas causas son puramente morales o espirituales y se desechan por espíritu de escuela.

Spencer quiere encontrar las causas y los efectos en el encadenamiento sucesivo, con arreglo a leyes puramente materiales, a las cuales cree debe someterse el hombre en lo espiritual.

Es un principio aprobado y admitido ya, que en la naturaleza el progreso consiste en convertir lo homogéneo e independiente en heterogéneo y dependiente. De la nebulosa o materia cósmica homogénea, parte la formación de los sistemas siderales, dando principio por un movimiento inicial giratorio bajo la acción de una fuerza, *lo incognoscible*, o ley de la cual derivan todas las

fuerzas en acción y reacción que, a medida que se efectúa la variedad, toman en su lugar, por el hecho, y rigen sus movimientos parciales de agregación y desagregación.

A la luz de esa verdad, estudia Spencer las causas por sus efectos con relación al transformismo del Planeta, de la materia inorgánica, orgánica y superorgánica, significando para él esta palabra todo lo concerniente a los instintos y la inteligencia en los animales. Y apoyándose en gran acopio de datos ciertos, demuestra que en algunas de las especies superiores existen rudimentos de sociabilidad. Llegando al hombre, también demuestra que su progreso se ha producido del mismo modo; y de analogía en analogía, deduce que su moral y su sociabilidad están sujetas a iguales causas, debiendo producirse necesariamente los mismos efectos.

Esto es lo que para Spencer constituye lo cognoscible, en otras palabras, lo que se ve y puede historiarse en cuanto al movimiento grandioso de la creación, que de una materia simple llega a producir tantas, hasta obtener la aparición de la vida; lo incognoscible, es el origen de esa maravillosa materia cósmica y el poder inicial o fuerza inteligente de que todo el transformismo emana en definitiva, lo que no impide que digan: «son leyes inherentes a la misma materia.»

He ahí las ideas generales dentro de las cuales se comprende toda la teoría evolucionista, explicada por un encadenamiento de hechos innegables en cuanto al transformismo progresivo, en todo lo que se refiere a la materia inorgánica y orgánica, y que, con menos acierto aplica a lo superorgánico, porque olvida que la determinación llega en el hombre hasta la conciencia de sus derechos y a libertarle, en parte, de la acción de aquellas leyes, por la voluntad independiente que posee y que no nos permite confundirle con las demás especies, porque *«es un ser libre y responsable y no un autómeta.»*

La individuación es uno de los signos del progreso según el mismo Spencer. Si los organismos inferiores, dice, pierden fácilmente la vida, los animales superiores que poseen la fuerza, la sagacidad, la agilidad, tienen, a más del poder para conservar la

vida, la facultad de impedir que la individualidad se disuelva tan fácilmente.

Ese progreso se efectúa cuando las partes similares e independientes llegan a ser disimilares pero dependientes; cuando el organismo tiende a pasar del estado de un conjunto de unidades discretas al estado integral de un sistema de unidades coordinadas, es decir, a ser una cosa distinta, o sea *a individualizarse*.»

Ahora bien, el grado de individuación en los animales inmediatamente inferiores al hombre, no impide que soporten como cosas inconscientes las tendencias señaladas por Spencer. El hombre ha debido seguirlas en la misma forma hasta la época psicológica, que no es posible precisar, en que se manifiestan la voluntad y las ideas de igualdad de derechos. De ahí, que debe ser considerado con relación a su estado especial entre los seres que, si no le exime de la ley común a todos en cuanto a su parte material orgánica, le somete a otras causas del orden superorgánico o sea de las facultades del alma.

Esta diferencia trascendental, no ha sido tenida en cuenta por Spencer en todas sus partes. Ya que con extraordinaria minuciosidad ha estudiado las ideas rudimentarias en su desenvolvimiento hasta la actualidad, debió reconocer que, no sin motivo, en todas las razas desde los más primitivos tiempos hasta alcanzada la civilización presente, existe la idea innata de la supervivencia del espíritu y de uno o varios Dioses. Así como nada encuentra inútil Spencer en el pasado para explicar el progreso, tampoco fue ni es inútil la idea que nace con el hombre en cuanto a Religión, por rudimentarias y absurdas que hayan sido y sean las creencias en los pueblos sencillos, puesto que todo marcha armónicamente, como lo reconoce el mismo Spencer, a un fin dado. El progreso de las ideas religiosas, ha ido depurándolas en el fondo y en la forma, hasta llegar al cristianismo puro, que es sublime, y cuya influencia benéfica en el progreso humano, nadie puede poner en duda, a pesar de los absurdos con que fue adornada desde sus primeros siglos por el clero, primero con la idea de mantenerla por la forma externa que parecía requerir el

estado de atraso social, después para mantener tan sólo su poder e influencia conquistada.

La idea de la inmortalidad sólo la posee el hombre, y tal creencia no puede desaparecer sino para encontrar la prueba evidente de que su supervivencia es una verdad, y que, su instinto primero, su esperanza después, no le han engañado en cuanto a la justicia del Creador—Spencer no podía pensar así, pero es injustificable que pretenda asimilar al hombre en un estudio general con las demás especies, cuando sólo él posee creencias espirituales, sólo él se estudia a sí mismo, sólo él tiene conciencia y voluntad.

Si el hombre ha de conformarse con la desigualdad que exige el desarrollo del cuerpo social, cuya justicia desconoce, le es necesaria una esperanza que restablezca la igualdad en el porvenir, con aquellos cuyo rol es más elevado y feliz en el organismo social. A esta necesidad, respondían las creencias en Dios y en la inmortalidad.

Pero sustituyamos la fe con el materialismo que sólo asigna esta existencia a cada hombre; ¿cuáles serían las consecuencias? El conculcamiento del orden social y la perversión. Para demostrarlo, tenemos que preguntar primero a Spencer, si tiene algún otro fundamento para considerar innecesarias las creencias.

«Lo que es cierto, dice, de la evolución orgánica, lo es también de la evolución superorgánica. Existen dos analogías principales entre los organismos sociales, a saber: que cuando son poco adelantados, la división o la mutilación les causa poco daño, y que cuando son muy adelantados, esas lesiones producen grandes perturbaciones o la muerte.» Así vemos que en los tipos inferiores ya individuales, ya sociales, las partes pueden funcionar las unas sin las otras, lo que no puede suceder en los tipos superiores. Ahora bien, las sociedades son también como todo en la naturaleza, un compuesto de unidades heterogéneas pero dependientes las unas de las otras. Como el animal tiene sus aparatos de producción, de distribución y de regulación, los tienen también y los deben tener las sociedades. Así vemos, que cuando en un animal uno de sus órganos deja de funcionar, los demás se

resienten; en la sociedad sucede lo mismo, si falta una materia prima, la fabricación concierne se detiene, si falta la policía, el orden desaparece, etc.»

El orden actual con todas sus desigualdades es para Spencer una necesidad *sine qua-non* del progreso, como lo es para todos; pero en lo que consiste el error, es en suponer que ese orden tan desigual e injusto, será respetado tan sólo porque es necesario al progreso futuro, progreso que las actuales unidades sociales no habrían de llegar a conocer jamás, bajo la idea materialista. Las células vivientes que se someten pasivamente al rol que les ha cabido en las funciones del organismo que componen, no son comparables con las unidades del cuerpo social, aunque lo diga Spencer, porque, lo repetimos, éstas piensan por sí, comparan su suerte relativa, se resienten de la parte grosera que el destino les demarca, y a no mediar las creencias, protestarían, se rebelarían, porque son libres y responsables; y siendo los más, conculcarían el orden social que tan necesario es; en suma, primaría la ley del más fuerte: abandonado el trabajo, se secarían las fuentes de la producción y la humanidad retrogradaría a gran prisa hacia la barbarie primitiva, en medio de la orgía y la inmoralidad; porque no habría quedado en el pecho del hombre, una sola idea de la supervivencia del espíritu ni de la justicia divina, que pudiera detenerle en la pendiente de los vicios.

He ahí porqué el hacer prosélitos al materialismo, es una tarea que conduce a la inmoralidad mediata, como queda demostrado, y a la inmediata también, puesto que el hombre que siente que no tiene más que una vida casual, debe necesariamente estar dispuesto a pasarla lo mejor posible, pese a quien pese, y sin tener en cuenta los dictados de la conciencia y el deber.

No se conseguirá nunca demostrar que es lógico sostener que lo moral y lo intelectual, son una simple resultante del progreso físico o material, porque negando al hombre la libertad, faltan los fundamentos de toda moral y se desconoce que ésta puede existir independiente de lo material.

No se puede con simples hipótesis destruir o desechar instintos, creencias o tendencias inherentes a nuestra naturaleza.

Ni el materialismo, ni la filosofía positiva de Augusto Comte, ni el spencerismo, pueden tener el triunfo definitivo. La verdad ha de abrirse paso y los que sostenemos el espiritualismo, la idea de Dios, del alma y de la justicia absoluta, hemos de encontrar, como lo probaremos en los subsiguientes capítulos, lo que tal vez parecerá imposible a los positivistas, y es, que por su propio método, como ya lo hemos dicho, por medios idénticos a los que ellos exigen para la comprobación de los hechos y la deducción de la verdad, llegaremos a demostrar lo fundado de nuestra tesis.

CAPÍTULO III

Le socialisme affirme l'anomalie de la constitution presente de la société.

PROUDHON.

Le socialisme c'est la civilisation.

E. DE GIRARDIN.

El sentimiento religioso, a pesar de los esfuerzos que hace el sacerdocio para avivarlo, llegando a revestir el culto de mundanales atractivos, va decayendo más y más cada día, y no está lejano el momento en que la irreligión invada la sociedad y la precipite en la incredulidad y el ateísmo.

No es tampoco posible que las clases obreras puedan acomodarse a sufrir las condiciones a que están sometidas, tan sólo en razón de que ese estado de cosas es requerido por el progreso económico, como lo pretenden los sociólogos positivistas. La mayoría ignora la existencia de tales doctrinas, y los pocos que las conocen a fondo, toman de ellas lo que más les conviene.

El movimiento socialista hasta hace poco insignificante, al punto de que ninguna autoridad le prestaba importancia, y si llegaba a discutirse era únicamente para negarle probabilidades de triunfo, adquiere cada día mayor desarrollo y va apoderándose de las aulas de las universidades y de los congresos legislativos. Una gran mayoría le es aun contraria y se esfuerza en detener su marcha, pero aunque ésta lucha con todos los medios que tiene a su alcance la minoría de hoy llegará a ser la mayoría de mañana.

La consecuencia será una radical transformación que mejorará las condiciones sociales, pero como están demasiado

arraigadas las resistencias y convicciones que no quieren ceder a las exigencias del progreso, y como son muchos los intereses comprometidos, antes de que la minoría se convierta en mayoría, se producirá fatalmente un terrible y violento choque: un verdadero cataclismo social.

Para darse cuenta de ello, necesario sería determinar el encadenamiento de los acontecimientos en el futuro. Esto parece imposible a primera vista, pero desaparece la dificultad de solucionar el arduo problema, cuando basándose en el conocimiento del pasado, revelado a nosotros por aquella maestra de la vida y luz de la verdad que es la historia, nos vemos naturalmente llevados a deducir efectos lógicos de causas conocidas, y apartándonos de los detalles, que pierden su importancia en el conjunto de los hechos, claramente resulta que las mismas causas han producido siempre iguales efectos.

La fe y la virtud fueron siempre compañeras del valor, de la ciencia y del progreso, cimentando así la religión, y la autoridad. Los abusos del dominio teocrático y del poder civil originaron la depravación de las costumbres y éstas la decadencia de los pueblos, la caída de las naciones.

Así como el abuso de los derechos conquistados ha producido siempre la tiranía, ésta ha provocado siempre la reacción con sus rebeliones, sus resistencias, sus desmanes y sus horrores. Pero pasada la tempestad y vuelta la calma, todo lo que existía de útil y bueno antes del sacudimiento, volvió a afirmarse aun más, aumentado y ampliado por la conquista de aquellos principios de justicia y de progreso que habían dado impulso al movimiento revolucionario, que, despojado de toda la escoria y purificado de todos los excesos de inconscientes arrebatos, consiguió siempre acortar en algo la distancia de la excelsa cumbre, en que encontrará la humanidad la felicidad que le está reservada.

Para demostrar la verdad de lo que asevera más y llegar a formarnos una idea de lo que resultará del presente estado de cosas, no nos limitaremos a lo dicho, sino que, a grandes rasgos, echaremos una mirada al pasado y ratificaremos nuestras

afirmaciones, por la breve exposición de múltiples acontecimientos.

Transportémonos lejos, muy lejos de nosotros con relación a época y lugares; este alejamiento por grande que parezca, viene a ser nulo en el tiempo absoluto y en el espacio infinito.

Babilonia y su rey Balthazar, que pierden la libertad, el poder y la vida en medio de los delirios de la orgía, que concluye con la entrada del ejército de Ciro; el Egipto, que con su Cleopatra cae en poder de César y de Octaviano Augusto; Jerusalén, que dividida por las discordias civiles, es reducida a un montón de escombros por las legiones de Tito; y por fin, Roma, saqueada y devastada durante tres días por las ardas de Alarico, y que exhala su postrer gemido bajo esa larva imperial, que por ironía del destino se llama Rómulo Augústolo; nos demuestran, (dejando de recordar muchos otros hechos que sólo se diferencian entre sí por la denominación y la fecha) que por el culto de la virtud y de las nobles facultades de la inteligencia, los pueblos han conseguido elevarse desde los más humildes principios, al pináculo de las grandezas; que el poderío y la dignidad nacionales se mantuvieron hasta que al sentimiento del deber, de lo noble y del sacrificio, se substituyó el egoísmo, causa de toda decadencia.

Minadas así por su base, las naciones más poderosas vieron eclipsarse su influencia y su gloria en el mundo, o se anularon por completo.

Babilonia, que echara las bases del cálculo, de la astronomía y de la teosofía; que en el culto de las artes arquitectónicas y de la agricultura alcanzara al apogeo de lo bello y de lo grande, se entrega a la sensualidad, y, olvidadas las altas especulaciones del espíritu, cae envuelta en una orgía de embrutecimiento y de sangre.

Roma, que al paso de sus legiones va apoderándose del mundo; que lleva con sus Águilas los principios del derecho, el respeto de la autoridad, el ejemplo de la disciplina, de la sobriedad y del valor; que al paso que conquista levanta templos, construye puentes y acueductos, establece colonias agrícolas y escuelas; Roma, que bajo Octaviano Augusto, es reina y cabeza

del mundo y cierra las puertas del templo de Giano, en cuanto olvidase de su misión de progreso y sólo pretende aprovechar de sus conquistas en beneficio de su vida material, pierde la sublime inspiración que durante siglos la condujera a mil victorias; en cuanto desdeña la virtud, y abandonando el culto de las nobles facultades del alma, como Babilonia se revuelca en el lodazal de las pasiones y a los combates suceden las orgías, a las coronas de laureles las de pámpanos y de rosas, al sacrificio personal el egoísmo más cínico, y así, lógicamente, a la fuerza sucede el enervamiento, a la gloria la infamia, al dominio la esclavitud.

Las mismas causas han producido los mismos efectos. Hay algo más: las razas conquistadoras han sido siempre formadas por pueblos creyentes y sobrios, que calmado el vértigo de la lucha, aprovecharon de sus victorias para hacer desaparecer su propia ignorancia, asimilándose todas las buenas calidades intelectuales de los pueblos vencidos.

Es una evolución lógica y racional, que podríamos llamar providencial. El materialismo y el egoísmo, han conducido siempre a la ruina; la fe y la virtud, al progreso.

En épocas más recientes, admitiendo por un momento que el tiempo en que se desarrollan los acontecimientos pueda darles mayor interés, vemos como el fanatismo y los abusos de la Edad Media han producido la Reforma y el Renacimiento. La conquista de América aumentó la grandeza de España, mientras que esta nación obedeció a móviles elevados, y causó su ruina, cuando a los deseos de triunfos religiosos, de glorias y heroicas aventuras, sucedió la sed de riquezas. San Luis de Francia, con su fe, su virtud y sacrificio, despejó el camino a Luis XIV, pero éste con el abuso de su autoridad y poder, con el desmedido orgullo que le hiciera proclamarse el Rey Sol y concentrar en su persona el estado, preparó el cadalso a Luis XVI. La sed de gloria y el deseo de generalizar en Europa los grandes principios de la revolución francesa, llevaron las Águilas napoleónicas a Berlín, pero la depravación y el orgullo del segundo imperio, llevaron los Ulanos a París.

El noble deseo del predominio del poder espiritual sobre la fuerza, bajo Gregorio el Grande, trajo al emperador Federico a Canossa; pero el predominio del poder temporal, abrió la brecha de Porta Pía.

Pero dejemos ya la enumeración de hechos históricos, cuyo encadenamiento hemos querido demostrar, y apelando a todas nuestras fuerzas para no extraviarnos, apresurémonos a entrar en la cuestión que más de cerca nos toca y en consecuencia más debe interesarnos.

Con las lecciones del pasado, con la atenta observación de las causas que empiezan a acentuarse, más fácil nos será prever cuales son los acontecimientos que se ciernen sobre la sociedad actual.

La cuestión social es un movimiento revolucionario, preparado por el progreso intelectual y que germina en todas partes.

Con la progresiva difusión de la instrucción, la libertad de la prensa y de asociación, el pueblo va cada día convenciéndose más y más, de que todos somos miembros de una misma familia; y con la intuición de sus derechos y de su fuerza, levanta su frente, aprieta el puño y se pregunta por cual causa ha de existir una tan gran desigualdad entre el desgraciado que sólo saca un ínfimo salario de su ímprobo trabajo, que apenas le proporciona los medios de no morir de hambre con su familia, y los que nadan en la abundancia, poseyendo la fortuna acumulada con relativa facilidad.

Como ya lo hemos dicho en el capítulo anterior, no se conforma el obrero con las palabras de Spencer, que sostiene que las diferencias sociales son exigidas para la realización del progreso que a todos beneficia; ni tienen fuerza para él, las doctrinas del catolicismo, que le inculca una pasiva resignación, bajo la promesa de una compensación futura, en la que ya no cree. De ahí, que las clases obreras, antes temerosas, sujetas y sin cohesión, empiezan a asociarse, a protegerse, a proclamar sus derechos; muchas veces con razón, y algunas sin ella, se declaran en huelga, y como de potencia a potencia, tratan con sus patrones

para forzarles a ser más liberales y recordarles que ellos también tienen deberes que cumplir.

El socialismo cunde en esas asociaciones, de las que surgen otras, que caen luego en ideas comunistas o anarquistas que no retroceden ni aun ante el crimen, con tal de atemorizar a los ricos y a los poderosos.

Los gobiernos y la iglesia, conocen claramente el peligro que los amenaza y se esfuerzan en conjurarlo. Los primeros con proyectos de leyes y concesiones hechas espontáneamente, para evitar o alejar otro mayor, la segunda mezclándose más y más a la vida del obrero, organizando sociedades, democratizando en apariencia, promoviendo peregrinaciones e instalando clubs, para llegar por diversos caminos que los antes seguidos, a ser la inteligencia directiva del gran movimiento que se inicia y concentrar en sus manos ese inmenso caudal de fuerzas latentes, para no tenerlas de frente el día que se produzca el estallido.

Pero son éstos vanos esfuerzos; ni los gobiernos ni la iglesia, lograrán detener la avalancha que va engrosando y amenaza aplastados.

La revolución será por sus causas deprimentes, de terribles efectos expansivos y tanto o más sanguinarios que la del 93. Embriagadas por su triunfo, furiosas por las resistencias encontradas, olvidándose de los principios de justicia y sin condiciones para comprender ni alcanzar el ideal, las masas populares sedientas de venganza y de riquezas, se entregarán a los más desenfrenados excesos, harán tabla rasa de la propiedad particular, anularán la ley de herencia, y en su delirio de cambiado todo, no dejarán nada en pie de lo que la humanidad conquistara después de siglos de luchas y progreso.

El socialismo queriendo imperar para el bien, en su fiebre de destruirlo todo, llegará a efectos contraproducentes que provocarán la reacción; y como el progreso humano no procede a saltos o con solución de continuidad, conforme en esto con las leyes generales de la naturaleza, se logrará restablecer luego el curso natural de las cosas, como pasada la tormenta, el río desbordado vuelve a su cauce:

No son augurios ni vaticinios: son consecuencias, encadenamientos lógicos de causas y efectos, exigidos para que no se detenga la marcha, más o menos rápida, pero fatal, del progreso que nos ha de llevar a la solución del problema.

El movimiento revolucionario que se prepara, tendrá el mismo fin que la revolución francesa: morirá víctima de sus desmanes; pero como lo hizo aquella, contribuirá grandemente al progreso social, dejando implantada la realización de una parte de los principios de equidad y adelanto, cuyo actual desconocimiento será la causa de su estallido; y muchas aspiraciones consideradas como vanas utopías, se convertirán en una hermosa realidad.

Pero no habrá llegado aun el momento de la completa aplicación de las ideas socialistas, ni de la absoluta igualdad que ellas encierran, porque su reinado depende de un nivel, en moral y en aptitudes, que aun está muy lejos de nosotros.

La nueva sociabilidad no se conformará con las mejoras conseguidas y serán insuficientes para alejar los peligros de una nueva conflagración. Las doctrinas positivistas emitidas por los modernos sociólogos, no tendrán mejor éxito del que tuvo en Francia el culto de la diosa Razón.

Pasado el período álgido de la gran revolución, la convención, dándose cuenta de que no era posible un gobierno estable en un pueblo sin creencias religiosas, proclamó la existencia del Ser Supremo; y el genio del mismo Bonaparte, reconoció que era necesario que se volviera, poco a poco, a las formas del culto, que durante siglos y siglos se habían arraigado en las masas, y eran indispensables, para mantener bajo su influencia, el orden social restablecido por medio de la fuerza.

Eso fue bueno, útil y posible entonces, ¿pero, hoy día, se podrá otra vez recurrir al catolicismo para encarrilar nuevamente la presente generación?

Nosotros no lo creemos, y estamos convencidos de que, los que de diverso modo piensen, se forjan vanas ilusiones y abrigan esperanzas que se convertirían en amargos desengaños.

El cristianismo primitivo, fundado sobre principios de igualdad y fraternidad universal, con su creencia en un Dios, padre común de todos los hombres; con sus elevados preceptos de moral y de fe, podría devolver la calma a la humanidad agitada y conducirla al bienestar social y político, sostenido por el amor mutuo y la convicción; ¿Pero quién asumirá la ardua empresa de reconstituirlo y propagarlo? ¿El catolicismo? No; si éste consiguió sobreponerse a la incredulidad hace cien años, no lo conseguiría hoy, porque desde entonces, las ideas materialistas han hecho mucho camino; la investigación científica experimental positiva ha destruido muchas tradiciones y doctrinas consideradas infalibles; el libre examen ha llegado a ser la condición *sine qua non* de todas las mentes elevadas; agregándose a esto la difusión a que ha llegado la prensa y el derecho de asociación, la universalidad del sufragio, el descrédito en que ha caído el clero católico con su eterna y violenta diatriba en contra de todo lo nuevo, su porfía en proclamar indispensable el poder temporal a la libertad de la Iglesia y la pretensión de mantener el *Index* como control de las ideas; todas estas causas y otras más de orden político, hacen imposible para el catolicismo, la reconquista del poder y del prestigio perdidos.

Con rarísimas excepciones, todo el mundo comprende hoy que el catolicismo, con sus jerarquías, con sus pompas, con sus dogmas, ya nada conserva del cristianismo, a no ser el abuso del nombre de su gran fundador.

En apariencia, el culto parece que no se ha alterado y que los fieles siguen siendo tan numerosos como siempre; pero de toda esa multitud que llena los templos y acude a las procesiones y peregrinaciones religiosas, apenas si habrá un insignificante tanto por ciento que proceda de buena fe. La generalidad lo hace por costumbre, por diversión y una parte también por interés personal. Las señoras van al templo con el mismo fin que van a la ópera y casi lo prefieren al teatro, porque una joven que reza y dirige sus miradas al cielo, es más interesante que sentada en un palco o en una butaca; los jóvenes acuden al atrio atraídos por el elemento femenino; los ricos van a la iglesia por el mismo fin que lleva a los pobres, con la diferencia que los primeros buscan un apoyo

político—moral y los segundos una ayuda material, que unos y otros pagan después, con el sacrificio de su dignidad y con la de la familia en muchos casos.

No exageramos; es un pálido reflejo de la realidad lo que acabamos de decir. El catolicismo no puede alardear ya de que posee las condiciones indispensables de saber y moralidad, que le permitirían iniciar una cruzada tendente a cristianizar a la humanidad.

¿Quién acometerá entonces la noble y ardua empresa?

Los gobiernos sólo se valen de los cultos para sus fines políticos; el pueblo reclama desahogos, facilidades para la vida, libertad e igualdad y no creencias religiosas: todo lo espera erróneamente de la revolución o del triunfo del socialismo.

La humanidad es una nave que ha perdido el timón en lo más recio de la tempestad. ¿Dónde encontrar pues la solución del enigma de esta nueva esfinge?

Sin moral no puede existir verdadero progreso, ni la moral puede existir sin la creencia en Dios, en su justicia y en la inmortalidad del alma; el materialismo cunde, el egoísmo triunfa,.....la marea sube, sube y amenaza sumergirlo todo: religión, libertad y progreso.

CAPÍTULO IV

Le progres de l'homme est le développement successif de sa liberté par la Science.

CH. DOLIFUS.

Tout progrès social contient le germe d'un progres nouveau.

F. BASTIAT.

En el capítulo anterior hemos procurado demostrar que por el estudio de los acontecimientos pasados, no era cosa difícil prever los futuros; y en apoyo de esta tesis, hemos enumerado varios hechos históricos que, habiendo tenido iguales causas, produjeron efectos idénticos, a pesar de la diferencia de tiempo y de lugar.

Para darnos ahora cuenta de si el progreso puede o no detenerse, le dedicaremos especial atención, examinándolo en su desarrollo y en sus crisis.

No seremos prolijos. Tocaremos los puntos principales de la cuestión, permaneciendo dentro de los límites fijados a cada materia en esta obra; pero procuraremos poner de relieve, que el progreso es el movimiento ascendente de la vida colectiva tanto en lo físico como en lo intelectual y moral, y que de faltar alguno de estos factores, será momentáneamente incompleto.

Se calcula que unos quince siglos antes de nuestra era, fueron desparramándose por el Asia Occidental y por toda la Europa, las dos grandes familias de los Arios y los Semitas. Los primeros bajaron de las altas mesetas del Himalaya, y dieron origen a los persas e hindúes en Asia, y a los germanos, escandinavos, eslavos, celtas, ítalos y griegos en Europa. Los

segundos vinieron de la Armenia, y de ellos salieron los fenicios, los árabes, los judíos y los cartagineses.

De los arios proceden, pues, los grandes pueblos que más se distinguieron en el mundo por su civilización, tales como los griegos y los romanos; y arianos son los que aun hoy marchan a su cabeza, como los franceses, los alemanes, los ingleses, los italianos, los rusos y los holandeses; siendo los españoles y los portugueses, los que más se mezclaron con el elemento semítico de los árabes.

Está fuera de discusión, que la Europa sigue siendo desde muchos siglos, el alma y el cerebro del mundo civilizado, así que, para hacer la historia del progreso, arrancaremos de ella, por no haberse hasta hoy interrumpido su marcha, aunque los egipcios y los caldeas, pueblos cuyo origen se pierde en las nieblas de los siglos hayan tenido una antiquísima civilización, que cayó en poder de los persas, seis siglos antes de la era cristiana, y concluyó luego por ser absorbida por las de los griegos y romanos.

Los arios formaban un pueblo de pastores belicosos a la par que los semitas; estaban divididos en tribus que fueron tomando los nombres más arriba enumerados, a medida que desparramándose ocupaban diferentes comarcas.

Hemos hecho estas indicaciones generales, no con el fin de hacer la historia de estas razas, que tal no es nuestro objeto, sino únicamente para demostrar que, ocupándonos principalmente del progreso de la Europa, nos referimos a pueblos de remotísimo origen, que desde más de tres mil años, vienen desempeñando en el mundo una no interrumpida evolución de civilización y progreso.

Durante muchos siglos, los arios y los semitas siguieron siendo pastores y guerreros, sin forma ninguna de gobierno ni de nacionalidad.

El padre era el soberano absoluto de la familia; muchas de éstas formaban una tribu bajo el mando de los más ancianos; no existían agrupaciones arraigadas por la posesión de la tierra; se

trasladaban las tribus de uno a otro territorio, según las exigencias de los rebaños, de las derrotas o de las conquistas.

Poco a poco, fueron luego concentrándose en lugares propicios al establecimiento de colonias estables, y se formaron así, grandes agrupaciones, en los valles de los grandes ríos y en las costas de los mares, agrupaciones que no tardaron en distinguirse por denominaciones propias y se diferenciaron luego, con el tiempo, por el idioma, religión y costumbres, obedeciendo a las leyes topográficas y climatéricas.

Los etruscos fueron los que sobresalieron entre todos los pueblos del sur de la Europa, y consiguieron varios siglos antes de la fundación de Roma, formar ya un pueblo con sus leyes, artes, industria y comercio, no ya esparcidos por bosques y campos abiertos, sino reunidos en grandes agrupaciones de habitaciones, que venían a constituir verdaderas ciudades, defendidas por fuertes murallas de piedra, de las invasiones enemigas.

En cuanto llegó a poseer el hombre un techo y una tierra, que consideró como propiedad colectiva de muchos individuos de iguales creencias y costumbres, ya se despertó el instinto de la nacionalidad, que necesariamente engendró el de la rivalidad.

Ya no era el pueblo exclusivamente pastoril; la aglomeración de muchas tribus había determinado la creación de verdaderos estados, y éstos, federaciones y feudos.

Los que no se hallaban muy lejos de las costas, sintieron el impulso de llevar sus productos por la vía marítima, de uno a otro punto de su territorio primeramente; y ensanchando luego sucesivamente su campo de acción, se acercaron a los países limítrofes, de éstos pasaron a otros más lejanos, y así se originó el comercio; es decir, el intercambio de productos quedó establecido, mejorando de este modo las condiciones de cada comarca, porque cediendo lo que le sobraba de un artículo, se procuraba otro que poseía en cantidad deficiente o que completamente le faltaba.

Los ligures, los etruscos, los cartagineses y los fenicios, fueron los mejores comerciantes y marinos de los mares que se

conocen hoy con los nombres de Mediterráneo, Adriático, Egeo, etc.

Mientras el comercio proporcionaba a los pueblos los medios de mejorar su bienestar material, contribuía también poderosamente al aumento del caudal intelectual de cada uno de ellos, porque siendo ley natural el instinto del progreso, siempre que un pueblo hallaba en otro algo bueno de que él carecía, lo copiaba primero, lo igualaba, y concluía por asimilarse lo que antes no poseía, dándose muchas veces el caso de perfeccionar lo que antes había sido exclusiva propiedad ajena.

Así, entre los diversos grupos de la humana familia fue desarrollándose el progreso, como consecuencia de la lucha por la independencia o sea el propósito de bastarse a sí mismo, móvil que desaparecerá en el porvenir, cediendo a la realización de un ideal más grandioso: la solidaridad universal.

Esta marcha progresiva de la humanidad, no se limitó a unos pocos pueblos privilegiados, sino que, en diferente proporción, se generalizó a todos.

Roma misma, que tras de siglos de luchas grandiosas había logrado imponer al mundo sus leyes, las artes, la literatura, el comercio y la agricultura, alcanzó ese inmenso caudal de poder material e intelectual, porque desde su humilde origen, constantemente, durante más de siete siglos, había tratado de apropiarse y asimilarse cuanto encontraba de bello, de útil, de bueno, entre los diversos pueblos que iba dominando por la fuerza.

Etruscos, griegos, cartagineses, asirios, egipcios, contribuyeron a levantar el colosal edificio del romano imperio; lo que demuestra que en todas partes, por diferentes caminos, el hombre nunca dejó de adelantar por la senda de la civilización, porque el progreso está en su naturaleza.

Obedeciendo a esta misma ley, cuando Roma alcanzó a ser el gran foco de la civilización, proyectó sus rayos hasta los más lejanos pueblos bárbaros, y éstos, fascinados por su brillante luz, abandonando sus landas, sus selvas y sus montañas, con vertiginoso afán, se precipitaron a la conquista del adelanto

material, intelectual y moral, por el único medio que establecieran las leyes eternas: la lucha.

Ciertamente que bajo el mando omnímodo y universal de Octaviano Augusto, mucho había conseguido adelantar la humanidad ¡pero cuán lejos estaba aun del estado en que hoy se encuentra!

Es necesario que sigamos la lenta pero continua evolución para llegar a convencernos de que a pesar de sus crisis o eclipses, la civilización sigue marchando hacia el norte que Dios le fijará en la eternidad, y cuyo derrotero se proyecta en lo infinito del tiempo y del espacio.

El instinto de progreso no siempre se desarrolla en el hombre por espíritu de imitación: forma parte de su naturaleza, sin obedecer a diferencia de tiempo, ni de lugar, como lo comprueban de una manera evidente las civilizaciones de México y del Perú.

Los grandes pueblos que formaban esos dos vastísimos imperios, no habían tenido contacto alguno con los romanos ni los griegos; y si bien es posible, como algunos han tratado de demostrar, que procedieran del norte del Asia, se ha comprobado que, muchos siglos antes de la conquista española, estaban tan completamente privados de la comunicación con los pueblos de su origen, que habían llegado a ignorar ellos mismos cual había sido, conservando sólo unas muy vagas leyendas. Sin embargo, alcanzaron un grado tan alto de civilización, que llenó de admiración a los invasores.

No encontró Hernán Cortés tribus nómadas y atrasadas, sino un poderoso estado, cuyo jefe, el emperador Montezuma, residía en la ciudad de México, que en la época de la invasión ya contaba cerca de doscientos años de existencia.

Los palacios, los templos, los acueductos, revelaron a los conquistadores una antigua y no interrumpida civilización, en ciertos puntos aun superior a la de su patria, porque, como lo demuestran los manuscritos en pieles de ciervo y tejidos de algodón que aún se conservan en las bibliotecas del Escorial, del

Vaticano, de Oxford, Dresde y Bolonia, más se basaba ella sobre la agricultura que sobre las armas.

Los monumentos de piedra y ladrillo, descubiertos en Yucatán y las ruinas encontradas en los valles de México, son pruebas de que nada tenía de común con la céltica ni la romana.

Lo que hemos dicho de México, podríamos repetirlo refiriéndonos al Perú, añadiendo que, por sus leyes casi socialistas y su forma de gobierno, los Incas habían echado las bases de un imperio superior al de los aztecas.

No proseguiremos, porque si hemos presentado estos breves recuerdos históricos de pueblos tan diferentes y lejanos, lo hemos únicamente hecho con el propósito de probar; que el deseo de progresar es instintivo en el hombre; lo demuestra, el hecho de razas divididas por inmensos océanos desde remotísimas edades, que a pesar de su incomunicación, siguieron adelantando por la senda de la civilización, contribuyendo únicamente las diferencias de clima, de tiempo, de lugar y de raza, a imprimirle los diferentes matices que realzan la belleza y la armonía del conjunto.

Lo que acabamos de exponer es una prueba de la generalidad, pero no de la continuidad de la marcha progresiva de la humanidad; y lo que ahora deseamos poner en evidencia, es que el retroceso o el estancamiento del progreso, nunca fue real sino aparente, pues bajo las cenizas, el fuego sagrado se conservó latente, esperando el momento propicio para brillar con un más vivo esplendor.

Ciertamente que medió siempre la lucha, y a veces lucha encarnizada, porque es esa la ley del progreso; pero en el combate entre el bien y el mal, el triunfo del primero es siempre seguro, e inevitable la derrota del segundo.

Hemos dicho que al iniciarse nuestra era cristiana, ya la humanidad había recorrido un buen trecho en la senda del progreso, y con la ayuda de la historia comprobamos la verdad de tal aserción.

Sócrates y Platón en la filosofía; Homero, Virgilio, Horacio en la poesía; Tácito, Salustio, Livio, Plinio, en la historia;

Demóstenes y Cicerón en la elocuencia; Alejandro, Mario y César en las armas, no han sido aun superados en veinte siglos.

Esto nos prueba, que siendo el espíritu el factor precipuo de todo adelanto, antes de mejorar en lo material, la sociedad ha debido adquirir el adelanto intelectual, y que, alternativamente, las conquistas del progreso se complementaron siempre unas con otras, sin perder jamás lo adquirido.

No se han perdido los progresos realizados en las artes ni en las letras; las obras maestras de entonces siguen siendo modelo de las actuales; y los códigos, simplificados y mejorados, han conservado sus principios fundamentales. Pero por fuerza debemos reconocer el gran adelanto realizado en las ciencias sociales y políticas, en astronomía, geología, física, química, mecánica, etc., etc.

Así, el desarrollo físico, intelectual, moral y material del hombre, forma una sola cadena; los siglos, instantes en la eternidad, van añadiendo uno a otro eslabón.

Mejorando las doctrinas de Buda, Zoroastro, Confucio y Moisés, se entregó el cristianismo a la proclamación de una religión toda paz y amor; Júpiter fue reemplazado por el Padre, y ante Él, el esclavo fue reconocido como hermano del patrón, y la mujer fue ennoblecida y purificada. La lucha fue dura, pero el triunfo lo obtuvo la razón y la justicia, no habiéndolo podido impedir ni las tradiciones gloriosas, ni las fieras de las arenas públicas.

Al cristianismo pertenece la gloria y el honor de la solemne proclamación de la igualdad y solidaridad humanas; se le debe el adelanto moral por sus sublimes preceptos de caridad y de amor; mas cuando la iglesia católica pretendió alterarlo en su exclusivo provecho, fue causa de grandes males, pero es también cierto, que su intolerancia, sus dogmas, su egoísmo y fanatismo, fomentaron los gérmenes de la libertad de pensamiento y de conciencia y provocaron la reacción.

Aunque la marcha del progreso haya sido algunas veces más contrariada que otras, no se ha detenido nunca. En la misma Edad Media, la época más aciaga que haya atravesado la humanidad, a

pesar de los desesperados esfuerzos del oscurantismo, no faltaron los mártires que desafiaron la hoguera en reivindicación de la humana dignidad, de la razón y de la justicia conculcadas, ni tampoco faltaron los apóstoles de la ciencia que sacrificaran su existencia al triunfo de sus doctrinas y a la realización de sus descubrimientos.

A pesar de que, apoyándose en las sagradas escrituras, se había formalmente declarado que la Tierra era plana, Cristóbal Colón, Vasco de Gama y Magallanes, demostraron prácticamente que no era plana, sino esférica; y Galileo Galilei, con su doctrina y sus descubrimientos, reveló al hombre el secreto de la evolución del sistema solar, y a pesar de la guerra cruel, que le movieron los que se daban bien cuenta de que el reconocimiento de sus teorías, venía a destruir la piedra angular sobre la que habían levantado su edificio de ignorancia y dominio, a pesar de la amenaza de las torturas y de la cárcel, empleadas como argumentos científicos, a pesar de la retractación y renegación de sus convicciones, impuestas al ilustre anciano, la verdad quedó vencedora del error, y la posteridad no pudo olvidar el grito de protesta de una mente y una conciencia conculcadas: *¡E pur si muove!*

En vano la ignorancia, disfrazada de infalible sabiduría y constituida en tribunal para protegerse a sí misma, se apresuró a pronunciar sentencias que se opusieran a la propagación de las verdades científicas que minaban afirmaciones teológicas, en vano el fanatismo apeló a las hogueras; la verdad acabó por triunfar siempre del error y de la mentira.

Los jueces que habían declarado que la doctrina de Galileo *era falsa y formalmente hereje*, en lugar de impedirlo, coadyuvaron al desarrollo científico, y demostraron que el gran astrónomo tenía razón, cuando les hizo observar en Florencia: «que las escrituras habían sido hechas para la salvación de los hombres y no para enseñarles astronomía».

En la Edad Media, Europa entera se había convertido en un vasto campo, en que Papas y emperadores se disputaban el dominio del pueblo; el castillo feudal y el convento se sostenía

recíprocamente; la ciencia, excomulgada y maldecida, tenía que luchar contra la ignorancia supersticiosa y la fuerza bruta.

Pero a pesar de tantas contrariedades, la humanidad durante esa época tan triste, siguió adelantando en artes, ciencias e industrias.

Fue en ese tiempo que los árabes fundaron escuelas de matemáticas, astronomía y arquitectura, levantaron los espléndidos palacios que aun siguen causando admiración, y convirtieron en jardines las tierras de Murcia y de Andalucía.

En la Edad Media, no todas las grandes capitales yacían entregadas a la superstición y a la ociosidad: Córdoba y Granada en España, eran la sede del arte y de la poesía; y Génova, Venecia y Florencia en Italia, entregadas a las más aventuradas empresas marítimas, paseaban sobre los mares el glorioso estandarte del comercio y de la república.

Es cierto que muchos pagaron con su vida el amor a la ciencia y a la verdad, pero su sacrificio apresuró la derrota de la ignorancia y la superstición. Muchas y nobles fueron entonces las víctimas, pero hoy nos inclinamos ante ellas y condenamos a sus jueces.

En la reseña de los grandes descubrimientos es donde podremos darnos más cabal cuenta de la incesante marcha del progreso.

A la caída del imperio romano, el papel y la imprenta, estos dos poderosos factores de la civilización, no se conocían en Europa.

El primero se debe a los moros, que lo fabricaban con hilo de algodón y una pasta hecha con pedazos de paño, y los venecianos trajeron de la lejana China la primera idea de la imprenta, completándose así casi contemporáneamente, una invención con la otra.

Es necesario que llamemos bien la atención sobre este inalterable principio de continuo y progresivo desarrollo, porque este hecho es de principal transcendencia para lo que más adelante llegaremos a tratar.

Precisa que hagamos constar, y que con hechos demostremos, que las generaciones sucediéndose unas a otras, jamás han dejado de perfeccionar las adquisiciones de cualquier clase que fueran, de sus antecesoras; como lo prueban los más grandes descubrimientos, que no fueron nunca casuales o espontáneos, sino que desde tiempo atrás habían venido preparándose, obedeciendo así el adelanto moral, intelectual y material, a la misma ley de progreso y perfección.

Marco Polo, en el siglo XIII, trae del extremo Oriente la idea de la imprenta; Gutemberg inventa, en los primeros años del siglo XV, el grabado sobre madera primeramente, luego las letras de madera movibles, y por último, los tipos de plomo fundidos en un molde.

Hace, pues, más de quinientos años que principió ese gran arte que tanto debía contribuir a la propagación de la civilización; pero no ha transcurrido un sólo siglo sin que se realizaran nuevos perfeccionamientos originados por ese mismo descubrimiento.

Los estudios astronómicos, a la par que alteraron las viejas creencias e hicieron desaparecer las supersticiones teológicas, estimularon la fabricación de instrumentos ópticos, para facilitar la investigación del espacio, y al adelanto de éstas, respondió el de la astronomía.

¡Progreso, siempre progreso!

Desde el primer antejo de larga vista, inventando por el obrero holandés Mezio, perfeccionado por Galileo que consiguió un aumento de treinta veces, hasta los telescopios de Herschel, de León Foucault, y el gigantesco del observatorio de París, que con un aumento de 2.400 diámetros, acerca la luna a una distancia de treinta leguas de la tierra, el camino recorrido ha sido inmenso, en descubrimientos llevados a cabo en el espacio.

Sí, lo repetimos: desde Flavio Gioja de Amalfi, que descubre la brújula por medio de la aguja imantada en el siglo XIII, hasta Godfrey, que construye, en el nuestro, el sextante reflector, facilitando así a los marinos el medio de no extraviarse en la inmensidad de los mares, sin tener ya necesidad de la observación de las estrellas y de las costas; desde la remotísima

clepsidra, que marcaba el tiempo con su hilo de agua o arena, hasta el reloj a péndola de Galileo, y de éste, al cronómetro de Harrissón y Arnold, que apenas varía de algunos segundos en un año; desde el aparato construido por Herón un siglo antes de nuestra era, que encerraba en sí el principio del vapor como fuerza motora y que durante muchísimos siglos fue mirado como una simple curiosidad, hasta la locomotora que anula las distancias, y las máquinas que han transformado, multiplicado y facilitado el desarrollo de todas las industrias; desde el daguerrotipo a la fotografía instantánea; todo nos demuestra evidentemente que nunca la humanidad se ha detenido en el camino del progreso; y que a pesar de la guerra sin tregua que el principio del mal promovió siempre al del bien, el triunfo lo obtuvo definitivamente, en todo tiempo, el segundo; que la lucha entre la ignorancia y el saber, el fanatismo y la ciencia, la tiranía y la libertad, ha sido siempre absolutamente necesaria, porque sin antagonismo no hubiera habido rivalidad, sin ésta no hubieran tenido lugar las luchas que, cuanto más encarnizadas, más fecundas han sido en benéficos resultados.

Recordemos nombres y hechos, observemos al hombre, las ciudades y las naciones, y nos convenceremos, de que la marcha progresiva de la sociedad no se ha detenido nunca, y que, por consiguiente, debemos mirar confiados al porvenir, seguros de que nos dirigimos constantemente a la perfección por la senda de la ciencia y de la razón.

La ley, que a pesar de las diferencias de tiempo, de raza y de lugar, no se ha alterado nunca; la ley, que ha dirigido el desenvolvimiento de la humanidad a través de los siglos, es inalterable, universal y eterna.

El individuo, con su mejoramiento, contribuye al de la sociedad, y ésta a su vez influye sobre él, sucediendo así, que en el incesante anhelo de bienestar y de civilización, la colectividad sigue su marcha ascendente hacia la perfección por la senda que le trazara la suprema bondad.

Siguiendo esta ley, la ciencia irá cada día descubriendo o constatando nuevas verdades, que facilitarán al hombre nuevas

bases sobre que fundar un adelanto moral, más en armonía con su progreso intelectual.

El anatema del sacerdote, el hierro del verdugo, la befa del vulgo inconsciente, jamás prevalecieron contra la evidencia de la verdad, acabando siempre por triunfar la idea noble y grande, o por realizarse y efectuarse el invento o el descubrimiento útil y científico.

Desgraciadamente, no pocas veces la religión llegó a convertirse, por obra y culpa del sacerdocio, en fuente de errores y de odios, rémora del progreso y enemiga de la luz; de ahí la decadencia de la Fe, que llegaría a perderse por completo si no le quedara a la humanidad la ciencia y la libre investigación, que estamos seguros, la reconducirán por el camino de la verdad al espiritualismo.

Apóstoles de la humanidad fueron aquellos que con la palabra, el ejemplo y las obras, contribuyeron de uno u otro modo al adelanto del hombre; y obedeciendo a la eterna ley divina que así lo estableciera, estos apóstoles, estos verdaderos sacerdotes, no han faltado nunca, en ningún tiempo y en ninguna parte.

Intelectual, moral o materialmente, siempre la humana familia ha realizado progresos: en las artes bellas y en la literatura, en las leyes sociales o en las costumbres. Y por último; en las ciencias exactas, en la mecánica, la química y la física, que tanto contribuyen al bienestar individual y al mejoramiento social.

A las grandes especulaciones científicas, han sucedido los grandes descubrimientos; y cuanto más han ido éstos multiplicándose, más se han abreviado las distancias que mediaban entre las diversas clases sociales, ganando así terreno las ideas democráticas; y de ese acercamiento del poderoso con el débil, del sabio con el ignorante, del civilizado con el salvaje, ha resultado un progreso general.

El hombre de hoy nada tiene que envidiar al de ayer; su mente abarca conocimientos antes desconocidos, que le permiten lanzarse al estudio del espacio y determinar las leyes a que obedecen los mundos, en el ritmo eterno de su evolución.

Con la aplicación del vapor y de la electricidad hemos podido horadar las montañas y recorrer los mares y la tierra toda, estrechando así los vínculos de la fraternidad universal.

Con el aumento de la navegación a vapor, el comercio se ha desarrollado de una manera asombrosa, proporcionándose así una más sana y variada alimentación, poniendo al alcance de todos, los productos que antes eran exclusivamente reservados a los opulentos. El té de la China, el café de los trópicos, el azúcar, el arroz y las carnes, contribuyen hoy al alimento del modesto obrero, mientras que las grandes fábricas de tejidos, han multiplicado y abaratado los artículos necesarios para una vida más acomodada e higiénica. Muchas y terribles enfermedades, a las que muy pocos lograban escaparse, llevando en sí las huellas indelebles del peligro pasado, o han desaparecido, o han perdido su violencia y sus consecuencias fatales.

De Jenner a Pasteur, vencedores de la viruela y de la rabia; de Ambrosio Paré a la supresión del dolor en las más penosas operaciones quirúrgicas ¡cuántos sufrimientos ha visto así alejarse, disminuir o desaparecer la pobre humanidad!

Las ciudades se han transformado; la pavimentación de las calles ha suprimido el fango y las enfermedades causadas por sus pútridas emanaciones; las avenidas y las plazas han vivificado con aire y luz, el infecto ambiente del estrecho tugurio; las tinieblas nocturnas fueron sucesivamente perdiendo terreno ante los reverberos del petróleo y del gas, concluyendo con ser completamente derrotadas por la luz eléctrica; a la litera sucedió el carruaje particular, a éste los públicos, los ómnibus y los tranvías.

El trabajador de hoy con un gasto muy inferior al del rico de otros tiempos, puede procurarse una existencia relativamente más cómoda.

El trabajo incesante de las generaciones pasadas lo disfruta la generación presente; los mártires de la ciencia, los apóstoles de la verdad, han hecho oír su voz en todas las épocas y han señalado siempre nuevos horizontes a la posteridad; la verdad ha triunfado del error, el genio de la ignorancia, la razón de la fuerza.

¿Y esta inalterable ley del progreso habrá acaso tocado el término? ¿No tendrá ya apóstoles, mártires, soldados? Genios inspiradores de los grandes hombres, guías de la humanidad ¿no volveréis jamás?

Se oyen voces de alarma, vaticinios de irreparables cataclismos, augurios de caídas fatales.

La religión oficial se afana en proclamar a los cuatro vientos, que la ciencia materializa y que la sociedad marcha a su ruina; que la verdad está en sus dogmas y la felicidad en sus doctrinas; que la humanidad y el mundo tienen que retroceder para salvarse; que la razón humana es patrimonio suyo, y que la libertad del alma y de la conciencia son blasfemias.

La lucha se generaliza y se hace violenta. ¿Cuáles serán las consecuencias?

Es largo el camino que aún le queda por recorrer a la humanidad, pero cuánto más adelanta en él, más se allana y ensancha, más claros aparecen los horizontes.

El progreso no se detendrá: las crisis violentas llegarán a calmarse, teniendo por resultado la extirpación de todo lo que ya no es apto para el bien.

La sociedad se agita bajo las nuevas teorías del socialismo y amenaza la anarquía; las dinastías se unen, y no teniendo otro recurso mejor para apuntalar los tronos vacilantes ante la ola democrática que avanza, militarizan los pueblos para lanzarlos luego unos contra otros; pero lejos de conseguir sus fines, la revolución será de consecuencias aún más terribles. La cuestión social surgirá más fuerte que antes, porque los pueblos, dándose exacta cuenta de los estragos de la guerra, de la injusticia del fin prematuro de millares de seres que ni se odiaban ni se conocían, impondrán la reacción por la fuerza del derecho o por el derecho de la fuerza.

Resultado de la conflagración europea, será la creación del gobierno republicano en las naciones vencidas que antes no lo poseyeran; y las nuevas repúblicas, inspirándose en principios más liberales, más progresistas, pondrán en práctica todas las

teorías aceptables del socialismo, en lo que tiene de racional, preparando así el advenimiento del *cuarto estado*, como en la revolución francesa lo consiguió la burguesía o *tercer estado*.

Desapareciendo las diferencias que tantos males produjeron en lo pasado, la mayor facilidad de comunicación entre todos los miembros de la sociedad contribuirá grandemente al perfeccionamiento individual; en las relaciones exteriores, el arbitraje, lógica consecuencia de las nuevas aspiraciones, se sustituirá a la guerra para resolver los pleitos internacionales; y aunque ciertamente esta no ha de desaparecer de la tierra, porque la lucha es en la naturaleza un elemento de progreso, sólo se apelará a ella para hacer entrar en el camino del bien general, a los pueblos enemigos de la civilización.

Hemos demostrado que el hombre individualmente y la sociedad colectivamente, desde los tiempos más remotos, no han dejado nunca de progresar; pero hemos hecho observar, que todas las religiones, van perdiendo su prestigio; que el catolicismo aunque valientemente luche para conservar su poder, tan sólo en apariencia es aun poseedor de las conciencias, siendo su mismo culto una costumbre, una moda que se mantiene gracias al Fausto de su aparato exterior. También hemos dicho que la incredulidad engendraría al materialismo y éste al egoísmo con todas sus fatales consecuencias, y que la humanidad no podrá efectuar su evolución progresiva sin la ayuda de una creencia, de una religión; y si las existentes tienden a desaparecer ¿dónde encontrará el hombre la solución de tan vital problema?

¿Se detendrá el progreso? Hemos sostenido que no, basándonos sobre la historia del mismo y nos hemos atrevido a pronosticar lo que sucederá mañana tomando por base lo que hoy sucede.

¿Pero cómo conciliar la incredulidad, el materialismo, con la continuación de nuestro adelanto? ¿Qué sustituirá a la fe perdida?

Sin temor de equivocarnos y sin miedo a las protestas airadas, nos atrevemos a contestar que la Ciencia es la llamada a tan noble misión, porque ella nos devolverá la fe en Dios,

demostrándonos la existencia del alma y la continuación del *Yo* más allá de la tumba: así se fundará la religión universal.

La Ciencia siente ya que se acerca el momento de penetrar en lo que antes consideró incognoscible.

Todo se ha de realizar dentro de una ley de orden lógico y progresivo desenvolvimiento.

La gran obra divina, la naturaleza, uno a uno, irá revelando sus misterios, y tras de los secretos del cielo y de las entrañas de la tierra, revelará otros de más transcendental importancia.

Platón, Sócrates, San Pablo, Galileo, Newton, Volta, Pasteur y los mil ilustres que forman en la falange inmortal, tendrán sucesores que dirigirán a la humanidad en su peregrinación sobre la tierra.

La Ciencia, constatando la verdad, concluirá por reunir todas las religiones en una, que nos dará más elevada noción del Universo y de Dios.

CAPÍTULO V

Cuando la física sea perfecta no habrá más metafísica.

BACÓN.

La ciencia moderna, gracias a los adelantos realizados en física y en química y a la perfección de los medios de investigación, ha llegado, como en seguida se verá, al descubrimiento de fuerzas psíquicas que pueden apreciarse mecánicamente y que caen bajo la constatación fotográfica.

Si lo que la ciencia ha descubierto no fuese el alma, tal cual la concibe el filósofo espiritualista, no cabe por lo menos dudar que está en el camino que conducirá a su descubrimiento. Por el momento tenemos la prueba innegable de la existencia de un potencial en el hombre, que lejos de depender de la materia, la dirige actuando sobre fluidos que hasta el presente habían pasado desapercibidos por falta de medios de apreciación científica.

Basado en novísimas aplicaciones, el eminente físico Raúl Pictet, en su última obra «Étude critique du Matérialisme et du Spiritualisme par la Phisique expérimentale» exclama: «¡La Teoría materialista pura ha muerto!»

Antes de extendernos sobre la enumeración de los experimentos científicos que dieron por resultado la constatación de efectos que no pueden ser atribuidos a causas conocidas, y que, por consiguiente, revelan la existencia de una causa desconocida, cuyo estudio científico recién se emprende, nos vemos en la necesidad de declarar que los estudios y ensayos de que trataremos dar un breve resumen, están fuera del alcance de toda duda o sospecha, por haber sido llevados a cabo por sabios de fama universal, cuya palabra no es sino la exposición de una

verdad real y tangible, cuales son: W. Crookes, Warley. R. Hare, Aksakof, Zoellner, Russel, Wallace, Wagner, Baraduc, M. de Roachas, Pictet, Lombroso, etc, etc.

El pensamiento, cuya real existencia nos revelan la palabra y la mayor parte de nuestras acciones, es ciertamente la principal manifestación de esa potencia desconocida que se designa bajo el nombre de alma. Los materialistas sostienen: que no es el pensamiento una manifestación del espíritu, sino el simple resultado de vibraciones producidas por el mecanismo cerebral, a pesar de que según la opinión de los más eminentes médicos, la fisiología del cerebro se encuentra todavía en la infancia, y las relaciones del cerebro con el pensamiento son totalmente desconocidas. Pero los materialistas parece que han olvidado que, mientras todos los fenómenos que se producen en todas las demás funciones del organismo son exclusivamente objetivos, en los que se manifiestan en el funcionamiento cerebral y nervioso independientemente de los fenómenos objetivos, existen otros subjetivos, que aunque estén ligados a los primeros se diferencian de ellos esencialmente. Hay, pues, que convenir que ya que nos vemos obligados a admitir una causa de movimiento real, que no puede ser materia en movimiento, la existencia de esta entidad lógica, que no es materia, constituye la base de la teoría espiritualista, según la cual el cerebro es el mecanismo de que se vale el alma para sus manifestaciones y no el causante de las mismas.

La ciencia, valiéndose del método científico positivo, ha reconocido la existencia de causas, que por los efectos que se han observado, no pueden explicarse ni por la materia ni por sus movimientos.

Estas deducciones las reconoce como estrictamente lógicas y positivas el ilustre Pictet, que no es ni materialista ni espiritualista, que es un verdadero sabio, que admitiendo la existencia de todo lo que científicamente se ha logrado demostrar, no se rehúsa a la indagación científica de cualquiera hipótesis que pueda formularse respecto a la autoridad y valor de una teoría cualquiera. Reconociendo él que existe una fuerza que actúa independientemente de las hasta hoy clasificadas, declara: «que es

forzoso reconocer que el agrupamiento espontáneo de las moléculas materiales que constituyen los seres vivientes *es* el resultado de un *potencial desconocido*, cuya acción sobre la materia imponderable se efectúa en condiciones mal definidas.»

El potencial es una entidad lógica que nos obliga a creer en una reserva de energías desconocidas. Es pues racional que el hombre, por medio del ensayo experimental, concluya por reconocer que la naturaleza contiene un principio de organización, cuyo carácter distintivo consiste en haber sido dictado por una inteligencia, por lo menos igual a la propia.

La investigación experimental y teórica de los fenómenos de la gravitación, cohesión, afinidad, expresiones diversas de una sola causa, nos conduce por medio de argumentos completos y lógicos a aceptar la existencia de una fuerza o potencia oculta que podemos llamar *el potencial*; fuerza que produce efectos que no obedecen a antecedentes mecánicos conocidos.

Este *potencial* es lo que tenemos que investigar y descifrar: así como lo llamamos potencial puede también llamarse causa primera, fuerza creadora, mundo espiritual; el nombre no importa, pero lo que hay de cierto es que esta causa oculta que nos vemos obligados a admitir desde que palpamos sus efectos, aunque desconocida, es indiscutible; y por consiguiente, la teoría exclusivamente materialista, que todo pretende explicarlo por medio de la fuerza viva que se transforma continuamente por medio de variaciones en el movimiento de las partículas materiales y de su dirección, no es admisible.

No encontró Pictet la definición exacta de ese poder desconocido, pero ya dio un gran paso hacia la solución científica del eterno problema de la existencia del espíritu, desde que reconoce que no pueden atribuirse a la materia ponderable y al *éter* todos los fenómenos de la vida; que existe fuera de estos otro potencial, otra fuerza, otra causa; que el cerebro del hombre no sería más que la disposición orgánica necesaria que permitiera a ese potencial transformarse en *fuerza viva activa*.

Más adelante, apoyándonos sobre *hechos comprobados*, trataremos de demostrar que esa fuerza oculta, que en sí misma se

escapa al análisis científico, pero que por sus efectos obliga a la ciencia a reconocer como positiva su existencia, también puede comprobarse por fenómenos físicos si queremos, pero que no entran en el dominio de todo lo que la física y la química habían hasta hoy definido como efectos de causas conocidas y sujetos a leyes determinadas.

El eminente Dr. Baraduc, ha conseguido sacar fotografías de fluidos, cuyo fenómeno capital consiste «en que la placa sensible, que se creía que no hubiera sido posible afectar o influenciar en la oscuridad, resulta impresionada; las sales de plata son afectadas no solamente por lo que nosotros llamamos luz solar exterior o fulguración eléctrica, sino también por la luz íntima del alma». También por experiencias llevadas a cabo por otros sabios ilustres, se ha podido constatar que el procedimiento fenoménico de la formación de las imágenes en la placa sensible, es completamente diferente del observado, en la fotografía propiamente dicha.

Esos fluidos o imágenes que Baraduc llama alma, en el sentido que el alma sea, por así decirlo, el cuerpo fluídico del *ser*, del yo *inteligente* o *espíritu*, no pueden ser por sí solos una prueba concluyente de la existencia del alma; sin embargo, puesto que varían de forma, respondiendo a las diversas emociones experimentadas por el sujeto, nos es forzoso reconocer que una causa que no es el mismo cerebro, es la inevitable causa de la producción y de las modificaciones de esos fluidos, porque no sería científicamente lógico admitir que la materia por sí sola, sin un potencial principio o causa dirigente, pueda obrar sobre otra materia, produciendo también fenómenos intelectuales como los ya comprobados de trasmisión del pensamiento, de telepatía, etc.; y de ahí que las emanaciones fluídica constatadas, a pesar de haber sido antes negada la existencia del agente fluídico en los fenómenos de magnetismo, hipnotismo y sonambulismo, puedan ser considerados como un efecto físico de un motor oculto o sea del espíritu, puesto que no son efectos producidos por ningún otro agente conocido, lo que ha dado lugar a que la ciencia reconozca la existencia de una fuerza viva a la cual puede aplicarse el nombre que se quiera: potencial, principio, alma o espíritu.

La ciencia ha constatado que una fuerza desconocida está ligada a la organización de los seres vivientes; no le ha sido aún posible explicar cómo opera, pero ha comprobado que es un hecho irrecusable.

Este es un gran paso dado en el terreno científico hacia el descubrimiento de la verdad, puesto que se reconoce que no pueden atribuirse ni a la materia ponderable, ni a su organización, todos los fenómenos de la vida. Le queda ahora reservada a la ciencia la investigación en cuanto a la naturaleza de esa fuerza, y como la resolución del problema es de lo más arduo, tendrá que someter al análisis más de una hipótesis.

Debido al método experimental, fue forzoso reconocer que en los organismos vivientes existe un poder oculto, un agente motor, que es ley constante en la naturaleza.

Las múltiples funciones de la vida, así en el reino vegetal como en el animal, obedecen a una entidad que es la causa primera de su evolución y que constituye el potencial funcional. Continuando el examen de los movimientos de la vida vegetativa, llegaremos a la *planta hombre*, como llamaba Alfieri al rey de la creación, y nos sentiremos llevados a admitir que sus actos obedecen a un principio de libertad, diferenciándose en esto de los demás organismos vivientes.

En el hombre encontramos dos principios o potenciales: el *funcional* y el *intelectual*.

El potencial que actúa en la vida vegetativa es idéntico en su esencia al potencial de gravitación, de peso y de afinidad y es obedeciendo a ese poder que el organismo del hombre experimenta todos los fenómenos físicos conocidos de nutrición y desarrollo. Pero además de esos fenómenos de la vida vegetativa animal, la ciencia constató que en el hombre se producen otros, que no pueden atribuirse a la misma causa, porque acusan cierta libertad, en lo cual se funda Pictet para establecer el potencial intelectual o sea el principio oculto.

Las relaciones existentes entre los fluidos magnéticos y el potencial intelectual las examinaremos detenidamente más adelante, por ahora creemos conveniente concretarnos a estudiar

los fluidos o vibraciones en sus efectos a fin de llegar a la convicción de su existencia. Tienen estos demasiada relación y afinidad con el potencial intelectual, alma o espíritu, para que no resulten siempre pocos los conocimientos que sobre ellos podamos adquirir.

En contra de las opiniones de Braid, Aram, Broca, Charcot, Bernheim y muchos otros sabios que no admitieron la existencia del fluido magnético, hay las de muchos otros que anteriormente a ellos opinaron lo contrario y hechos que comprobaron que Mesmer, en el fondo, tenía la razón de parte suya.

De las numerosas experiencias llevadas a cabo, bajo el más severo control científico, resultó evidente la acción e intervención fluídica en muchos fenómenos producidos con la ayuda del cerebro, como mecanismo de la voluntad, o para decirlo con Pictet, del *potencial intelectual*.

Se ha llegado a ese resultado, porque cuando un hecho es real, se renueva y se impone, hasta que queda completamente esclarecido.

Arago, dice que el universo es fluídico y que en su origen la tierra fue fluídica y Pinel, define el alma: un fluido imponderable.

Pelletan, confiesa su creencia en los fluidos diciendo: «que el fluido nervioso es exactamente el mismo fluido eléctrico modificado por el organismo viviente».

En otra ocasión hemos manifestado que estamos convencidos de la existencia de un fluido universal etéreo, que al condensarse forma los átomos físicos que dan base a la materia tangible, formándose así los gases, los líquidos, los sólidos y sus innumerables combinaciones. El éter, engendrando la materia, por intermedio de ésta forma el fluido eléctrico, entre cuyas variantes: se comprende el fluido magnético, que nos proponemos examinar en sus efectos y por el análisis de éstos buscar la causa oculta a que responden los fenómenos observados en el magnetismo.

Desde la más remota antigüedad altas personalidades reconocieron la existencia de fluidos en la naturaleza humana, afirmando que el hombre era compuesto de dos cuerpos: *material*

y *etéreo*. Aunque varios fueron los nombres que se le aplicaron, como lo prueban las denominaciones de *etéreo* adoptada por Manú y Orígenes, *emanación espiritual* de Moisés, *cuerpo luminoso* de Lao-tsen, *luz viviente* de Zoroastro, *ochêma* de Platón, *cuerpo espiritual* de San Pablo, se refieren todos al mismo objeto. Este segundo cuerpo, fluídico, que antes se podía considerar como una simple hipótesis, una cosa puramente teórica o abstracta, ha sido últimamente constatado como real por la ciencia experimental.

Como ya lo hemos dicho, las experiencias de magnetismo e hipnotismo constatan la fuerza fluídica; fuerza que se asimila y desasimila constantemente y cuyo movimiento constituye la mayor vitalidad o es el resultado de una salud o funcionamiento regular y armónico; pero que a juzgar por los efectos, no es idéntica en todas las personas.

Dejando por ahora la relación, de los múltiples experimentos verificados por Reichembach, Ochorowicz, Moutin, etc., que constatando la posibilidad de dirigir la fuerza magnética a distancia, nos obligan a reconocer una acción física, relataremos un experimento hecho por el sabio M. de Rochas, cuyo relato es por sí sólo suficiente para demostrar que existen fluidos en el organismo que sin dejar de depender de nuestro potencial funcional e intelectual, pueden sin embargo exteriorizarse; es decir, salir del organismo material, conservando una continua correlación con el mismo.

Queremos demostrar que no solamente asimila el organismo una corriente eléctrica y desasimila un fluido que no es ya electricidad, sino fluido animalizado o magnético, que en el hombre está sujeto a la voluntad.

En la revista *Paris Photographe* de M. Nadar, se encuentra el relato de un importante experimento hecho por M. de Rochas, con el concurso de Mme. L..., sujeto de sensibilidad exteriorizable en cierto período del sueño hipnótico.

Ese sujeto magnetizable, dormido, exterioriza su doble fluídico que llega a ser fotografiado en la oscuridad, enfocando el aparato al nivel del punto que él indica o donde siente que se

encuentra, y donde, en un espacio oscuro, él siente que se le pincha. M. de Rochas logró demostrar no tan sólo la exteriorización de la sensibilidad anímica, sino que estando el sujeto en estado hipnótico, consiguió constatar la presencia de una media sombra, fantasma o cuerpo fluídico, como se le quiera llamar.

Relata así el caso M. de Rochas: «El sujeto sigue siendo Mme. L....

Habíamos conseguido obtener con ella la producción del fantasma luminoso a su derecha y no creíamos que podríamos adelantar más en este género de experimentos.

Se trataba de saber si esa sombra fluídica impresionaría una placa fotográfica. Al efecto, introdujimos a Mme... L.... en la sala oscura, donde M. Nadar saca sus fotografías de aumento con la ayuda de la luz oxhídrica. Tras de ella se había colocado un biombo de paño negro.

Magnetizado el sujeto, habiendo declarado que el fantasma se había formado a la distancia de cerca de un metro a su derecha, tendí mi mano hacia la dirección indicada, hasta que *el sujeto sintió el contacto*, lo que me indicó que tocaba al fantasma; se prendió un papel para iluminar mi mano y así pudo dirigirse a ese mismo punto el aparato fotográfico. Se colocó el *châssis* con la placa. Volvió a quedar todo a oscuras y se descubrió nuevamente el objetivo para dar principio a la *pose*, que duró cerca de un cuarto de hora, hasta el momento en que Mme. L... dijo que se sentía desfallecer.

Mientras se operaba, Mme. L... no dejaba de manifestarnos sus impresiones. Ella veía a su derecha lo que designaba bajo el nombre de su doble, en forma de un vapor azulado luminoso, visible apenas en todo el cuerpo, pero con efluvios que salían de los pies y mucho más visible en la cara, que se le aparecía siempre de perfil como envuelta en tenues vacilantes llamas.

¡Cual no fue nuestro asombro, cuando revelando el negativo, vimos aparecer colocada a un metro del sujeto, sobre una mesita completamente negra, una mancha representando un perfil humano exactamente como lo había indicado el sujeto!

El asombro aumentó cuando empezamos a reflexionar, que si el sujeto veía a su doble de perfil, el objetivo que se encontraba de frente debía verlo de frente también.

En el primer momento supusimos que desde que el doble según decía Mme. L... y también otros sujetos con quien ya habíamos hecho experimentos, repetía los movimientos del cuerpo material como si fuera su sombra, lo probable era que la placa hubiese sido impresionada en el instante en que Mme. L... se volvía de perfil para mirar lo que su doble hacía. Pero en ese caso el perfil hubiera tenido que ser vuelto en sentido contrario y se hubiera tenido que ver la mitad izquierda en vez de la mitad derecha de la cara.

Además el *cliché* tenía dos manchas, una debajo de la nariz y otra bajo el ojo derecho. Después de habernos convencido por medio del examen microscópico, que esas manchas no podían atribuirse ni a la placa de vidrio ni a una impureza de la capa de bromuro de plata, tuve la idea, que correspondiendo a puntos brillantes, ellas podían ser el resultado de dos de esos puntos hypnogénicos, de los cuales parece que el fluido de los sujetos se escapa mas vivamente que de las otras partes del cuerpo.

En efecto, la experiencia hecha con todas las precauciones posibles, me reveló que el sujeto poseía en la parte derecha de su cara, bajo el ojo y la nariz, dos puntos hypnogénicos, cuya existencia yo ignoraba y que me fue de ese modo revelada; sobre la parte izquierda no había ningún punto hypnogénico.

Quedaba pues bien comprobado que era la parte derecha de la cara del fantasma la que había impresionado la placa: ¿pero cómo podía haber tenido lugar esto? Solamente algunas semanas más tarde conseguí darme cuenta que el fantasma azul que se formaba a su derecha, no era sino la reproducción de la mitad derecha de su cuerpo. La mancha que permite en nuestra placa de hacer desaparecer la mitad izquierda de la cara en el retrato del sujeto, explica suficientemente de qué modo la fotografía del

medio fantasma de la derecha puede ofrecer la apariencia del perfil obtenido⁽¹⁾.

Está pues comprobada de un modo positivo, la existencia de fluidos en el organismo humano; fluidos que bajo la acción de la voluntad, pueden en parte exteriorizarse.

Resulta de esto, que aunque no se pueda clasificar la causa primera que produce la fuerza psíquica, ella está científicamente comprobada.

Es pues lógico admitir la intervención de esa fuerza o poder, que Pictet llama *potencial*.

Nos parece que de todas las observaciones y experimentos hechos sobre el hombre, claramente resulta que aún hay muchas cosas y causas desconocidas, y por consiguiente, no puede considerarse científica la teoría materialista, puesto que muchos caracteres de la materia misma, por ejemplo los fluidos, recién ahora empieza la Ciencia a constatarlos. Ya se han encontrado fuerzas que se denominaron psíquicas, por no encontrarse el causante físico, y los fenómenos observados revelan más y más la existencia de otro principio extraño al organismo humano, propiamente dicho.

No hay pues que dudar que la continua y científica observación de los nuevos factores que intervienen en las manifestaciones de la vida, llevarán inevitablemente a la investigación de la relación que ciertos fenómenos puedan tener con el oculto potencial, cuya existencia si bien es lógica, queda aún indefinida.

Lo que sucedió con los fluidos magnéticos, que después de haber sido proclamados por Messmer, Deleuze, Du Potet, Lafontaine, Deslong, Puysegur, fueron desechados por la Academia o sea por la ciencia oficial, que los rechaza aún, debido principalmente a Braid, Bernheim, Charcot etc. que no quisieron ver otra causa en los fenómenos obtenidos que la que consideran residir en el mismo sujeto hipnótico, sin querer admitir que pudiera en muchos casos mediar una fuerza psíquica transmisible

¹ *Paris photographe*—Nadar, article de Mr. de Rochas.

por la voluntad del operador, mientras que hoy sobreviene la ciencia experimental a comprobar que la Academia había caído en un error en negar el magnetismo, sucederá también respecto a otros fenómenos, que siempre fueron considerados como imaginarios por el oficialismo científico.

Con lo que acabamos de decir, no tenemos ni la más remota intención de hacer un reproche a la Academia y a los sabios que se niegan a admitir algo que no les parece suficientemente demostrado. Si quisiéramos hacer la historia de todos los descubrimientos realizados desde el más transcendental al más insignificante, encontraríamos que casi siempre los académicos fueron remisos en aceptarlos, pero ese hecho mismo, en lugar de retardar el progreso, fue motivo de continuo adelanto porque la verdad, así rechazada, despertó en los innovadores mayor empeño en evidenciarla y traducirla en hechos innegables.

De ese modo las denegaciones, el espíritu conservador de la ciencia oficial, en vez de ser una interrupción para el progreso, ha sido uno de sus más poderosos coeficientes.

En la cuestión de los fluidos, después de tantas afirmaciones y contradicciones, se llegó por fin a descubrir la verdad: la ciencia ha tenido que ratificar su reconocimiento.

Los experimentos de M. de Rochas y del doctor Baraduc, acompañados de comprobantes como lo son las fotografías por los mismos obtenidas, y además de éstas, otras numerosas hechas por sabios de la talla de W. Crookes descubridor de la materia radiante, Reichembach el experimentador del ódico magnético, ponen ya fuera de discusión la existencia de fluidos en el hombre, fluidos que se modifican según varían las emociones que agitan a su organismo, y que pueden ser dirigidos por su propia voluntad.

Podemos añadir que además de la prueba tan perentoria de las fotografías, en el anhelo de investigar la verdad, se ha conseguido inventar y fabricar instrumentos que comprueban la realidad de la teoría, siendo notables entre otros el *dynamómetro* del Dr. Planat, que permite apreciar la emanación fluídica animal y la de todos los cuerpos; el *magnetómetro* del abate Fortín y el

hipnoscopo que revela la sensibilidad al hipnotismo de un sujeto sensitivo.

Aún hay algo más interesante que las experiencias llevadas a cabo por Moutin, Barrety, Chazarain, Reichenbach, Ochorowicz, Balfour, etc. etc. más interesantes quizás que las mismas iconografías de Baraduc, es, sin duda, la constatación hecha por de Rochas, no tan sólo de los fluidos sino también de la sensibilidad que les corresponde.

Creemos hacer cosa agradable para el lector, llevar a su conocimiento uno o dos experimentos que se refieren a lo que acabamos de decir y cuyo relato pertenece al mismo M. de Rachas.

Se trata de fenómenos positivos y científicamente constatados y que no dejan lugar a duda ninguna, porque no son la manifestación de opiniones más o menos justas y acertadas, sino la relación de hechos en que han intervenido personas, que por su representación en el mundo científico y por su carácter individual están al abrigo de toda sospecha.

Mr. de Rochas refiere el siguiente hecho que el mismo declara transcribirlo de su registro de experiencias:

«30 Julio 1892—Fotografié a Mme. Lux primeramente despierta, luego dormida y exteriorizada, y enseguida dormida y exteriorizada teniendo en este caso el cuidado de servirme de una placa que ella había apretado contra su cuerpo durante algunos momentos, antes de que yo la colocara en el aparato fotográfico.

Pude constatar, que pinchando con un alfiler la primera placa, Mme. Lux no sentía nada; con la segunda ella sentía algo; con la tercera experimentaba una vivísima impresión. Esto tenía lugar pocos momentos después de la operación fotográfica.»⁽¹⁾

De lo expuesto en este capítulo, resulta: que en el hombre actúa un elemento o fuerza sutil que nosotros llamamos fluido; que este fluido, aunque en manera alguna pueda operar el calor o

¹ De Rochas—«L'Extériorisation de la Sensibilité»—Paris—Chamuel Éditeur---1895.

la electricidad, se manifiesta en el aparato ideado por Baraduc, consistente en una aguja suspendida que oscila de diversas maneras cuando es sometida a la acción de la corriente que se desprende de la mano del operador; que estos movimientos concuerdan con el estado de ánimo del causante, como se ha demostrado por medio de numerosos experimentos; resulta igualmente, que sometidos en la oscuridad a la prueba fotográfica, dan en una placa ultra sensible diversas revelaciones; y, por último, que, mediante los experimentos de De Rochas se llega al conocimiento importantísimo de que esos fluidos, exteriorizados, están en íntima relación con el cuerpo del sujeto, puesto que éste siente en sí mismo una picadura o la aproximación de una mano al doble fluídico.

Queda, pues, demostrado lo que nos hemos propuesto al empezar este capítulo; es decir, que en el hombre existen principios o potenciales no bien definidos, cuya existencia es reconocida por la Ciencia.

También queda constatada la realidad de otras manifestaciones que revelan la existencia de la materia en su *cuarto estado* que aunque sospechada o sostenida por algunos, no había sido hasta hoy científicamente comprobada.

CAPÍTULO VI

C'est l'Ame qui est, et le corps qui paraît être.

RENAN.

En el precedente capítulo hemos constatado la existencia de los fluidos; en el presente trataremos de demostrar la relación que media entre los mismos fluidos y ese potencial desconocido, que comúnmente se designa con el nombre de alma.

Dedicaremos principalmente nuestra atención a la observación y al análisis de los fenómenos magnéticos, por ser los que más revelan la realidad de un principio inteligente, independiente de las funciones orgánicas.

Al tratar de un tema tan transcendental, cual es este de la existencia del alma humana, no es posible limitarse al simple estudio experimental, porque aunque nosotros queríamos dirigir nuestras investigaciones en un sentido más positivo que el de la metafísica, no podemos sin embargo prescindir en absoluto de los argumentos que la razón pueda indicarnos como válidos y lógicos para el esclarecimiento y desenvolvimiento de nuestra tesis, porque no se encierra en la experimentación el conocimiento de todas las leyes que rigen el Universo.

El método experimental científico, puede determinar cuáles son los fenómenos y las cosas que se constatan, pero no puede explicarnos su causa o su esencia: es un poderoso auxiliar de la ciencia, pero no crea nada; se limita a la constatación de hechos, para deducir o formular hipótesis que nos conducen a su vez a nuevas constataciones prácticas.

La razón puede equivocarse, pero de la discusión de los argumentos formulados por ella se origina la discusión y de ésta brota la luz. Los hechos que constatamos por medio de nuestros

sentidos, son los que nos inspiran nuestros juicios, porque la observación que los examina y enlaza, deduce de ellos consecuencias lógicas que son sus leyes.—No tenemos pues que olvidar que la ciencia presenta los hechos y la razón es la que, apoyándose sobre ellos, tiende a deducir las consecuencias que esos hechos entrañan.

Es necesario al tratar el alma, valerse de los hechos comprobados sin excluir el examen de sus consecuencias; pero aceptando únicamente como base, hechos comprobados por la observación práctica y por el análisis científico.

Siguiendo el método experimental de los positivistas, lejos de llegar a las conclusiones a que llegaron ellos, se adquiere la convicción de que la teoría materialista pura, está por sus mismas armas mortalmente herida.

Todos los pueblos de la tierra, en todos los tiempos, han abrigado la creencia de la existencia del alma y de su inmortalidad; desde los antiguos sabios egipcios y caldeas hasta el moderno salvaje de la Nueva Zelandia; desde el esquimal al fueguino. Aunque diversa en los detalles, esa creencia, en su esencia, es universal; y aunque científicamente no pueda considerarse este hecho como una prueba positiva de que tal creencia es fundada y realmente exacta, sin embargo, ese mismo carácter de universalidad que la acompaña, no deja de conferirle una gran importancia.

El hecho de que hombres de tan elevada inteligencia cuales fueron Platón, Sócrates, San Pablo, Marco Aurelio, San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Dante, Víctor Hugo, hayan firmemente creído en la existencia y en la inmortalidad del alma, aunque otra cosa no probara, por lo menos demostraría que esa creencia es la más racional y lógica, y por consiguiente la más aceptable. No faltaron algunos filósofos ateos, pero además de formar, una insignificante minoría y de no poderse comparar en saber a los que acabamos de nombrar y a muchísimos otros que omitimos, las ideas expuestas por los que negaron el alma, no encontraron nunca eco en ninguna raza, ni en ninguna época, ni lograron echar

raíces en la naturaleza humana, porque instintivamente tiene ésta la intuición del error de tales teorías.

Lo dicho hasta ahora no es una prueba absoluta de la realidad del alma, porque se podría objetar que tenemos en la historia cien ejemplos de teorías contrarias a la sostenida por la generalidad, y que, a pesar de la mayoría contraria, resultaron luego exactas; pero si hemos apelado al parecer de esos grandes hombres, sólo lo hicimos para llegar a la conclusión de que en este caso *los hechos* han venido a comprobar la exactitud de sus teorías.

No hay sin embargo que olvidar que la ciencia experimental tiene sus límites, y que existen verdades que la razón considera inatacables, a pesar de que el método científico no posea aún medios adecuados de comprobación. La ciencia ha llegado a saber muchas cosas, pero aún dista mucho de saberlo y explicarlo todo. Ella no puede apartar la trascendental cuestión de la existencia de Dios y de la INMORTALIDAD del alma y de ninguna manera puede suprimirla con la negativa.

Dejando ahora aparte la INMORTALIDAD del alma y la existencia de Dios, creencia que como lo demostramos al principio de esta obra, fue universal y de todo tiempo, volveremos al argumento que nos hemos fijado, es decir, a la demostración de la EXISTENCIA del alma en el hombre, sin alejarnos del método positivista experimental, para valernos de las mismas armas con que los materialistas pretendieron combatirla.

Leibnitz decía: «nosotros sabemos, nosotros sentimos que somos eternos;» y rectificaba el aforismo de que nada llegaba al espíritu sino por medio de la materia, añadiendo: «a menos que no sea el espíritu mismo:» «*Nihil est in intellectu, quod non prius fuerit in sensu, nisi ipse intellectu*». «La inteligencia no percibe nada sin los sentidos a no ser a ella misma».

Esto dijo Leibnitz apoyado sobre los argumentos que le presentaba la razón; y la ciencia vino después a ratificar la verdad de su aserción, como lo prueban los hechos que vamos a relatar y las apreciaciones que los mismos sugirieron a los sabios que los observaron.

El ilustre doctor Velpeau, asombrado por los fenómenos que había podido observar en varios casos de anestesia provocada por el cloroformo o el éter, sobre enfermos que habían sido por él operados, exclama: «¡que manantial fecundo para la psicología y la fisiología vienen a ser esos hechos que llegan hasta separar el espíritu de la materia y la inteligencia del cuerpo!» Buisson deduciendo de los mismos fenómenos las mismas consecuencias lógicas, añadía: «Si algo existe que pueda demostrar la independencia del *Yo*, es sin duda alguna la prueba que nos ofrecen los pacientes sometidos a la acción del éter; en los cuales las facultades intelectuales resisten en ese estado a la acción de los agentes anestésicos.

En los siguientes términos se expresa Dedillot al tratar de la misma cuestión: «Las carnes pueden ser torturadas, el paciente no se apercibe de ello; su espíritu anda vagando por regiones desconocidas y recorriendo grandes distancias; otras veces el paciente se abandona a éxtasis y ensueños, muy a menudo acompañados de un vivísimo sentimiento de bienestar y felicidad.»

Hemos hecho conocer la opinión que a estos tres médicos inspiraron los fenómenos anestésicos y nos parece ahora conveniente dar a conocer algunos, para que el lector se dé bien cuenta que en realidad no sería lógicamente posible pronunciarse de otro modo a la vista de tales hechos.

Lo que relatamos ahora es un experimento hecho por el doctor Baraduc, y referido por el mismo en su última obra *L'Ame Humaine*: Mme. X puede ser dormida tan profundamente que la sugestión consigue suprimir su personalidad actual; ella la pierde al mismo tiempo que toda sensación sensitiva—sensual; la sensibilidad exterior de la piel es aniquilada a la par que la sensibilidad íntima del alma sensible; la percepción de su personalidad corporal desaparece como la de su vitalidad instintiva.

Sólo existe entre ella y yo la comunicación magnética, la persistencia de un *ego superior* y la conciencia de ese *ego*.

A mis preguntas: ¿Sois? contesta: Soy. ¿Quién? No lo sé; sé que existo. ¿Cómo sois? «Una bola de luz en la oscuridad».

Es suficiente despertar la personalidad del *yo actual*, el instinto de su alma sensible y la sensibilidad cutánea, para que Mme. X vuelva al conocimiento de su ser actual, de su personalidad corporal actual, con todas las relaciones del mundo periesférico, nombre, dirección, etc., que habían desaparecido al mismo tiempo que se había inhibido su alma instintiva corporal, mientras que su *ser* tenía la noción de su propia existencia y de su forma animo—psíquica».

Lo que Baraduc denomina *alma sensible* no es sino el fluido vital y lo que nosotros queremos probar como realmente existente, es lo que él llama el *ego superior*, y por cierto que el experimento que acabamos de relatar es una conformación de su realidad.

Estaba pues en lo cierto Leibnitz cuando decía: «el alma espiritual del hombre, se reconoce ella misma, como una entidad, indivisible, como una fuerza que engendra una serie indefinida de hechos».

Sin embargo no nos parece superfluo abundar en la exposición de hechos que prácticamente comprueban la realidad de tan importantísima teoría.

Es un hecho perfectamente constatado que el éter, el cloroformo, el magnetismo, apagan momentáneamente la vitalidad sensoria dejando en libertad a la inteligencia, lo cual demuestra a la evidencia que las facultades intelectuales, el alma, no están sujetas ni dependen del sistema nervioso.

No hay estado alguno más parecido a la muerte que aquel en que se halla el paciente sometido a la acción de un anestésico: en las más crueles operaciones no experimenta ni dolor ni sensación alguna; la vida de relación está suspendida, los nervios ya no funcionan, el cuerpo es un cadáver; y sin embargo, como lo demuestran los hechos que vamos a relatar, el alma continúa gozando de sus facultades, continúa activa, aunque sus órganos de manifestación queden inactivos y no respondan ya a su dirección.

El caso siguiente comprueba lo que acabamos de decir, y es digno de atención por la analogía de las sensaciones que existe entre el sujeto magnetizado del doctor Baraduc y el paciente anestesiado a que nos referimos.

Copiamos del periódico inglés *The Chemist and Druggist* en su número del 15 de Marzo de 1874, el cual lo toma del *British journal of Dental Science*. El operado es precisamente un practicante, Mr. James Richardson L. D. C. el cual describe de esta manera sus sensaciones: «Me vi obligado a sufrir una operación dolorosa y para ello deseé someterme a la inhalación del gas óxido nítrico. Yo lo había administrado muchas veces y al oír el modo incoherente como se expresaban los mismos pacientes acerca de las sensaciones que experimentaban durante su estado anestésico, esperé poder definir algo sobre el particular. Y digo esperé, porque ciertamente no es posible definir cuales sean los efectos de la acción del gas sobre un individuo, hasta tanto que haya pasado por sí mismo. Como no dudo que su influencia puede ser distinta, según las condiciones particulares de las personas a quienes se aplique, y siendo esta cuestión de sumo interés para nosotros, creo que vale la pena que se estudie como todo lo concerniente a este asunto.

Estuve bien asistido. Dos doctores del real colegio de cirujanos y el encargado de la anestesia estaban situados tras de mí, de modo que sólo pude ver la cara a este último cuando se inclinó hacia mí con el aparato. A los otros dos no llegué a verles: estoy seguro de ello.

Yo estaba sereno, y en cuanto el aparato estuvo colocado convenientemente, tuve la firme resolución de recibir el gas.

Tenía los ojos abiertos y fijos en la pared, que estaba algo apartada. Les oí decir «recibe el gas libremente»; estas fueron las últimas palabras que pude percibir.

Primero sentí pesadez en los párpados; luego se cerraron.

Entonces me pareció encontrarme en otra atmósfera diferente de la normal, no desagradable, semejante a la de un invernadero cuya temperatura fuese la de los trópicos.

No experimenté esa sensación de opresión o sofocación de que tanto se ha hablado: lo único que sentí, fue ese cambio de atmósfera que me pareció suave y vaporosa.

Al mismo tiempo, percibí como un zumbido que comparo al que debe sentirse al penetrar bajo las aguas con la campana de los buzos, aunque no tan violento.

Enseguida vi como una luz de color violado, de regular tamaño, que se movía de una manera extraña, extra—terrestre y vertiginosa.

Esta luz subía y me parecía que yo la seguía en su ascensión; llevado de un modo particular subí con ella hasta elevarme a una gran altura.

Percibía siempre el mismo zumbido. Por último, la luz en que estaba fija toda mi atención se detuvo. El zumbido cesó; la altura en que nos hallábamos me pareció inmensa.

Dediqué toda mi atención al ruido que percibía y al movimiento de la luz.

La atmósfera había perdido para mí todo lo que pudiera tener de extraña.

Un cambio particular se había verificado en mí ser; yo era, como si dijéramos otra persona. Podía ver y examinar todo mi cuerpo, que se hallaba en un estado parecido al de la catalepsia.

Y del mismo modo que en un día sereno se puede oír desde una gran altura una conversación que tiene lugar en la orilla del mar, sin poder distinguir a los interlocutores, así mismo yo percibía un murmullo extraño y oía una voz que parecía explicar algo a los demás, concerniente a mi individualidad corporal. No comprendía lo que se decía, pero estaba seguro que se hablaba de mí, y que allí había otras personas; y gradualmente crecía mi convencimiento que me hallaba inerme y que algo se estaba haciendo conmigo.

Una calma sepulcral tuvo lugar después: el murmullo cesó por completo: miré atentamente y pude ver a aquellas personas, que inclinada la cabeza, me miraban detenidamente, o más bien dicho, miraban mi cuerpo.

Por más que yo sea muy sensible en mi estado normal, no sentí el dolor que la operación debía ocasionarme. El operador me hirió dos veces y en dos partes distintas: y a pesar de no sentir la menor punzada, sabía que el tumor había sido abierto.

Solamente cuando le exprimieron para vaciar completamente la cavidad, sentí una sensación dolorosa y me quejé, o por lo menos, me lo pareció.

Luego comprendí que la operación estaba terminada, mas al querer demostrar mi agradecimiento, me apercibí que no podía hablar ni menos moverme.

En seguida volví a oír el mismo zumbido de antes; la luz que había estado fija sobre mi cabeza, empezó a descender y yo con ella: las voces se iban aproximando, gradualmente las oía más distintas... por fin, la luz desapareció, el zumbido se extinguió, abrí los ojos y con el corazón lleno de agradecimiento, estreché la mano a todos los allí presentes y exclamé con todas mis fuerzas: ¡Gracias, Dios mío, gracias! A lo cual me contestaron que la operación se había llevado a cabo felizmente. Lo sé todo, les repliqué, sé que está terminada.

Les pregunté si me había quejado cuando me exprimieron el tumor y oí con sorpresa, que no tan sólo no me había quejado durante toda la operación ni exhalado el menor suspiro, sino que tampoco había hecho movimiento alguno.

Aspiré unos diez y seis litros de gas, y desde que empezó a funcionar el aparato hasta que volví en mí, transcurrieron 70 segundos».

En el caso que acabamos de relatar queda a la evidencia demostrado que el alma, principio espiritual o potencial intelectual, no depende del cuerpo en absoluto, puesto que mientras éste pierde todas sus funciones, aquella sigue gozando de sus facultades. La objeción que podría presentarse, de que los anestésicos suprimen la acción nerviosa sin entorpecer la facultad intelectual, no serviría sino a confirmar aún más, que ésta no necesita del concurso de aquella para seguir funcionando.

Además hay otro dato de gran valor en el hecho que acabamos de exponer: consiste como ya lo hemos dicho, en la analogía que presenta con el relatado por Baraduc y que tuvo lugar con muchos años de intervalo. Nos referimos a la tan análoga afirmación en ambos casos de la hipnotizada y del anestesiado. *Ambos declaran que ven una luz en el espacio, que se sienten hacer parte de esta luz, que no parece formar ya parte del organismo material.*

Hasta hace poco, hubiera pedido objetarse, que esos individuos no han visto nada, que sufrieron una alucinación, que han querido hacer hablar de sí o que se han querido divertir a expensas de la credulidad humana, y no hubiéramos en verdad sabido, como responder victoriosamente a semejantes objeciones; pero, actualmente, podemos rechazar la objeción sin riesgo de equivocarnos; la ciencia experimental ha ratificado la verdad y realidad de lo que antes no tenía otro apoyo sino la simple autoridad de una declaración personal.

Las fotografías o iconografías conseguidas por Baraduc, demuestran gráficamente que no ha podido ser ilusión lo relatado por Mme. X. y Mr. Richardson⁽¹⁾.

El célebre naturalista Pictet, así describe los efectos producidos en él, por el protóxido de azoe: «entré en un estado de calma que casi se parecía a un desvanecimiento, pero muy agradable. En lugar de buscar la acción muscular, cualquier movimiento me repugnaba; experimentaba, de *un modo exaltado* el sólo sentimiento de la existencia y no deseaba nada.»

Es evidente que no depende de la acción muscular o nerviosa la manifestación íntima de la vida espiritual; parece más bien que cuanto más se debilita la una, más se acentúa la acción de la otra, puesto que la inteligencia se despeja, se exalta y conserva el recuerdo de todo lo acontecido durante la más profunda anestesia.

Los mismos fenómenos observados en individuos anestesiados por el éter, el cloroformo, etc.; se han constatado en

¹ H. Baraduc.... *L'Ame Humaine* – Paris, 1896.

sujetos magnetizados, dándose también el caso de que mientras los doctores estaban operando al paciente, éste conversaba tranquilamente con el magnetizador.

Este hecho está comprobado por el doctor Cassaignac, quien, refiriéndose a lo dicho por algunos operados en estado anestésico, dice: «Les parece no encontrarse en su lecho, creen hallarse, literalmente en el aire.»

Muchos otros casos, perfectamente constatados por hombres de ciencia, claramente demuestran la independencia que existe entre las facultades intelectuales y las físicas; entre el *potencial* intelectual y el funcional, es decir entre alma y el cuerpo, para expresarnos de un más explícito y más conforme a nuestras apreciaciones.

Después de estos fenómenos, que ponen de relieve la independencia del alma, creemos conveniente pasar a relatar otros de índole diferente, aunque idénticos en el principio o el fondo.

Los que no encontrando explicación científica a los fenómenos de trasmisión del pensamiento de visión sin la ayuda del nervio óptico, de vista a distancia o a través de cuerpos opacos, de predicción de hechos futuros, de pérdida absoluta de la sensibilidad física sin supresión de la memoria, han pretendido explicar hechos reales, con las banales definiciones consagradas por la ignorancia, como la de exaltación cerebral, de excitación nerviosa, etc., lejos de contribuir a la dilucidación de tan importantísima cuestión, contrarían su solución. Tendrían que empezar por explicarnos de qué modo se produce esta excitación nerviosa, cuando justamente los nervios se encuentran inactivos.

Büchner dice «que la causa de la pérdida de los sentidos y del sentimiento, es la pérdida de parte de la sustancia grasosa de la masa nerviosa bajo la acción de los anestésicos.»

¿Cómo podría haber excitación en ese estado? y concedida la excitación, ¿cómo podría explicarse que la barba o el codo se sustituyan a los nervios ópticos y vean?

Este misterioso fenómeno ha sido repetidas veces, constatado por los magnetizadores más célebres y últimamente el

célebre Lombroso, en un escrito suyo que lleva el título «*El Espiritismo y la Psiquiatria*», publicado en Turín en fecha 12 de Marzo de 1892, declara haber presenciado el fenómeno de transposición de los sentidos. No puede pues, ponerse en duda la realidad del fenómeno que demuestra que los sentidos no son absolutamente necesarios para ver u oír, durante ciertos estados de histerismo o de acción magnética. Sin embargo, el profesor lo explica por la excitación nerviosa. ¡Curiosa explicación! ¿Pero quién es el que lee, puesto que el ojo no es? Es el cerebro, se contesta. Aceptemos por un momento la suposición, pero hagamos constar nuevamente que no son los nervios los conductores indispensables de las sensaciones, ni son ellos los factores indispensables de toda manifestación sensual, puesto que puede suprimirse su acción persistiendo la inteligencia; lo que prueba que ella procede de un principio independiente.

Nos parece del caso recordar la justa apreciación que al respecto hacía, ya en el siglo V, el filósofo Synesius. «Los sentidos, decía, son los instrumentos y los medios de las sensaciones, pero el sentimiento y la percepción de éstas, pertenecen solamente a la inteligencia, porque durante el sueño distinguimos los colores, percibimos los sonidos, sentimos los efectos del tacto etc., mientras que los sentidos reposan sin coadyuvar a ello en nada, y hasta creo que esta manera de sentir y de percibir, tiene algo de mucho más delicado.

A lo dicho y como explicación de los fenómenos que relatamos, añadiremos que a nuestro humilde juicio, cuando todos los sentidos orgánicos están en actividad, en plena posesión de sus facultades, el alma o potencial espiritual se vale de ellos y no percibe y siente sino por conducto de los mismos; pero cuando la sensibilidad está inactiva, se han suspendido sus funciones como sucede en los casos de anestesia provocada por el éter, el cloroformo, el óxido nítrico o por el magnetismo, entonces ese potencial o alma, germen de todas las facultades y surgente de todas las sensaciones, sigue evolucionando y seguiría actuando sirviéndose de sus facultades extra—orgánicas, si la separación fuera llevada tan lejos que se rompiera el lazo fluídico existente en la dualidad humana.

Pero pasemos ya a la relación de un *hecho*, que más que nuestras teorías, comprueba la independencia del principio espiritual o intelectual, alma o potencial (como se le quiera llamar) cuyo poder superior se pone de manifiesto cuando se halla en condiciones de no tener que valerse de los sentidos.

El caso que vamos a citar, lo tomamos de la obra de M. C. Chardel «Essai de Psychologie physiologique», y está también expuesto en el libro de Arnaldo Mateos «Estudios sobre el alma.

«El doctor Chapelain magnetizó a una señora, excelente sonámbula, para consultarla respecto a una grave enfermedad que padecía la madre de la misma. La contestación, fue: «que todos los humores estaban alterados, que había un derrame de líquido en el lado derecho del pecho, así como un poco de agua en la envoltura del corazón (el pericardio); que el hígado estaba descolorado o blanqueado en su superficie. Dentro de dos días, añadió, mi madre habrá muerto, a pesar de cuanto pueda hacérsele. Al día siguiente, el doctor Chapelain encontró a la enferma en un estado gravísimo, reconociendo que la triste profecía de la sonámbula empezaba a cumplirse; los pies y piernas presentaban un edema bastante considerable, la respiración era difícil y con frecuencia interrumpida por una tos pequeña y seca. Magnetizada nuevamente la sonámbula, dijo: «Mi madre está muy débil desde hace algunos días; no vive más que por el magnetismo que la sostiene artificialmente, le falta la vida.—¿Creéis que puede sostenerse la vida de vuestra madre? preguntó el doctor Chapelain. No: su vida se extinguirá mañana por la mañana, sin agonía, sin sufrimiento.—¿Cuáles son las partes enfermas? — El pulmón derecho está retraído, encogido sobre sí mismo; está rodeado de una membrana que tiene un aspecto como la cola, y se halla bañado en mucha agua que hay allí. Pero es sobre todo de ahí—añadió la sonámbula señalando el ángulo inferior del omóplato—que mi madre sufre. El pulmón derecho no respira, está muerto: el izquierdo está sano y es sólo por él que vive mi madre. Hay un poco de agua en la tela que envuelve el corazón, (el pericardio)—¿En qué estado se encuentran los órganos del vientre?—El estómago e intestinos me

parecen estar sanos; el hígado blanco y descolorido en su superficie».

La enferma, en efecto falleció a las 7 de la mañana del día siguiente, según había predicho la sonámbula.

Tanto el doctor Cloquet, que también asistía a la enferma, como Chapelain, desearon ver si la autopsia pondría de manifiesto las lesiones que había indicado la sonámbula, lo que fue concedido por la familia. M. Moreau, secretario de la sección de cirugía de la Academia, y el doctor Drousart, fueron llamados como testigos: la autopsia la hizo el doctor Cloquet, ayudado por los señores Chapelain y Palloux. Mas antes, los asistentes desearon oír de boca de la misma sonámbula la descripción del estado interior del cadáver y aunque era algo duro magnetizar a la hija ante el cadáver de su madre, no obstante, Chapelain consintió. No intentaré describir, dice el autor que traducimos, aquella escena de ternura y de piedad filial. El doctor Chapelain procuró calmarla, y habiendo deseado los médicos allí reunidos que dijera lo que veía en el cuerpo de madame Plautin, la sonámbula repitió con voz firme y sin vacilar, lo que había dicho ya anteriormente a los señores Cloquet y Chapelain.

Habiéndola hecho retirar a una sala inmediata mientras se verificaba la abertura del cadáver, la joven todavía en estado sonámbulo, seguía a través de las paredes la mano del operador armada del escalpelo, relatando a los que con ella estaban, cuanto en la otra habitación sucedía.—«¿Por qué hacen la incisión en el pecho, dijo una vez, cuando el derrame líquido se encuentra en el lado derecho?»

Las indicaciones dadas por la sonámbula fueron del todo confirmadas por la autopsia, según consta en el certificado que libraron los médicos que procedieron a ella y los que la presenciaron. No lo insertamos a continuación por creerlo de todo punto innecesario.»

Después de la presente relación, valiéndonos de las mismas palabras de que se sirve Arnaldo Mateos, haremos observar: «que aquí hay cuando menos un doble fenómeno: el de la previsión y el de la visión a través de los cuerpos opacos. La sonámbula no tan

sólo ve las lesiones internas existentes en la enferma, sino que no pierde un detalle de la autopsia que sigue paso a paso, sin que le sea obstáculo la pared que la separa del sitio en que aquella tenía lugar.»

Tenemos además en la historia muchos otros casos, entre los que se cuenta el de la célebre predicción de Cazotte, que en otro libro nuestro hemos detalladamente referido, el otro de Jacobo de Molay, gran maestro de los templarios, que al subir a la hoguera, predijo la muerte dentro del año al papa Clemente V y al rey de Francia, Felipe el Hermoso; casos que como muchos otros revelan facultades que la mayor o más extremada exaltación cerebral o excitación nerviosa, no llegarían por cierto a explicar, como tampoco aún no se conoce el por qué de los fenómenos magnéticos ni a qué ley obedecen.

Los que opinan que no existe el alma como entidad independiente y sólo consideran sus más elevadas manifestaciones como un resultado de la marcha más o menos perfecta del mecanismo orgánico, tendrían que dar algunas explicaciones algo más claras a los que se interesan en el estudio de tan importante cuestión. Conseguirían así, hacerse comprender mejor de aquellos que no poseen el profundo saber y la autoridad científica de los Büchner, Moleschott, Lombroso, Schopenhauer y otros ilustres de cuyo talento y erudición nosotros estamos muy por debajo.

Nos dicen o nos dejan suponer, que el cerebro segrega las ideas y los sentimientos, del mismo modo que se operan las segregaciones que operan la digestión. Es decir que, así como una perfecta función estomacal y una buena asimilación, produce esas personas tan fuertes y rozagantes que satisfechas pasean su *embonpoint*, así una perfecta segregación cerebral químicamente a individuos tales como Platón, Cesar, Dante, Miguel Ángel, Pascal, Newton, Napoleón, Edison, Gladstone, Bismark etc., dependiendo probablemente la diferencia existente entre Cesar y Newton o entre Pascal y Bismark de una alteración química o mecánica.

En verdad mucho cuesta creer que de buena fe se consideren tales las causas del talento o de la virtud.

Por otra parte, no puede científicamente comprobarse la infalibilidad de la doctrina que con Büchner define: «el alma un producto de la actividad material y el espíritu un producto del organismo»⁽¹⁾ y que: «el alma considerada matemáticamente, es el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula de la columna vertebral, y considerada fisiológicamente, es el conjunto de las funciones de la sensibilidad encefálica⁽²⁾».

No puede comprobarse científicamente que realmente así sea, puesto que según los más notables fisiólogos, el cerebro es aún muy poco conocido. Tan es así, que el mismo Büchner, en la ya citada obra, dice (página 190, 2ª edición): «Hasta ahora sólo se han examinado las partes mínimas y es por eso que la anatomía de las partes blandas del cerebro, es todavía un terreno *desconocido*. El examen de las partes más groseras, presenta una cantidad de formas exteriores, admirablemente entrelazadas, *cuyo valor psicológico es aún un enigma*».

Es, pues, el caso de preguntarse ¿cómo es posible hablar con tanta seguridad de las funciones cerebrales, si el mismo cerebro es aún en gran parte desconocido?

Para que una locomotora pueda correr necesita del fuego y del agua, que en su organismo metálico desarrollan el vapor; pero no puede deducirse de ello que el vapor es un producto de la locomotora. Sucede lo mismo con el organismo humano: necesita del alma y del espíritu para poder actuar y vivir.

Concediendo por un momento, que realmente las facultades que creemos ser producto del alma, lo sean únicamente del sistema nervioso, no podríamos llegar jamás a darnos cuenta de qué modo sucedería, que neutralizando o suprimiendo el funcionamiento nervioso (como en los casos de anestesia) las facultades que de él exclusivamente dependerían, en lugar de

¹ Büchner, *Fuerza y Materia*.

² Littré, *Dictionnaire de Nystem*.

empequeñecerse o desaparecer, aumentarán en fuerza y sensibilidad.

Sostener tal tesis, sería lo mismo que pretender que quitándole vapor, la locomotora aceleraría marcha y aumentaría su poder de tracción.

Para comprender ciertas definiciones, entre otras la llamada «transposición de los sentidos,» para explicar el fenómeno de la lectura sin el concurso del nervio óptico, necesitaríamos verdaderamente de toda la exaltación cerebral que se asigna como causa de tales fenómenos.

Para no admitir la existencia del alma, se cae en teorías muchísimo más irracionales e incomprensibles que la del alma misma.

En verdad causa asombro el método de resolver las más transcendentales cuestiones empleado por algunos hombres de fama científica: la lógica que exigen de los que piensan diversamente, parece que no se la exigiesen ellos mismos.

Dicen que el alma no existe, porque su existencia no se puede prácticamente demostrar (lo que, de paso sea dicho, no es exacto); pero aun suponiendo que no se puede demostrar de una manera positiva, si por eso se creen con derecho a negar su existencia, con igual derecho podríamos decirles que tampoco pueden probar, ni práctica ni científicamente, que el alma no existe.

Como lo dijimos al principiar este capítulo) tratándose del alma no hay que dejar del todo de lado el concurso de la razón: guiados por la razón y la lógica es que podemos deducir consecuencias que son tan importantes como los hechos mismos en que las fundamos. Tan es así, que si bien la fisiología se da razón de la acción nerviosa, no nos explica de qué manera reciben los nervios la impulsión de la voluntad que los dirige, y menos aún puede explicar el primer acto evolutivo. De esto podemos fundadamente deducir que existe una fuerza independiente de la materia.

Se ha dicho que aunque esa fuerza desconocida pueda admitirse, no se la podría considerar como principio existente por sí; porque en definitiva, no sería más que una resultante de las funciones perfectas de todo el organismo.

Para apoyar este aserto, se apeló a los experimentos de la vivisección; y de los fenómenos en ella observados, se dedujo que el alma no existía, porque prácticamente se podía demostrar que era posible, por así decirlo, cortarla a pedazos.

El argumento a primera vista parece decisivo, pero en realidad no resiste al más sencillo raciocinio.

«El alma no existiría, porque suprimiendo tal o cual órgano en el individuo, desaparecen las facultades que se le atribuyen.» A semejante monstruosidad científica, porque realmente no se la puede clasificar de otro modo, no podemos dar otra contestación mejor que esta comparación: se quitan una a una las cuerdas del instrumento de un violinista; se concluye por hacer pedazos la caja armónica, para llegar a la conclusión de que el artista no existe.

Esto, ni más ni menos, es lo que hacen los que de los fenómenos fisiológicos, sacan consecuencias como la negación del poder que llamamos alma: le quitan los medios materiales de manifestarse y después declaran que no existe tal cosa.

¿Acaso no existe el pensamiento aunque no pueda darse a conocer con la palabra? Si un individuo se encuentra en una población cuyo idioma ignora completamente, siéndole imposible hacerse comprender, ¿podría por eso decirse con verdad que ese individuo no piensa?

Es el caso de citar las palabras de Santo Tomás de Aquino: «la razón o el pensamiento, la facultad de comprender lo universal, es incompatible con la materia».

Se cree en la fuerza vital, en la electricidad, en la atracción, porque se palpan sus efectos, ¿por qué no creer entonces en esa fuerza que llamamos alma, cuyos efectos de otro carácter en nada se parecen a los de las nombradas fuerzas, porque mientras los de

éstas son puramente materiales, los de aquella son inteligentes y revelan una causa inteligente?

No basta decir que no se debe creer en lo que no se ve ni se conoce, porque tomando la cuestión bajo ese punto de vista, se podría hacer notar que ni la fuerza vital, ni la atracción, ni la electricidad se ven y se conocen. Si oímos tocar una orquesta, aunque no veamos a los músicos, no dudamos de su presencia; si la vela hinchada arrastra a la embarcación, no dudamos de que el viento actúa aunque no se le pueda ver.

Indudablemente las razones que acabamos de invocar en apoyo de la existencia del alma, son de innegable valor; pero, además de razones, hemos presentado hechos que, materialmente, vienen a confirmar que existe en el hombre un principio que no responde a las leyes orgánicas, principio que tampoco necesita del organismo para seguir funcionando. Ese principio, ese potencial, ese motor oculto, es el espíritu o alma y como toda cosa que existe no puede ser abstracta en absoluto, necesita revelarse en algo y es por esto que no sólo se le supone por las razones ya expuestas, sino que se revela más abiertamente en la acción y presencia de los fluidos magnéticos, que vienen a constituir lo que podría llamarse su cuerpo fluídico. Es a éste que se deben atribuir muchas sensaciones y fenómenos que muy a menudo se producen en nosotros mismos sin casi darnos cuenta de ello.

Tales son las simpatías y antipatías, los sentimientos, la sensación extraña que experimentamos cuando alguien nos mira y nos obliga a volver la cabeza, advirtiéndonos que no estábamos sólo como creíamos. Lo mismo puede decirse cuando se presenta inopinadamente a la memoria, el recuerdo de una persona que ha mucho conocemos y que a poco andar nos encontramos con ella.

La generalidad clasifica todo esto de casualidad, pero en realidad se trata de la ignorancia de las leyes a que tales hechos obedecen.

Esos y otros fenómenos deben atribuirse a la atmósfera fluídica o vibraciones magnéticas, que irradian de cada persona y la rodean del mismo modo que la atmósfera rodea a la tierra. Sus múltiples modificaciones, su más o menos pureza y densidad que,

a la par del estado de salud dependen del adelanto a que ha llegado el espíritu mismo, son las que producen esas sensaciones inexplicables de simpatía o antipatía de atracción o repulsión resultantes del choque fluídico, a la par que nos revelan lo que los órganos sensoriales aún no han percibido. Muchas expresiones vulgares, muchos dichos antiguos, muchas creencias o supersticiones análogas entre pueblos de diferentes climas o razas, no son más que la inconsciente o instintiva revelación de verdades que luego la ciencia llega a comprobar, como al presente con las fotografías o con la aplicación del magnetómetro.

Los pintores antiguos y modernos que representaban a sus héroes o santos con un nimbo de luz que los envolvía o que, cual aureola luminosa, les rodeaba la cabeza, instintivamente reproducían sobre sus telas una verdadera realidad, un fenómeno que hoy día la ciencia pudo ya observar, constatar y empezar a estudiar.

Hasta hace poco, la ciencia, como ya lo hicimos observar, negó rotundamente la existencia de los fluidos magnéticos, basándose sobre el método experimental, pero después, debido cabalmente al mismo método, tuvo que reconocer su existencia y su intervención en los fenómenos llamados de magnetismo y sonambulismo; y sucederá también que, si no vencidos por la fuerza de la razón, vencidos por la fuerza de los hechos, los que siempre han negado la realidad del potencial intelectual o espiritual, tendrán que bajar la cabeza ante la evidencia de la realidad y reconocer su error.

Decía Arago, que «fuera de las matemáticas puras, quien pronunciara la palabra *imposible*, faltaría a la prudencia», y nosotros añadiremos, que la demostración de la existencia del alma no es materialmente imposible.

Todos los grandes descubrimientos que la humanidad consiguió realizar fueron considerados imposibles. El alma está en evidencia y sin embargo aún se declara su existencia, problema de insoluble solución.

A las palabras de Arago, pueden muy bien servir de corolario estas otras de Víctor Hugo: «un sabio que se ríe de lo posible, no está lejos de ser un idiota».

Además de todas las razones teóricas que hemos venido exponiendo en apoyo de nuestra tesis, los fenómenos anestésicos que hemos relatado nos demuestran a la evidencia que más allá de ese fluido, que en cierta manera viene a ser su organismo, existe un principio, un ser, individual e inteligente, verdadero ser consciente en la humana naturaleza, que es lo que llamamos alma o espíritu.

Hay pues que convenir que estábamos en lo cierto cuando decíamos que, valiéndonos de sus propias armas, fácil nos sería herir al materialismo, porque es la misma ciencia experimental la que nos facilita la demostración de la existencia del alma.

Concluiremos, pues, repitiendo lo que en otro capítulo hemos dicho: que la Ciencia, en lugar de destruir todas las creencias, las reunirá en una sola, que nos dará una noción más elevada del hombre, del Universo y de Dios.

CAPÍTULO VII

C'est la responsabilité de l'homme qui
fait sa gloire et sa grandeur.

LABOULAYE.

Hemos visto que existe en el hombre un principio independiente de la materia al que hemos llamado alma o potencial, principio que examinado por sus efectos inteligentes resulta superior a la materia organizada.

Trataremos ahora del relativo libre albedrío de que goza el alma y si debe o no ser considerada responsable de sus actos.

Al hacerla, no desecharemos en absoluto las doctrinas contrarias, criticaremos con sinceridad aceptando lo correcto o bien probado que pudieran contener, aunque esto fuera contrario a nuestras conclusiones.

La luz de la razón guiada por la sinceridad, debe presidir la dilucidación de tan arduo problema, de cuya solución depende en gran parte el porvenir de la humanidad.

La influencia del organismo sobre lo moral del hombre es innegable, pero no por eso se puede negar la existencia del principio moral o intelectual.

Fisiología y psicología no se excluyen; unidas deben concurrir a la solución de los grandes problemas que se presentan a la humana inteligencia.

La relación existente entre el organismo y el principio o potencial espiritual, es sumamente estrecha.

La configuración cerebral, en primer término, y la de todo el organismo en general, contribuyen a realzar la inteligencia y la moral; pero si el estado fisiológico es deficiente, la causa primera de esta deficiencia, se encierra muchas veces en el mismo potencial intelectual.

Los colores, el mármol, el arpa, no son ni la pintura, ni la escultura, ni la música; necesitan del artista que los elija para después producir una obra valiéndose de su concurso. La mayor perfección del mármol y del arpa, contribuirá grandemente al éxito del trabajo artístico; pero es innegable que la elección y la preparación de ellos, depende del talento y del adelanto del artista. Un buen artista sabe elegir materiales buenos y, si no los encuentra, se esfuerza en modificarlos.

Es cabalmente lo que sucede entre el espíritu y la materia: siendo ésta deficiente, el potencial intelectual se esfuerza en corregir esa deficiencia; y en el caso de que la materia no sea deficiente, si la inteligencia no sobresale, la culpa será del potencial intelectual que no aprovecha de la feliz coincidencia y deja atrofiar los órganos por falta de uso.

Un mal violín entregado a Paganini, podía producir notas sublimes, pero un Stradivarius en las manos de un murguista, no revelaría el mérito de su construcción y la excelencia de su material.

En apoyo de nuestra tesis presentaremos muchos hechos, dejando de relatar los que hemos tenido ocasión de observar nosotros mismos, y sólo ofreceremos al lector aquellos que por ser referidos por hombres de merecida fama científica, no pueden ofrecer blanco a la crítica sobre su mayor o menor autenticidad.

En su libro «*El Hombre Criminal*»⁽¹⁾, página 113, Lombroso dice: «como luego lo demostraremos, todos los amores raros y monstruosos a la par que casi todas las tendencias al crimen, tuvieron su principio en la primera infancia.» En apoyo de esto, entre muchos y aún peores ejemplos, cita el siguiente: «Un niño que desde la edad de tres años se sentía ya inclinado al onanismo y experimentaba placer en ver degollar a los animales, a los cinco años, ya se mostraba habilísimo en obrar mal. Un día vio a su hermanito que sangraba de la nariz y aprovechó de esto para hacerle caer con la cara contra el suelo; removía esa sangre con

¹ *L'Homme Criminel*. Traducción de la IV edición italiana. II edición francesa.

sus manos y gritaba: «*Quiero matar a este chico, quiero ver sangre; eso me da gusto*».

Habiéndosele preguntado si se atrevería a matar a su madre: «¡Por cierto que sí! contestó; ¿y por qué he de quererla si no me quiero a mí mismo? ¡Oh! bien quisiera matarla, y si hoy no lo puedo, esperaré a ser grande».

Este hecho y otros análogos que no relatamos para no cansar al lector, demuestran a la evidencia que las buenas o malas tendencias de un individuo, no pueden atribuirse en absoluto a la configuración del cerebro.

Los estudios y observaciones de Broca prueban que el cerebro, hasta los cuarenta años, va sufriendo modificaciones que se manifiestan al exterior, lo que depende del uso de tales o cuales órganos en el ejercicio de las facultades a que obligan los diversos estudios o profesiones.

La posesión de facultades extraordinarias en los primeros años de la vida, demuestra a la evidencia que el potencial intelectual, cuando ha alcanzado un alto desarrollo, se manifiesta desde la primera edad, a pesar de la debilidad relativa del cerebro infantil.

Estos hechos nos conducen a la cuestión del libre albedrío, sin el cual no existiría la responsabilidad.

Según la escuela de Lombroso, las facultades atribuidas al alma no son más que la resultante de causas puramente físicas, en la estricta significación de la palabra, porque el atavismo, etc., etc., no se le considera como un precedente o influencia espiritual, sino como un verdadero coeficiente fisiológico que determina tal o cual inclinación, por haberse heredado con el germen vital, podría decirse, materialmente.

Siendo así, tendríamos que convenir en que no existe fuera del germen vital la entidad moral o intelectual y por consiguiente la responsabilidad del hombre, no existiría y sólo sería una cosa imaginaria, aceptada como real, por consideraciones de conveniencia social. Tendría pues razón Lombroso cuando se

refiere al examen del libre albedrío en llegar a las conclusiones siguientes:

«Entendámonos bien. Yo no quiero decir que en el estado normal la voluntad sea libre, como lo creen los metafísicos; pero, en semejante estado, las acciones son determinadas por motivos o por deseos que no están en contradicción con el bienestar social. Los malos instintos, cuando aparecen, son más o menos refrenados por otros móviles; amor de las alabanzas, temor del castigo, de la deshonra, de la iglesia; o por la herencia, o también por buenas costumbres contraídas gracias a una continuada gimnasia del espíritu.»

Pero si el espíritu es un resultado de los órganos cerebrales y de los nervios ¿cómo puede iniciar, *por sí sólo*, esa gimnasia que modifica su propio estado? o lo que es lo mismo ¿cómo pueden los efectos de una causa obrar sobre la causa misma?

Nos parece fuera de razón que cerebros en vía de organización, lejos aún de su definitivo desarrollo, puedan presentar diferencias tan notables como la perversidad y la bondad, el talento y la estupidez; y lo que es más admirable, que algunos demuestren poseer conocimientos que sólo puede adquirir la generalidad mediante prolongados estudios. Tampoco pueden atribuirse al ambiente o a la educación el carácter y las tendencias de tal o cual niño, puesto que el mismo Lombroso cita casos de chicos contra cuyas malas inclinaciones nada valieron todas las buenas amonestaciones, ni los castigos, ni el ser hijos de padres *normales*.

Por otra parte apresurémonos a llevar al conocimiento del lector que el mismo autor declara: «que es un hecho bien comprobado que a pesar de las anomalías físicas o de una viciosa herencia, se encuentran muchas veces individuos honestísimos».

Para demostrar más evidentemente que las anomalías craneanas o faciales no pueden ser consideradas como causa fatal de la criminalidad, basta reproducir algunas cifras referentes a la proporción que existe entre criminales y normales, con relación a las anomalías, signos o defectos considerados como rasgos

característicos del vicio o del crimen. Es un trabajo que ha compilado el mismo Lombroso⁽¹⁾.

Asimetría y plagio—cefalea. Normales: 20%; criminales: 42%.

Prognatismo. Normales: 34%; criminales: 34%.

Fosa de Civinini. Normales: 27%; criminales 15%.

Frente huyente. Normales: 18%; criminales 36%.

Trazas de la sutura intermaxilar. 52%; criminales: 24 %.

Subscaphacéphalie. Normales: 6%; criminales: 6%.

Apófisis zigomático saliente. Normales: 29%; criminales 30%.

Resulta, pues, como por otra parte lo hace también notar el mismo autor, que, comparando los criminales con los normales, se encuentra que muchas anomalías pierden su importancia, porque se presentan en proporciones casi iguales o superiores en los últimos.

Algunas anomalías consideradas entre las más importantes, como la asimetría facial y la frente *huyente*, nos dan la prueba de que a pesar de semejantes contrariedades, se puede ser muy buen hombre, puesto que una mitad de los afectados por esas anomalías resultaron ser muy normales.

Estas clasificaciones y estas cifras demuestran que estábamos en lo cierto cuando afirmábamos que, si bien el organismo cerebral podía influir sobre el potencial espiritual, sólo lo podía en modo relativo y jamás en absoluto; a menos de tratarse de casos en que el mismo organismo esté herido o aniquilado por un accidente extraño a su normal evolución.

Indudablemente, los individuos con asimetrías y anomalías y con todos los demás defectos que dificultan el normal funcionamiento cerebral, se encuentran en condiciones más desfavorables, que aquellos cuya construcción orgánica es del todo perfecta; pero seguramente se puede con voluntad y trabajo

¹ *L'homme criminel.* Página 170.

contrarrestar o anular las malas tendencias a que los inclinan esos o aquellos defectos orgánicos.

Lo repetimos: un buen músico ejecuta mejor en un buen instrumento que en uno defectuoso, pero con su talento puede suplir sus defectos mientras que un artista adocenado no podría tocar bien por bueno y perfecto que el fuese.

Se encuentran criminales con todos los rasgos típicos de la bondad y la virtud; y viceversa, se hallan individuos muy honrados, muy virtuosos con algunos o todos los rasgos característicos de la bajeza humana.

La configuración cerebral no puede, pues, en absoluto, ser considerada como causa de inferioridad espiritual; y por consiguiente, no debe tomarse como causa de irresponsabilidad. Creemos muy a propósito hacer observar que está también científicamente comprobado que las deformaciones craneanas y faciales, son muchas veces, consecuencias de tendencias del potencial espiritual y no causas de esas tendencias. Hasta el pleno desarrollo de la virilidad, el cerebro se transforma o modifica, y según la dirección que imprime el potencial, presenta éstas o aquellas perfecciones o anomalías orgánicas.

La materia influye sobre el espíritu, pero aún más fuertemente puede éste influir sobre aquella, cuando está ya adelantado y en condiciones de hacerla. El espíritu es una entidad y no una resultante; una entidad individual que, a la par de lo que pasa respecto al organismo de cada uno, puede valer, más o menos, en muy diferentes proporciones.

Lo que Lombroso ha encontrado, es que el número de defectuosos y anómalos es mayor entre los delincuentes que entre los normales; pero estos mismos delincuentes no pudo examinarlos cuando niños, para asegurarse de si sus defectos eran causa de las malas tendencias y no consecuencias de las mismas, como tampoco ha podido seguir todos los estados de la existencia de niños físicamente malos, a fin de darse cuenta si realmente fueron presa luego de los vicios o crímenes que a sus anomalías correspondían.

Una cosa resulta clara e indiscutible, y es que el espíritu trae o posee sus tendencias, lo que prueba que es una entidad y no una resultante.

Todos los sabios que se han dedicado a su estudio lo confiesan, desde Büchner, cuyas palabras ya hemos citado, hasta Claude Bernard que dice en su *Fisiología general*: «las funciones cerebrales son un mecanismo y no dan razón del principio del pensamiento».

En apoyo de nuestra opinión podemos citar también la del doctor Hugo Doherty,⁽¹⁾ quien refiriéndose al mismo tema, así se expresa: «Sin querer discutir el valor empírico del mapa trazado por Gall y Spurzheim sobre el cráneo, haremos observar que los más eminentes fisiólogos del día, se encuentran divididos respecto a la cuestión de la localización de las facultades del alma en los diferentes lóbulos del cerebro. No parece imposible que ciertos lóbulos puedan ser centros localizados, correspondientes a las diversas ramificaciones del sistema nervioso de todo el cuerpo humano y, por consiguiente, centros especiales de las relaciones entre las facultades del alma y los nervios de percepción y de transmisión, puesto que numerosos experimentos han demostrado que el alma puede obrar sobre los nervios periféricos en buen número de órganos, aún después de la total destrucción de los lóbulos del cerebro, considerados cuales centros nerviosos localizados para diferentes funciones.»

Con las mismas dificultades se tropieza por medio de la disección del cerebro, se quiere investigar la relación que existe entre la locura las lesiones cerebrales, porque hay casos en que no se encuentra lesión o alteración alguna en cerebros de personas fallecidas en estado de locura; y viceversa, se dio varias veces el caso de lesiones importantes en cerebros de individuos que no sólo no habían estado locos, sino que habían conquistado durante la vida fama de clara inteligencia, según lo manifiesta el mismo Lombroso en su Libro «*Genio y Locura*».

¹ «*L'Homme et la Nature*, página 57.

Romagnosi, Bichat, Kant, Dante, tenían asimetrías craneanas; Machiavelli era plagio—céfalo, Hugo Fóscolo presentaba un caso de prognatismo exagerado y el ilustre Kant era platicéfalo.

A pesar de esos defectos o típicos característicos, la biografía de esos grandes hombres no nos presenta como criminal a ninguno de ellos, y la historia de la humana inteligencia los cuenta entre sus más célebres campeones. Podemos pues decir que si realmente las anomalías tienen influencia, lo mismo pueden tenerla para el bien que para el mal, y de ningún modo pueden considerarse como causas determinantes e inevitables de malas acciones: el potencial espiritual puede substraerse a su influencia y libremente obrar de conformidad con las facultades extra—materiales de su propia entidad. Y diremos más, el potencial espiritual puede influir no solamente sobre la materia, sino llegar a conseguir la modificación o a dominarla, como lo comprueban gran número de hechos.

Según las teorías materialistas, nadie tendría jamás el derecho de quejarse de un hombre o acusarle; se tendría que atribuir siempre la culpa a la fuerza de los acontecimientos, de las cosas y de la fatalidad. Pero no es así; puesto que el hombre posee la facultad iniciadora de sus acciones y sabe que puede, entre los innumerables fenómenos que se desarrollan en el universo, producir una nueva serie de cosas de las cuales él mismo sería la causa.

Para no dejar campo a dudas u objeciones respecto a nuestro modo de pensar, haremos por otra vez constar que no desconocemos la influencia que el físico pueda tener sobre el moral, pero nunca como ley inevitable y fatal, puesto que no puede tampoco negarse que el moral influye sobre la materia.

Fuertes e imprevistas emociones, han producido gravísimas enfermedades y hasta la muerte o han devuelto la salud a enfermos ya desahuciados. Una catástrofe pudo alguna vez causar emoción tal, que gracias a ella personas paráliticas pudieron, recobrar el uso de sus miembros y hasta de la palabra.

No creemos, sin embargo, que a nadie se le haya ocurrido jamás, en vista de tales hechos, negar la existencia del organismo, como en sentido contrario lo han hecho los que pretendieron negar la existencia del alma, cuando por causas físicas, fue inutilizada en el uso de sus facultades.

Existe el alma y es tanto más responsable cuanto más adelantada sea, como a un hombre sano y fuerte se le puede exigir más labor que a uno débil. Un parisiense es más intrínsecamente responsable que un neo—zelandés, que no deja sin embargo de serlo ante sus compañeros de tribu.

La libertad evolutiva existe en diferentes grados entre los hombres, en una proporción relativa a sus instintos, sentimientos e inteligencia.

La razón da al hombre completa libertad en la elección de los medios que él prefiere para atender a necesidades o aspiraciones, que respondan a las condiciones que le rodean.

La historia nos presenta numerosos ejemplos en que la voluntad, guiada por la razón, ha logrado triunfar del temperamento individual, de las malas pasiones y del ambiente.

El potencial espiritual puede substraerse a la influencia del potencial funcional, si la propia voluntad se pone al servicio de la razón; porque a menos de tratarse de un loco, cualquiera tiene la intuición del mal y del bien.

Cuando un individuo de carácter violento, indolente o malvado, alcanza una cierta edad sin haberse modificado en sus tendencias, según la teoría de los que opinan con Lombroso, no se le podría considerar responsable de sus acciones porque ellas serían el resultado de ésta o aquella deficiencia, abundancia, perfección o defectos de su construcción orgánica.

La sociedad para garantizarse, para operar una saludable selección, le quitará su libertad de acción, confinándolo en un presidio; pero esto sucedería sin que lo mereciera el desgraciado, si en realidad se produjese por inclinación fatal, con sujeción a su destino constitucional.

A semejantes teorías, sólo se puede contraponer hechos que demuestran que no existe tal pretendida irresponsabilidad en las personas sanas.

Es el noble sentimiento de la propia responsabilidad, que cambia de la noche a la mañana un oscuro montañés en heroico mártir del deber, como lo podríamos demostrar con muchísimos ejemplos, desde Pedro Micca que cae aplastado bajo los escombros de la mina que hace saltar para defender el puesto que tenía encomendado a su vigilancia, hasta el capitán holandés Scaffelaar que para salvar la vida de sus soldados, sacrifica la suya.

En pocas palabras relataremos este hecho histórico:

Sitiado en Barnevelt, agotados todos los víveres y sin agua, no le quedaba más recurso a Scaffelaar que la capitulación. Era el año 1482 y no hay por consiguiente que extrañar mucho que el enemigo vencedor impusiera como condición a los sitiados, que, para salvar sus vidas por capitulación, sería tan sólo a condición de que de lo alto de la torre de Barnevelt los soldados arrojaran a su capitán al enemigo. Al oír semejante propuesta todos levantaron gritos de unánime protesta y juraron dejarse matar hasta el último antes que sacrificar a su capitán. Pero éste al ver que toda resistencia era ya inútil, que con la propia iba a perder las vidas de muchos, dirigiéndose a sus guerreros les dijo: «Ninguna ocasión mejor que ésta se podría presentar para concluir mi vida; la doy para salvar las de todos vosotros,» y haciendo seguir el hecho a las palabras, se lanzó de lo alto de la torre. Su muerte fue la vida para todos sus soldados.

De hechos semejantes la historia registra centenares y todos revelan lo que puede el sentimiento de la propia responsabilidad; en la mayoría de los casos no es el temor al castigo o el desprecio de la vida lo que conduce hasta el sacrificio, es el sentimiento de la responsabilidad, es la idea del cumplimiento del deber.

San Agustín, que después de una juventud depravada, se entrega a la práctica de las más nobles virtudes y de los estudios más elevados, y llega a ser una de las figuras más grandes del catolicismo; Felix Peretti, el oscuro pastor de los Apeninos que se

cambia en la colosal figura del pontífice Sixto V; Cristóbal Colón, que no ceja en su atrevido ensueño hasta que, ya casi en la vejez, gracias a su inquebrantable voluntad, lo ve convertirse en deslumbradora realidad; el cadete Bonaparte que llega a ser aclamado Napoleón emperador por ejércitos cargados de palmas y laureles; éstos y otros muchos, hijos de sus propias obras, demuestran todo lo que puede la voluntad, la razón, la conciencia de la responsabilidad.

¿Habrá quien se atreva seriamente a sostener que todas las grandes obras de arte y de literatura, que todos los grandes hechos que recuerda la historia, no son más que el producto del mecánico funcionamiento de las sustancias químicas que componen el cerebro?

Si el hombre puede mediante un esfuerzo de la voluntad, hacer concurrir todas sus fuerzas, intelectuales y físicas a la realización de un plan preconcebido, forzoso es admitir la libertad de acción y por consiguiente la responsabilidad.

Si la verdad de tal deducción no puede constatarse por el método positivo experimental, porque el potencial espiritual se escapa al análisis material, hay que valerse para su demostración, del concurso de facultades pertenecientes al potencial mismo: la inteligencia y la razón.

Del examen de los efectos debe llegarse al conocimiento de la causa. Los que admiten la exactitud de los cálculos de Newton en la definición de las leyes de la gravitación universal y reconocen que debido a ellos ha sido posible hallar el peso de la luna, se apoyan tan sólo sobre pruebas intelectuales. Del mismo modo, los que quieren buscar las razones y las leyes que son la base de la libertad y de la responsabilidad, tienen que valerse del raciocinio científico.

Tomando por base la razón, cuando la prueba experimental se hace imposible, tenemos que llegar a comprender que la materia no puede ser causa primitiva de las pasiones, porque, por si sola, es inerte y pasiva; mientras que la virtud, el vicio, la inteligencia, el genio son entidades activas. No se puede tampoco considerar a la materia como instigadora invencible de nuestras

acciones, porque en idénticas condiciones de temperamento, algunos dominan las malas inclinaciones y otros no. El ser o no ser esclavo de las propias pasiones, depende de la voluntad.

Individuos hay de temperamento bilioso que, dándose cuenta de las malas consecuencias a que ese temperamento les expone y reconociendo los perniciosos efectos de la ira o del orgullo, a fuerza de voluntad, han conseguido dominar completamente sus arranques, y, a pesar del organismo adverso, han llegado a ser ejemplares de moderación, afabilidad y humildad. Verdaderos santos, entre los que prima San Francisco de Sales, han existido siempre y aún hoy pueden encontrarse, que si hubieran dejado obrar a la materia sin valerse del potencial espiritual, hubieran confirmado plenamente las teorías de Lombroso; pero la noción, o la convicción de la propia responsabilidad, fue y es la base de toda grandeza y progreso.

¡Sí: el alma es responsable! Si la materia no la favorece o le es contraria, se establece una lucha, cuyos resultados son fecundos en bienes para el espíritu, porque luchando adquiere mayor vigor e independencia y gracias al temple que desarrolla, consigue llegar a ser dueño del organismo, poniendo su vitalidad e instintos bajo absoluta dirección.

Conscientes de nuestra responsabilidad, el secreto para que la misma sólo sea para nosotros timbre de gloria y de progreso, se encierra las palabras de Víctor Alfieri: *Volli, sempre volli, fortissimamente volli.*

CAPÍTULO VIII

Nadie muere sino en apariencia, del mismo modo que nadie nace sino en apariencia. En efecto, el pasar de la esencia a la sustancia, he aquí lo que se llama nacer; y lo que se llama morir es al contrario, el pasar de la sustancia a la esencia.

APOLONIO DE TIANA.

Hemos demostrado que el alma existe y que es una identidad que puede funcionar sin el concurso de la materia, como lo hemos constatado en los fenómenos de anestesia y sonambulismo; y hemos visto también que en el estado normal del organismo, ella puede ejercer su dominio sobre el mismo y desarrollar sus facultades.

Hemos demostrado que, libre y dueña de sus acciones, bajo la dirección de la razón y con el poderoso concurso de la voluntad, el alma, como consecuencia de la libertad de que disfruta, tiene que ser enteramente responsable, en relación con su valor intrínseco, siendo mayor responsabilidad, cuanto mayor es el grado de progreso realizado.

Hemos combatido también la teoría materialista, poniendo en evidencia las malas o buenas tendencias en niños de muy tierna edad y hemos llegado a declarar: que es el espíritu el que poco a poco forja, desarrolla, y perfecciona el cerebro.

Todo esto lo hemos probado con cifras y con hechos.

Se presenta pues ahora la oportunidad de preguntarse, por qué existen almas buenas y elevadas y otras malas e ignorantes. Si el espíritu no es efecto o producto de la materia ¿cuáles son las causas de esas diferencias?

En realidad si el espíritu no puede considerarse como un producto de la materia organizada, es fuerza reconocer que si existen entidades espirituales diferentes, la culpa no puede achacársele a la materia; se debería acusar a Dios de injusticias y

hacerle a Él responsable de todos los males que afligen a la humanidad. O si a semejante conclusión no se quiere llegar, porque la idea de la injusticia no puede asociarse a la divinidad, se caerá en la conclusión admitiendo que no hay Dios y que todo es obra de la materia.

¿Pero cómo conciliar esta conclusión con el potencial desconocido, que no es producto de la materia, y que como existe en el hombre así se encuentra en el universo, cual causa primera? Si hay un Dios habrá también justicia. Para que esta justicia sea real, forzoso es que la mayor o menor bondad del espíritu no sea obra de la casualidad o de una gracia concedida a unos y negada a otros; cada alma ha de ser la causa de su propio estado; de este modo solamente no habrá injusticia.

Si el alma trae ya sus tendencias, que no son fruto ni de la casualidad, ni de una gracia especial, es lógico convenir en que cada uno tiene lo que merece. Para aceptar esta idea no sólo tenemos que demostrar que el alma existe, lo que ya hemos hecho, sino que es también necesario probar que el alma no muere con el cuerpo.

La ciencia ha constatado la existencia de las fuerzas fluídica y además ha descubierto que ellas obedecen al potencial espiritual. Entre varias otras, las experiencias de Baraduc y de De Rochas nos han demostrado que estos fluidos, que en cierto modo vienen a ser el cuerpo fluídico del potencial intelectual, ser, alma o espíritu, pueden exteriorizarse y conservar la forma, la fuerza y la sensibilidad del organismo a que están ligados; pero, aún no hemos examinado ese cuerpo fluídico, ese cuerpo del espíritu, esa tangibilidad del alma, para expresarnos más claramente, existe solamente durante la vida del organismo al cual pertenece, o si aún de la muerte, después de la supresión del potencial funcional, sigue actuando y existiendo.

Este es el punto que conviene estudiar. Una vez probado que el alma no muere con el cuerpo y que aunque privado de sus medios materiales de manifestación, el espíritu sigue existiendo, recién entonces podremos investigar a cuales causas o razones

obedece y responde, el mayor o menor valor de la entidad espiritual de cada uno de los hombres.

Para demostrar que el alma sobrevive al cuerpo, no faltan hechos ni razones. Respecto a los hechos, sin negar su valor a los históricos, cuya comprobación escapó a la ciencia, existen fenómenos completamente constatados por sabios modernos, que demuestran a la evidencia la supervivencia del alma al organismo material.

Entre otros, algunos casos de telepatía, cuya veracidad perfectamente comprobada, no puede ser puesta en duda. Respecto a razones, el análisis de las que abonan en favor de la inmortalidad, nos facilitará grandemente la tarea que nos hemos propuesto.

La materia, es siempre la misma en su constante transformación. Nuestro cuerpo no es más que el producto de la asimilación de sustancias químicas que no han nacido con nosotros, que antes que nosotros ya existían en la naturaleza; el potencial funcional es el que transforma en sangre, músculos, nervios y huesos la materia existente fuera de nosotros. Los elementos que forman la leche que en el recién nacido, se transforma en carne, existían antes que el niño naciera, y antes de la concepción existían ya las sustancias que poco a poco formaran su organismo.

No empieza pues nuestro cuerpo con nuestra vida; y el organismo material es la parte secundaria, porque la más importante es el potencial intelectual o alma; no sería pues lógico suponer que esta aparezca *ex—abrupto*, porque sí, mala o buena.

Si nunca se ha visto brotar una planta cargada de fruta madura, porque la ley que rige la evolución vegetativa es una y perfecta, no es posible admitir que la ley suprema que rige a la naturaleza misma, sea imperfecta.

Racional y lógico es reconocer que sin apartarse de la ley universal, el potencial intelectual o espíritu, se va desarrollando y formando como todos los demás organismos.

Para sus manifestaciones, para su evolución, el potencial intelectual necesita de la materia ¿pero cómo podría seguir desarrollándose si con la muerte, con la disgregación del material, tuviera fin su acción?

La materia, en realidad, sólo muere en apariencia y después de una vuelve a otra, y siempre nuevas vidas; ¿cómo pues concluiría definitivamente el espíritu?

Hemos visto, que el alma no es una resultante de la materia organizada y puede seguir funcionando por sí sola, como lo comprueban los fenómenos de la anestesia y del sonambulismo.

Suponer pues que el alma deje de existir cuando el organismo que de ella depende llega a ser inservible, además de no poderse demostrar no respondería a una ley justa o divina.

Si el alma existe como entidad, ha de seguir existiendo como sucede con todas las cosas del universo; y en su continua existencia encontramos la causa de su desarrollo.

Admitiendo que las diferencias individuales del potencial espiritual sean debidas al mismo, puesto que ellas son el efecto y el potencial es la causa, llegaremos a explicarnos por qué hay quien nace siendo un Vicente de Paul o un Sócrates y quien un Heliogábalo o un Nerón.

La explicación de un hecho semejante, que a primera vista parece inexplicable o injusto, resulta evidenciada por la sobrevivencia del alma al cuerpo, sobrevivencia que demostraremos probando la existencia del cuerpo fluídico, independientemente del organismo material o corpóreo.

Admitiendo que el alma para seguir actuando no necesita del cuerpo, encontraremos la razón de la desigualdad intrínseca de un potencial de otro y comprenderemos porqué nace un Mozart o un Francisco de Asís y porqué nace un Claudio o un Calígula.

Como ya lo hemos dicho, la historia de todos los pueblos y de todas las edades, nos refiere numerosas apariciones de cuerpos fluídico o dobles, algunos de personas vivientes y otros de personas difuntas que en ciertas ocasiones, se presentaron con la misma forma que en vida tuvieron.

Esos hechos, aunque referidos por hombres de altísima inteligencia, de veracidad y exactitud reconocidas, como entre otros han sido Cicerón, Tito Livio, Tácito, Valerio Máximo, etc., no se han podido comprobar, como hoy día, gracias a los adelantos de la ciencia, lo han sido otros que después de un detallado análisis de todas las circunstancias que los acompañaron, concluyeron con dejar prueba irrefutable de su real autenticidad. Pero, si bien se reflexiona, hechos históricos, que hasta ahora fueron considerados como partos de la imaginación o del autor que los refiere, ya no podrán ser desechados en absoluto, puesto que se ha constatado la posibilidad de los mismos.

Por éstas razones, y para demostrar que la verdad sea, más o menos, revelado en todos los tiempos, antes de referir algunos hechos de nuestros días, brevemente recordaremos al lector, algunos otros que se produjeron en los siglos pasados.

La citación de apariciones referidas por la historia, primero; luego el relato de otras, que en ciertos casos, manifiestan la acción extracorpórea de un viviente, que desarrolla efectos de fuerza psíquica; y por último, la exacta relación de apariciones que tuvieron lugar en nuestros días y que han sido perfectamente constatadas como reales, nos llevarán forzosamente a reconocer, que la muerte no es lo que la generalidad de los vivientes suponen que sea, porque el supuesto mundo sobrenatural, habitado por seres sobrenaturales, no es en realidad, sino un mundo de percepciones transcendentales, que corresponde a un estado transcendental de nuestra propia individualidad.

Lo que en dichas condiciones tiene lugar, no es sobrenatural: son cosas puramente fenomenales, pero reales, como resultan serlo todos los fenómenos que se realizan en la naturaleza.

El estudio del alma humana en su relación con el tiempo y el espacio; su evolución, sujeta a leyes de inalterable justicia y continuidad, nos revelará el por qué de la incesante marcha del progreso individual y colectivo.

Como ya lo hemos dicho, llegaremos así a formarnos una más elevada y racional idea del grandioso fin de nuestra

existencia y tendremos una más digna y noble noción del Universo y de Dios.

Taine⁽¹⁾, en su obra «La Inteligencia» refiriéndose a las apariciones, llega a la conclusión de que no hay ni fantasmas, ni sombras; que todo se reduce a una alucinación y lo explica diciendo, que el primer fenómeno de la inteligencia es la imagen que ella misma se crea, es decir: una sensación espontánea, menos precisa y menos energética que la sensación propiamente dicha. Esas imágenes, creación de la inteligencia, según los individuos y las especies, revisten mayor o menor precisión».

Más claramente y con mejores teorías no sería posible negar la realidad de las apariciones. No existen ellas, no hay fantasmas o cuerpos fluídico; son puras creaciones del cerebro.

Las mismas explicaciones que da Taine, son las que también expone Dugald—Stewart dice: que los actos de la concepción y de la imaginación están siempre acompañados, aunque sea momentáneamente, por la creencia de la real y efectiva existencia del objeto que las ocupa.

Por nuestra parte admitimos que efectivamente es así, cuando se trata de fenómenos hijos de una concepción imaginaria. Las teorías de Taine y Dugald—Stewart y otras parecidas tienen su valor fisiológico; pero si ellas explican de qué modo se operan las alucinaciones, no demuestran que en todos los casos haya alucinación.

Sin entrar al fondo de la cuestión y limitándonos a combatir la teoría de la continua y universal alucinación, con que se pretende explicar todos los fenómenos de que nos ocupamos, nos concretaremos a observar que eminentes hombres de ciencia, como lo son los Crookes, Wallace, Lodge, Gibier, Richet, de Rochas, Baraduc, Aksakof, Ochorovicz, C. du Prel, Lombroso etc, etc., *han científicamente constatado que la alucinación no entraba para nada en muchas experiencias que ellos habían podido presenciar, sino que el fantasma, sombra o cuerpo*

¹ Hippolyte Adolphe Taine (Voiziers, Ardenas, 21 de abril de 1828 – París, 5 de marzo de 1893) fue un filósofo, crítico e historiador francés; es considerado uno de los principales teóricos del Naturalismo. (nota del digitalizador)

fluídico, había sido tan real que había llegado a impresionar la placa fotográfica.

Lombroso dice: «algunas veces los producidos por los hipnotizados o los médiums, se realizan también por los moribundos, cuando, presa de profunda emoción, piensan en la persona querida con toda la energía del período preagónico».

«Entonces el pensamiento se trasmite bajo la forma de imagen y tenemos el fantasma, que hoy se llama alucinación verídica telepática.»

Sin entrar a discutir esta teoría, sólo diremos que por lo menos, queda claramente constatado que el que tiene ocasión de sufrir una alucinación verídica telepática, o que, en otras palabras, ve a un fantasma, lo ve realmente; porque no es el producto de la propia imaginación, sino de la de otra persona que puede a veces encontrarse a centenares de leguas.

No se podrá objetar que los hechos que vamos a relatar son imposibles.

En todos los tiempos y en todas partes se ha creído que la aparición de personas muertas, era un fenómeno que podía producirse. Los griegos y los romanos, en sus épocas más gloriosas y cultas, creían en la existencia de los fantasmas.

Plinio el Joven, uno de los hombres más eruditos y sensatos de su época, nos habla de una casa en que se oían grandes ruidos y quejidos, por cuyo motivo nadie quería habitarla. «Un despreocupado, dice, que allí se instaló, durante la noche fue despertado por un gran ruido; y hombre sin miedo, se levanta, y con una lámpara en una mano y una espada en la otra se lanza en los patios y encuentra un viejo todo cubierto de heridas, que le cuenta como había sido asesinado por ladrones y le indica el sitio a donde habían enterrado su cuerpo. Llegado el día, se busca el lugar indicado y realmente se encuentra el cadáver.»

Plinio relata ese hecho como un acontecimiento real y digno de publicarse, y a juzgar por sus obras, no era Plinio hombre dispuesto a tonterías.

Los historiadores romanos relatan lo que sucedió a Bruto, antes de dar su última batalla contra las legiones de Octavio y de Antonio. La víspera de la batalla de Filipo, durante la noche, se le apareció en su tienda el mismo fantasma que ya se le había presentado una noche en su campamento de Sardes, diciéndole: volverás a ver en Filipo». Esta segunda vez le anunció su derrota y su muerte y al siguiente día se realizaba ese vaticinio.

En la edad media, durante mucho tiempo, se han quemado a muchos infelices por haber declarado que habían visto a seres que no eran de este mundo.

En verdad cuesta creer que los que comunicaban tales hechos mentían por el placer de hacerse asar vivos; más razonable sería suponer que algo de verdad ha de haber habido y que algunas personas asombradas o impresionadas ante tales fenómenos, no hayan podido resistir al deseo de comunicar el caso, pagando con la vida la propagación de una verdad.

Durante la época gloriosa del Renacimiento, en Italia, Marsilio Ficino, el restaurador de la filosofía platónica, a la par que Pico de la Mirándola, creían en el mundo de los espíritus y sobre esa creencia, fundaron su doctrina.

Los biógrafos de Marsilio Ficino cuentan el hecho siguiente: Discutiendo él un día con su discípulo Miguel Mercati, acerca de la inmortalidad del alma y de la existencia de los espíritus, como no acertara a convencerse el discípulo de lo que el maestro quería persuadirle, concluyeron la discusión conviniendo en que el que muriera primero se presentaría al sobreviviente. Una noche, mientras Miguel estaba en su cuarto estudiando, oyó de repente el ruido de un caballo que detenía el galope a la puerta de su casa, y al mismo tiempo oyó la voz de Ficino que le gritaba: «Miguel, nada hay de más cierto que lo que se dice de la otra vida.

«Mercati abrió entonces la ventana y asomándose, reconoció a su maestro que se alejaba a caballo, pudiendo seguirle con la vista hasta muy lejos. Mercati enseguida, envió un siervo a su casa a tomar noticias de él y vino así a saber que hacía poco que su maestro acababa de morir».

Sin garantizar la exactitud del hecho referido, nos permitimos hacer esta pregunta: ¿por qué en este caso no podría tratarse de una alucinación verídica telepática, fenómeno admitido y reconocido ya por la ciencia?

Las experiencias de Baraduc y de Rochas no dejan dudas respecto de la exteriorización de la fuerza psíquica; el caso tan conocido de Emilia Sagée, que aparecía en dos partes a la vez en presencia de un gran número de testigos; y el análogo fenómeno producido por miss Laure, hija del juez Edmonds, de quien decía M. Colman «que algunas veces podía a su voluntad exteriorizar su espíritu y hacerlo aparecer bajo su propia imagen y comunicar así con personas que le eran simpáticas», demuestran que, además de nuestro cuerpo orgánico, el espíritu puede disponer de otro cuerpo fluídico, lo que se ha constatado también en casos de sonambulismo natural o provocado.

Los fluidos no son materia orgánica; son una fuerza que no puede destruirse ni aniquilarse, y puesto que la forma fluídica o fantasma produce fenómenos inteligentes, ha de depender del potencial intelectual o alma y no del organismo material, que no puede producir fenómenos inteligentes.

Podría creerse que el fenómeno es tan sólo posible durante el funcionamiento del cuerpo orgánico, pero que desapareciendo éste, ya se acaba todo.

Esta objeción podría ser refutada de diferentes modos, pero nos bastará recordar que la ciencia, ha comprobado que el potencial intelectual no depende en absoluto del funcional, porque aquél puede ejercer sus funciones cuando éste está completamente paralizado.

Además de los fenómenos de telepatía que comprueban la existencia del *doble*, hay otros aún más transcendentales, que prueban que el cuerpo fluídico además de la forma conserva también la fuerza.

El doctor español, Otero Acevedo, relata una curiosísima experiencia que él tuvo ocasión de presenciar.⁽¹⁾ «En 1889 se fue

¹ *Animisme et Spiritisme*, por A. Aksakof, pág. 509.

a Nápoles, con el objeto de verificar la autenticidad de los fenómenos que tenían lugar en las sesiones dadas por Eusapia Paladino. El doctor Acevedo deseaba obtener una impresión sobre arcilla en condiciones absolutamente inatacables. Con ese fin llenó un plato de arcilla. Concluida la sesión reglamentaria (fenómenos habituales), Eusapia Paladino propuso espontáneamente ensayar la experiencia imaginada por el sabio español. Rogó al doctor Acevedo que colocara el plato con arcilla bien lisa sobre una silla delante de ella; a dos metros de distancia y lo cubriese con un pañuelo».

«Esto tenía lugar en *plena luz*, y fijas estaban las miradas en Eusapia».

«Tendió ésta la mano en la dirección del plato, hizo algunos movimientos convulsivos y dijo: «¡Ya está!» Cuando se levantó el pañuelo, pudo constatarse por todos los presentes, que en la superficie de la arcilla estaba netamente marcada la impresión de tres dedos».

«En las cartas que me escribió el doctor Acevedo, me aseguró que para él no existía la menor duda acerca de la realidad de esos hechos, aunque hubiera ido a esas sesiones con las ideas preconcebidas de un *materialista enragé* según su propia expresión».

Este hecho extraordinario del desdoblamiento del organismo humano—hecho que lógicamente deducimos del fenómeno de la materialización, nos autoriza a creer en los relatos que de otras partes nos llegan, refiriéndonos apariciones de dobles que producen efectos físicos, sin que para explicarnos esos hechos nos veamos obligados a la hipótesis de las alucinaciones visuales, del oído o del tacto.

Habiéndose comprobado la realidad del fenómeno esencial, esa segunda clase de exteriorización vendría a ser una variedad, caracterizada por un diferente grado de corporeidad y de pendiente de la distancia que separa al fantasma de su prototipo viviente.

Si el espíritu o potencial intelectual puede, con el concurso de los fluidos sobre que actúa, producir fuera del cuerpo material,

las manifestaciones que ordinariamente produce valiéndose del mismo, hay que convenir en que para la acción inteligente espiritual, para que el potencial o alma siga existiendo y actuando, no necesita del cuerpo orgánico. Este es necesario al alma para la vida terrestre, para las manifestaciones que con la misma se ligan, pero acabada ésta, destruido el organismo, el alma entra en otra clase de vida, que no es más que una modificación de la terrestre; entra en la vida del espacio, llevando consigo el cuerpo fluídico, que es una modificación del material, y puede, puesto que conserva el espíritu sus facultades, producir fenómenos inteligentes y materiales, puesto que el cuerpo fluídico, por más que sea diferente del terrestre, no deja de pertenecer a la materia en un estado científicamente constatado, al que se llamó: *cuarto estado* de la materia.

Puesto que el pensamiento, facultad propia del potencial intelectual, puede revestir realmente una forma o imagen visible, como el mismo Lombroso lo ha reconocido, y puesto que esa forma además de la apariencia puede conservar una fuerza que produce efectos dinámicos, fuerza que la ciencia ha reconocido bajo el nombre de fuerza psíquica, ¿cuáles razones serias y lógicas quedarían para no aceptar como muy real y muy racional otra clase de existencia, diferente de la terrestre, reservada al potencial intelectual o alma?

El relato siguiente, sacado de la obra, «*Lettres de la Princesse Palatine*» condesa de Frustemberg, podría muy bien referirse a un caso real de telepatía, en el cual el pensamiento no solamente habría tomado una forma visible, sino que también, esta forma habría sido acompañada por su propia fuerza psíquica, que le permitiera producir efectos análogos a los físicos.

«El conde de Ruperta, muy disgustado que su familia quisiera obligarle a casarse con otra señorita, contrariando así la fuerte inclinación que sentía hacia mí, resolvió salir para la guerra, pero antes de hacerlo quiso ver a una adivina para consultarla sobre su destino. El horóscopo dio el resultado siguiente: El primer tiro de fusil le estaba destinado».

«Antes de salir a campaña, el conde vino a verme para despedirse de mí, y después de contarme lo que la adivina le dijera, me preguntó, si yo tendría miedo, si en el caso de realizarse el horóscopo fatal, apenas muerto, se me presentara para darme aviso de su realización».

«Yo le contesté que preferiría verle volver vivo que fantasma. Entonces él, insistiendo en la lúgubre broma, me dijo: «dadme vuestra mano como prenda de que no tendréis miedo.» Creyendo yo que lo que él deseaba antes de separarse de mí, era hacerse el romántico para hacerme sufrir, no insistí y le tendí mi mano. Se despidió luego de mí y más tarde se alistó en el ejército y entró en campaña».

«Varias semanas habían transcurrido ya desde la última visita del conde de Ruperta, y el recuerdo de nuestra última entrevista ya no tenía para mí más que la significación de una originalidad de enamorado, cuando una noche de verano sintiendo mucho calor y no pudiendo dormir, abandoné mi cama y me senté en un sillón entregándome así a un agradable descanso. De pronto, oigo ruido de pasos como de persona que llevara botas de montar con espuelas, y no acertaba quien podía ser que tan temprano hubiera llegado a mi casa; vuelvo la cabeza del lado donde venía el ruido, y veo una persona vestida de negro, que al fijarme yo en ella desapareció enseguida».

«La cara no me fue posible distinguirla claramente, pero el cuerpo en su conjunto era el de Ruperta. Presa de terror lanzo un grito y, al mismo instante, una mano me golpea fuertemente la cara, y al oír el ruido del golpe, mi doncella me dice: no os asustéis señora, es un espíritu, hace un momento yo también lo sentí».

«A los pocos días tuve la noticia de la muerte del conde, acontecida en la noche misma en que yo había tenido la visión referida».

¿Se tratará esta vez de un hecho real o del sueño de una imaginación exaltada? No lo sabemos; pero sí podemos asegurar que cuando los sabios incrédulos que se habían dedicado a negar la posibilidad de semejantes fenómenos, rehusándoles su

investigación científica, se convencieron que no era propio de la sabiduría negar *a priori* ninguna hipótesis o afirmación, resolvieron analizarlos, para demostrar de una vez por todas lo absurdo de tales cuentos, viéndose obligados a reconocer su realidad proclamando su posibilidad; y comprobada la veracidad de algunos casos, no pudieron dejar de buscarles una explicación.

Se formularon teorías—proclamadas inatacables por sus autores, pero esas teorías resultaron luego insuficientes, ante el desarrollo de los fenómenos y de las experiencias.

No pretendemos en este trabajo, emprender el examen y hacer la crítica de las teorías de Von Hartmann y de Lombroso; nos basta por ahora constatar que los hechos antes rotundamente negados por esos mismos incrédulos, han tenido que ser reconocidos y proclamados como hechos reales, *hechos* en una palabra, y no sueños o cuentos.

Si hasta ahora nos limitamos a los hechos antiguos, no lo hemos hecho porque no sea posible relatar otros parecidos, realizados en nuestros días.

Fenómenos más extraordinarios que los de Bruto, de Marsilio Ficino y de la condesa Palatine, han tenido lugar en nuestros días y siguen produciéndose.

El caso siguiente está relatado en la revista *Spiritual Magazine* (1862, página 535) que lo reproduce el *Herald of Progress*, de Boston.

«Os comunicaré un hecho sucedido a una señora amiga mía, vecina de esta ciudad, y cuya honorabilidad y probidad están por encima de toda sospecha».

«El pasado invierno, dicha señora tomó a su servicio una joven alemana, cuyos padres vivían en Alemania con los otros hijos. Para comunicar con su familia, esa joven, se valió de su patrona, que le hacía el favor de escribirle sus cartas. En el mismo invierno, Barbe, que así se llamaba la joven, cayó en cama enferma de fiebre intermitente. Como algunas veces deliraba, la señora la visitaba varias veces durante la noche».

«Otra mucama dormía también en el mismo cuarto. La enfermedad la tuvo postrada dos semanas, durante las cuales, la enferma decía a menudo a su patrona: «¡ah! señora, cada noche me encuentro en Alemania, cerca de los míos» Dos veces su delirio llegó al paroxismo. Una noche abandonó precipitadamente su cama, llevando consigo las frazadas al cuarto cercano; otra vez quiso tirar de la cama a la otra mucama».

«No obstante, recuperó la salud, y ya se había olvidado de su enfermedad, cuando llegó una carta de Alemania escrita por sus padres, en la que decían que su madre se hallaba sumida en la más profunda desesperación, porque durante quince noches seguidas, su hija había golpeado a la puerta de la casa paterna; la habían dejado entrar y todos los miembros de la familia la habían visto y reconocido, sin exceptuar a la madre, que no se cansaba de exclamar: «¡Ah! pobrecita Barbe, ha muerto!».

«Una noche la habían visto arrancar la frazada de una cama para llevarla a otro cuarto y la siguiente noche tomando a su hermana por el talle quiso sacarla de la cama».

«Esta carta asustó muchísimo a la joven. Decía ella que en Alemania la hubieran tratado de bruja, por cuyo motivo no quiere recordar tan extraordinario incidente».

«Añadiré, que no hago más que comunicar solamente los hechos, tal cual me los refirió la señora, mi amiga, que sigue viviendo en Dayton con la sirvienta aludida».

Laura Cuppy.

Dayton, Ohio, el 12 Setiembre, 1862.

Si no bastara el precedente, he aquí otro caso que confirma la verdad de lo que venimos sosteniendo, que consiste en que «la acción física y psíquica del hombre, no se halla confinada en la periferia de su cuerpo».

El hecho es referido por el doctor Jorge Wyld.

«Hacía quince años que yo cultivaba relaciones de buena amistad con miss J... y su madre».

«Estas señoras habían recibido una educación de las más esmeradas y merecen una fe absoluta. Sus palabras me fueron también confirmadas por la relación de una de las sirvientas; la otra no me fue posible encontrarla».

«Miss J... visitaba frecuentemente a los pobres y un día sucedió que mientras se volvía a casa, se sintió muy cansada y mal a causa del intenso frío que hacía, y deseó vivamente llegar a su casa para poderse calentar cerca del fuego. En el mismo momento en que por su mente cruzaba este pensamiento, dos sirvientas que se encontraban en la cocina, vieron moverse el picaporte y abrirse la puerta para dejar paso a miss J... que se acercó al fuego y se calentó las manos».

«Lo que más llamó la atención de las sirvientas, fueron los guantes verdes de las cabritilla que en ese momento miss J... llevaba puestos. De repente, ésta desapareció de su presencia. Asombradas y asustadas, corrieron a dar parte de la aventura a la madre de miss J... sin olvidar el detalle de los guantes verdes

«La madre, esforzándose en dominar su aprehensión, dijo a las sirvientas que se tranquilizaran, que eso no había sido sino una ilusión de su imaginación, porque su hija siempre había llevado guantes negros y jamás había usado guantes verdes».

Media hora más tarde, miss J... en persona entraba en su casa y se dirigía a la cocina para calentar sus entumidos miembros. Viéndose que llevaba puestos guantes verdes, porque *no le había sido posible encontrar negros*. (Light 1882, pág. 26).

¿Para qué extendernos más relatando hechos de que dan cuenta un gran número de importantes obras históricas y científicas, desde la Biblia, hasta la Human Nature y Light? Desde Saúl, que por medio de la Pitonisa de Eudor, evoca la sombra de Samuel, que se le presenta para profetizarle su cercana muerte y derrota, hasta el caso publicado en el periódico *Facts*, al cual lo había comunicado M. James M. N. Sherman de Rumford (Rhode Island) reproducido en el *Light* de 1885, página 235, en que se da cuenta de la aparición constatada de personas que habían muerto cuarenta años antes, abundan las relaciones que

confirman que el alma y el cuerpo fluídico que la acompaña, no se destruyen con la muerte del organismo material.

El potencial espiritual sigue actuando y conservando la memoria de su vida terrestre.

La supervivencia del alma al cuerpo, no solamente está demostrada por la razón y la fe, sino también por la ciencia experimental, en el límite concedido a la misma, en cuestiones tan abstractas.

Sería la expresión de un orgullo sólo disculpable por una tendida ignorancia, sostener que la ciencia puede dar la explicación completa los problemas que se relacionan con la eternidad.

Positiva y científicamente hablando, la ciencia no ha llegado a constatar la inmortalidad del alma, pero ha podido comprobar que el potencial espiritual sobrevive a la materia, y que la materia orgánica visible, no es el sólo componente del hombre.

Constató también la ciencia que la materia misma, en su cuarto estado, que es el fluídico; sobrevive a la orgánica y sigue formando la envoltura del potencial espiritual, que puede así a voluntad conseguir manifestarse visible y hasta materialmente.

Esto lo sostienen algunos sabios, entre los que descuellan Crookes, Gibier, Wallace, Denis, Lodge, Richet, du Prel, de Rochas, Aksakoff, Baraduc, Zöllner, etc.

La ciencia experimental, descubrió la parte que podríamos llamar material de los destinos del alma humana; pero darse cuenta de su destino eterno y de su evolución en el tiempo y en el espacio, no lo conseguirá jamás, porque para conseguirlo y demostrarlo, sería necesario que la eterna evolución ya se hubiera cumplido, si así fuera dejaría de ser eterna.

Para resolver, ese problema, no es suficiente el método experimental; la razón iluminada por la fe, podrá facilitarnos la solución de los destinos del alma.

La ciencia no ha conseguido explicar a que leyes obedecen los fenómenos constatados, pero con la comprobación de los

mismos, ha llegado a demostrar lo racional de las hipótesis basadas sobre la sola fe.

La inmovible esfinge, sigue aguardando desde los siglos más remotos, la solución del eterno enigma del principio y fin de la vida.

En ese misterio se revela la divina sabiduría. En la cima del progreso se esconde la solución del enigma; pero el hombre no la alcanzará nunca porque ella es el mismo principio de las cosas, es el ser de los seres: ¡Dios!

No alcanzará nunca el hombre a la cima, es cierto; pero eternamente corriendo en pos de ella, adquirirá siempre mayores conocimientos y descubrirá mañana verdades ignoradas ayer, encaminándose así a la perfección.

Hemos visto, por tanto, que el hombre posee fluidos, modificación de los eléctricos, que en ciertas ocasiones pueden exteriorizarse, conservando la forma del cuerpo, llegando así a constituir un doble del mismo.

Este doble formado por una fuerza que no depende ni de los músculos, ni de los nervios, y que vendría a ser por así decirlo, la envoltura del alma, puede separarse del cuerpo material y seguir al espíritu con la velocidad del pensamiento. Sus efectos físicos y su forma han sido científicamente constatados.

Resulta pues comprobada la posibilidad de las apariciones después de la muerte, de los héroes o de los santos, cantadas por los poetas o referidas por los cronistas religiosos; queda también probado, que esas creencias han sido, en todo tiempo, comunes a todos los pueblos.

A todos los que tienen por imposible lo que no alcanzan a comprender, a los *esprits forts*, que se mofan de las tradiciones, de las leyendas y de la historia; que siguen negando crédito a la existencia real de dobles, fantasmas, apariciones y materializaciones de personas difuntas, todas cosas buenas para tontos y que no merecen que seriamente las tome en cuenta un hombre de ciencia o de juicio sano, una cosa sola nos permitimos

observarles, y lo haremos repitiéndoles las palabras pronunciadas por Williams Crookes:

«YO NO DIGO QUE ESTO ES POSIBLE; DIGO QUE ESTO ES»

CAPÍTULO IX

Es necesario que hayamos sido en otra vida, es necesario que el alma haya existido antes de revestir esta forma humana.

Es de toda necesidad que hayamos aprendido en otro tiempo las cosas de que nos acordamos al presente.

PLATÓN.

En los anteriores capítulos, después de una breve reseña de la creencia en un Dios, común a todas las religiones, hemos dedicado nuestra atención al estudio de la cuestión social, a la marcha continua del progreso y a los importantes descubrimientos científicos que tuvieron por resultado poner en evidencia la real existencia del potencial o alma que constituye el principio y la esencia del hombre, puesto que aunque la materia precise de él para organizarse y desarrollarse perfectamente, él puede actuar fuera del organismo y sobrevivirle.

Hemos probado la sobrevivencia del alma al cuerpo, pero no hemos procurado todavía investigar la influencia y la relación que hecho tan transcendental debe tener con todo lo que se relaciona con la vida, bajo cualquiera aspecto que se la quiera considerar, individual o colectivo, transitorio o permanente.

Al hacer la historia del progreso, hemos constatado que nunca se ha detenido en su marcha continua y universal, y hemos deducido la consecuencia de que, a pesar de todo, el hombre y la humanidad seguirán adelantando hacia la perfección.

Nos toca ahora descubrir la causa determinante; la ley a que obedece esta continua evolución de la vida hacia un ideal siempre más elevado.

El egoísmo forma parte, puede decirse, de la naturaleza humana, pero a pesar de esto, se lucha y se realizan sacrificios,

para conquistar beneficios que en definitiva sólo aprovechan a las generaciones futuras.

¿A qué atribuir ese instinto de progresivo adelanto, material o moral, según las diferentes inclinaciones, pero universal y común a todos, como si nunca tuviera el hombre que y abandonarlo todo?

Comprendemos que un verdadero creyente, en una eternidad de goces o de martirios, pueda, para salvar su alma, dedicarse al bien del prójimo para asegurarse el propio, pero también el incrédulo, que no obra por religión y para salvar su alma, con más altura de espíritu y más amplitud de vistas que la mayoría de los creyentes, dedica muchas veces todas sus fuerzas al bienestar de los demás y a la propagación de la ciencia y de la verdad, sin pensar en ningún interés personal y por el sólo amor del progreso y de la humanidad.

¿Dónde encontraremos la explicación de semejante aparente contradicción?

Tenemos que investigar la naturaleza en sus manifestaciones y estudiarla en nosotros mismos, para alcanzar a darnos cuenta de cuál es la causa oculta del adelanto y progreso universal; lo haremos con la ayuda de lo que al respecto han dicho los hombres que más han honrado a la humanidad.

No es nuestro objeto discurrir ahora sobre la inmortalidad del alma, sino demostrar la correlación que existe entre la idea innata de la inmortalidad y el progreso.

El progreso evolutivo sería, pues, la consecuencia del adelanto espiritual de cada uno, en su tendencia instintiva hacia la perfección. Obsérvese bien, que el verdadero creyente en la inmortalidad, se esfuerza en llevar una vida virtuosa hasta sus últimos días, no para el provecho material, sino para asegurarse el porvenir del alma, demostrando con esto, que al progreso indefinido, cual lo es la eternidad para el espíritu.

Sin ese propósito fundado en la fe, muchos materialistas o ateos de alta inteligencia, sin darse cuenta del por qué de sus actos, trabajan sin cesar en pro del desarrollo espiritual de la

humanidad, en el sentido moral, como Comte, Darwin, Holbach, Cabanis, Bichat y muchos otros.

Debido a ello, la humanidad de hoy se encuentra en posesión de conocimientos que faltaban a las generaciones de los siglos anteriores, y la vida social se va transformando al impulso de aspiraciones siempre más progresistas.

En todo tiempo, desde la más remota antigüedad, no faltaron hombres de genio que encontraran en la eternidad de la vida del alma humana, la causa ignota del adelanto individual de cada uno.

Así pensaron, entre muchísimos otros, Pitágoras, Platón, Ovidio, Virgilio, Apolonio de Tiana, Orígenes, Giordano Bruno, Lacordaire, José Mazzini, Pedro Leroux, Juan Reynaud, etc., etc.

Así pensó el más grande entre los grandes: Jesús.

Así pensaron, en los tiempos más remotos de que tenga recuerdo la historia, los Caldeos, los Hindúes y los Egipcios.

Las inmigraciones o metempsicosis, que constituían la base de las religiones de esos pueblos, eran en definitiva la creencia en la inmortalidad del alma a través de una serie de existencias sucesivas, o mejor dicho, el continuo e indefinido perfeccionamiento del hombre en su parte más esencial, la espiritual; resultando de tales principios, que el espíritu, a la par que la naturaleza, es entretenido en una eterna juventud por una incesante y progresiva evolución.

No hablaremos ahora, lo repetimos, de la inmortalidad, ni nombraremos a los que en ella firmemente creyeron, porque nos veríamos en el caso de citar a casi todos los grandes genios que ilustraron a la humanidad, desde Buda y Confucio, hasta Dante y Víctor Hugo, sino que deseando demostrar que la causa del progreso humano reside en la instintiva tendencia del alma hacia la perfección, nos limitaremos a la citación de alguna de las opiniones, declaraciones o afirmaciones, de las grandes personalidades antes mencionadas.

Para hacer mejor resaltar la correlación existente entre unas y otras ideas y la evolutiva progresión de las mismas, seguiremos en nuestra enumeración el orden cronológico.

Pitágoras, nacido en la isla de Samos en el año 569 antes de Cristo, uno de los más grandes sabios y filósofos que la tierra haya conocido, después de muchos años dedicados al estudio de las religiones y de la ciencia, en sus viajes por Egipto y Asia, adquirió los conocimientos más amplios y profundos que hombre alguno haya en su época poseído. En todas las ciudades de Grecia e Italia que visitara, y principalmente en las escuelas que fundó en Taranto, en Crotona y en su célebre instituto de Sybaris, abiertamente enseñaba y proclamaba: que el alma del hombre, no sólo era inmortal, sino que constantemente marchaba hacia la perfección, llegando a decir que el alma para realizar el progreso que le estaba reservado, se veía obligada a valerse de la vida terrenal y por consiguiente de una sucesión de múltiples existencias en un cuerpo humano, a través de las cuales, iba poco a poco adquiriendo nuevos conocimientos y perfeccionándose por el sufrimiento.

Tan profunda era en Pitágoras la convicción de que el adelanto intelectual y moral era debido a la continuidad del desarrollo espiritual, que no sólo no vacilaba en declarar que a la muerte de un hombre puro y virtuoso, su alma volvía a la vida material en el cuerpo de un ser superior, sino que llegaba hasta decir, que él mismo se acordaba de alguna de sus anteriores existencias y citaba el nombre que había antes llevado.

Platón, esa excelsa inteligencia, cuyos divinos destellos aún hoy alumbran a la humanidad, en sus obras inmortales: *Timeo*, *Fedra* y *República*, reconoce la inmortalidad del alma, pero no se limita a esto, sino que también dice: «que el alma, bajo el impulso de su continua aspiración a la perfección, puede remontarse desde las más bajas a las más altas condiciones, después de haberse purificado por la expiación.» Examinando además el estado de los hombres en sus diversas manifestaciones, los clasifica en su acción humana, por el estado del alma que les anima, atribuyendo al sabio y al filósofo la más elevada, al tirano la más abyecta, y entre estos extremos, las que moran en los demás.

Ovidio, el poeta que bajo una forma elegante y tierna, tan admirablemente ha expresado los sufrimientos del lejano y duro destierro, en sus *Tristes*; en sus inmortales *Metamorfosis*, contiene

en el libro XV de las mismas, unos versos en que dice: «Todo cambia y nada muere; el alma, esencia finísima, va errando cual huésped peregrina, de uno a otro cuerpo... Como la cera, entre hábiles manos, recibe, pierde, vuelve a recibir y perder veinte formas diferentes, así: el alma cambiando de figura no cambia de esencia jamás.

Virgilio canta en sus versos sublimes, que las almas beben en el *Lete* el olvido de sus anteriores existencias; y Julio César en sus *Comentarios*, dice que los Galos creían que el alma volvía a la vida terrenal, y que, en esa creencia, llegaban al desprecio de la muerte.

Apolonio de Tiana, siete siglos más tarde que Pitágoras, enseña las mismas doctrinas y asombra a los pueblos por su vastísima erudición y altísima inteligencia.

Muchos siglos después, el noble mártir de la libertad del pensamiento, Giordano Bruno, coloso de la ciencia y de la filosofía, que de todo lo más elevado y profundo trató con insuperable saber; que sostuvo la verdad hasta la hoguera, y que a los jueces que a ella le condenaron, sereno y digno contestara: «mayor es el miedo que tenéis vosotros al pronunciar esa sentencia, que el que siento yo al escucharla,» refiriéndose al alma dice: «Ella no es la armonía de las unidades que componen el cuerpo; es la que constituye y mantiene la armonía corporal. Pueden hacerse sobre su destino muchas hipótesis diferentes; lo que hay de cierto, es que conociendo y queriendo lo infinito y buscando donde quiera los medios para identificarse con él, ha sido creada para vivir siempre».

Esta misma teoría responde a la otra de la pluralidad de los mundos habitados y de la infinidad y continuidad de la creación, por obra de Dios, perfección suprema, que el alma del universo dirige incesantemente toda obra suya al progreso indefinido.

El gran orador de Notre Dame, el dominico Lacordaire, en un célebre discurso suyo, pronunció estas palabras: «Nuestra vida es una sucesión de metempsicosis o de transfiguraciones que nos conducen a Dios».

Después de la breve reseña que hemos hecho de las opiniones, que en la transcendental cuestión de los destinos del alma, han vertido las inteligencias más preclaras que en los pasados siglos hayan honrado a la humanidad, será ciertamente cosa grata para el lector, conocer lo que respecto al mismo tema, en nuestros días, ha expuesto el ilustre político y filósofo José Mazzini, en su carta contestación al *Sylabus*, promulgado por el pontífice Pío IX.

He aquí sus palabras:

«La tierra es de Dios: ella es uno entre los infinitos peldaños que nos guían al cielo: es la morada de una de nuestras existencias y nos ha sido concedida, para que en ella, cada uno de nosotros se prepare a otra.....

«En la serie infinita de los mundos, millares de columnas; en la larga peregrinación de nuestro *Yo*, tiene su puesto la Tierra. Es una nota de la inmensa armonía de la creación; es un anillo de la inmensa cadena que enlaza el Universo al trono de Dios.

«La vida es una misión, nuestra vida en la tierra representa una parte de ella.

«Nuestro deber consiste en descubrir, comprender y conquistar el fragmento de la gran ley, en la parte accesible a las facultades humanas que se desarrollan aquí en la tierra. Todos y cada uno de nosotros debe esforzarse en conseguir aquella parte de la *Eterna Verdad* que aquí nos es permitido entrever.

«Haciéndolo así, elaboraremos al hombre—ángel, y desobedeciendo a esa ley de progreso, tendremos que recorrer nuevamente el mismo camino.....

«Creemos que siendo una sola la ley de la vida, el progreso mismo que se realiza en la colectividad, debe igualmente cumplirse en el individuo; y como el progreso indefinido, concebido por la conciencia, no puede cumplirse en nuestra corta existencia terrenal, creemos que se cumplirá en otra parte».

«Creemos: que del mismo modo que la humanidad *colectiva* conquista, desarrollándose y progresando, la noción de su propio pasado, así el *individuo*, adelantando por la senda del progreso en

proporción de su elevación moral, conquistará la conciencia y el recuerdo de sus pasadas existencias».

«...Creemos: que el progreso, ley divina, se cumplirá infaliblemente para todos: pero también creemos que debiendo nosotros merecerlo, Dios nos dio el tiempo y el espacio, como campo de acción».

«Creemos: en la libertad humana, condición de la humana responsabilidad y que todo lo que es contrario al progreso, a la libertad, a la igualdad y a la solidaridad humana, es un mal; y que todo lo que favorece su desarrollo, es un bien».

«Creemos: que el instinto del progreso, que desde los principios de la humanidad se reveló en el hombre y que es la principal tendencia de la inteligencia, es para los hombres la única revelación de Dios, revelación continua y común para todos: que en virtud de esta revelación, la humanidad se dirige de época en época, de religión en religión, hacia la perfección que le corresponde».

Hasta aquí Mazzini.

Su coetáneo Pedro Leroux, filósofo, orador y político, en su libro *La Humanidad*, expresa en otro estilo, las mismas ideas.

Juan Reynaud, en su libro *Tierra y Cielo*, en los párrafos que vamos a citar, así resume ideas y creencias respecto a la inmortalidad y al progresivo adelanto del espíritu en relación con el del Universo: «De mundo en mundo, de vida en vida, llevada siempre por la tendencia que ella siente a elevarse de una esfera inferior a otra superior, desapareciendo de una para reaparecer en otra, siempre dotada de las fuerzas plásticas que le son necesarias para formarse los órganos materiales que ella necesita, el alma humana con mayor o menor rectitud y felicidad, por fases sucesivas, continuamente marcha hacia la perfección infinita; nacida en los bajo-fondos del universo, entretenida en sus regiones medianas, después de una serie de pruebas más o menos largas, ella alcanza las felices y sublimes regiones, premio de inconcebible grandeza a los méritos que ella supo conquistar.»

Las palabras que acabamos de citar, han de haber y no poco, contribuido a dar autoridad y fuerza a la tesis, que desde el principio hemos venido desarrollando.

Vamos ahora a recordar algunos conceptos de un contemporáneo, de un amigo y distinguido compatriota, preclaro ciudadano y católico sincero. Nos referimos al doctor José María Zuviría, autor de una historia argentina, del poema *Abel*, de las obras *Religión y Religiones*, *El Siglo XIX* y varias otras.

La teoría que hemos venido sosteniendo no pertenece, pues, tan sólo a la antigüedad o al otro hemisferio, sino que también en una nación joven, cual es la nuestra, y en nuestros días, un argentino de reconocido valor intelectual y moral, la vino propagando y fortaleciendo con su autorizada palabra.

«Llama el hombre, decía, *su destino*, a esa entidad imaginaria a que atribuimos todo efecto sin causa visible, todo acontecimiento sin lógica y sin orden aparente, las penas y castigos por delitos ignorados, los males, los dolores, las angustias, pesando sin razón ni bastante justicia, a nuestro ver, sobre seres al parecer inocentes, inermes y desvalidos; sobre el niño que nace llorando para morir tal vez al día, al mes, al año en los estertores de una lenta agonía, sobre el que nació informe y sujeto a crónicas dolencias, a datar de la infancia o de la edad viril y que acompañarán siempre y fatalmente a esa otra más débil y miserable infancia, la triste y desamparada senectud.....

«...Así y para eso hemos nacido—Así morimos, y en el común, idéntico e ignorado destino que pesa sobre la humanidad, podríamos repetir siempre las imprecaciones de Job

«.....Si todo esto no alcanza a tranquilizar nuestra razón y los instintos de la humana justicia, debemos creer que tales efectos provienen de causas que nos son totalmente desconocidas de misterios divinos que nos está vedado penetrar; de leyes del orden intelectual y moral que ignoramos y que tienen, a no dudarlo, su origen en la causa primera:—Dios creador, fuente de toda justicia, de toda verdad, principio y fin de orden, de armonía y de perfección absoluta.

«.....Como la materia viene cambiando en el hombre, reproduciéndose y renovándose en las variadas formas que parecen constituir la vida en lo eterno de la humanidad, así el alma inmortal debe ir renovándose en varias y sucesivas existencias, en que cambie de condición, revistiendo cada vez mayor pureza, como la materia, al ir cambiando de forma, es fuerza que revista más hermosura y perfección.

«Ni para el espíritu, ni para la materia, en nuestra presente existencia, habría tiempo para el proceso fatal de nuestra evolución y perfeccionamiento».

Como se ve, no se podría de manera más explícita, coordinar el desenvolvimiento del progreso con el del alma.

No queremos sin embargo concluir esta reseña, sin darle todo el valor y autoridad que le imprimirán las palabras de la más sublime entre las humanas criaturas: ¡Jesús!

Las palabras del maestro serán la ratificación definitiva de la verdad que encierran las doctrinas de los pensadores que hemos venido hasta aquí citando.

Leemos en el Evangelio, que un día los apóstoles dijeron a Jesús: «Los unos dicen que sois Juan Bautista, otros Elías, otros Jeremías u otro de los profetas». Y les contestó: «¿Y vosotros quién creéis que yo sea?» (Mateo XVI, V 13).

Estas pocas palabras, demuestran cual era la creencia de los apóstoles, respecto a la preexistencia del alma, y prueban que Jesús participaba también de ella puesto que no les reprocha tales palabras y con la pregunta que les dirige, las confirma.

En el Evangelio de San Juan (Capítulo II, V. 1-21) se lee lo siguiente: (V 3)

«En verdad os digo que nadie puede entrar en el reino de los cielos si antes no volviera a nacer.»

No es nuestra intención extendernos ahora sobre la interpretación de estas palabras, citadas para demostrar que Jesús como Platón y otros grandes, enseñaba que el alma para realizar su progreso, para alcanzar la perfección, que otra cosa no es el

reino de Dios, no podía hacerla en un tiempo tan corto como el de la vida terrenal.

Lo expuesto demuestra claramente que todos los que se dedicaron a estudiar el problema del progreso individual y colectivo, no encontraron otra solución que la de su indisolubilidad con la tendencia hacia el mismo, inherente al espíritu; explicando de este modo la progresiva evolución de la humanidad y basándose sobre la misma, para declarar que el progreso no puede ni detenerse, ni tener fin.

CAPÍTULO X

Quando Dios creó al hombre, lo dispuso todo, detalles y conjunto, con el objeto de la *salvación general*.

SAN CLEMENTE DE ALEJANDRÍA.

Hay *necesidad de naturaleza* para que el alma inmortal se cure y purifique y si no lo ha hecho durante su vida terrestre, la curación se opere en las vidas futuras y sucesivas.

SAN GREGORIO DE NICEA.

«Al llegar a tratar de los sufrimientos de los niños, creedme, yo me encuentro afligido por profundo dolor, ni absolutamente sé lo que podría contestar. Y no hablo solamente de las penas que sufren después de la muerte por su condenación inevitable, si sus espíritus abandonaron al cuerpo sin el sacramento de Cristo; pero también de aquellos que en esta vida misma, en medio de nuestros lamentos, sufren bajo nuestros mismos ojos. Si esas penas yo las quisiera enumerar, me faltaría antes el tiempo para hacerlo que los ejemplos; languidecen en las enfermedades, sufren dolores atroces, atormentados por el hambre y la sed, debilitados los miembros, alterados los sentidos, agitados por espíritus inmundos. *Convendría pues demostrar*, como puedan sufrir todo esto con justicia, sin que ellos mismos sean la causa, porque de ningún modo podría decirse que esas cosas suceden sin que Dios tenga de ellas conocimiento, ni que Él no pueda resistir a quien las produce, ni que Él pueda permitir las o hacerlas si no fueran justas.

«Cuando hombres adultos sufren esos tormentos, acostumbramos a decir que sus virtudes son puestas a prueba, como en Job; o que sus delitos son castigados como en Herodes. Del reducido número de ejemplos que Dios designó manifestarnos, deducimos la razón de los casos que no nos explicamos. Pero éstos puede solamente aplicarse a los hombres adultos».

«Por lo que a los niños se refiere, no existiendo en ellos pecado alguno, no hay razón alguna para castigarlos con esos sufrimientos».

«*Explicadme pues lo que puede contestarse*»

Así se expresa una de las más grandes inteligencias de la iglesia: el gran San Agustín.

¿Cómo explicar que las leyes eternas de la naturaleza, sean basadas sobre la injusticia, el acaso o el capricho?

¿El orden admirable y perfecto que rige todo lo material, desaparecería al penetrar en lo espiritual?

La ciencia experimental no puede resolver estos problemas, pero la razón debe suplir a la ciencia y por los efectos descubrirá la causa. Es perfectamente científico el procedimiento, aunque no pueda valerse de aparatos mecánicos o químicos.

Las fuerzas de cohesión y atracción, la electricidad, la centrípeta y centrífuga, la vital, no son cosas visibles, que puedan por sí solas ser constatadas, siéndolo únicamente por los resultados visibles.

Lo que *en sí* sea el potencial intelectual o alma, cuya existencia hemos demostrado, no lo sabríamos tampoco, si nos limitáramos a su estudio exclusivo y directo; pero comprobado que el potencial espiritual es una fuerza que produce efectos inteligentes, por el análisis de estos mismos efectos, hemos de llegar a darnos cuenta de las leyes que rigen su desarrollo.

Procediendo racional y lógicamente, valiéndonos de las facultades propias del potencial intelectual, procuraremos contestar a la pregunta que formula el alma angustiada de San Agustín.

«*Explicadme pues lo que puede contestarse*», dice el obispo de Hipona: «¿cómo pueden tener lugar tantas y tantas injusticias, existiendo un Dios infinitamente justo?»

En su propia teoría de la *Gracia* no encontraba la explicación.

La única explicación posible consiste en demostrar que no hay injusticia, y lo que únicamente puede probarlo, es la ley de la preexistencia y de la reencarnación.

La primera objeción consiste: en que su verdad no puede demostrarse material ni experimentalmente; la segunda: en que si habiendo existido anteriormente no nos acordamos de ello, sería lo mismo que no haber existido.

Examinemos pues el valor que puedan tener esas dos objeciones y veamos si realmente pueden resistir a la crítica.

Si contemplamos una perfecta obra de arte o si leemos un buen trabajo literario o filosófico, adquirimos el convencimiento de que sus autores han de haber sido inteligentes a pesar de que materialmente no podamos constatarlo. Y fundamos nuestra aserción, en que para llevar a cabo obras que revelan inteligencia, hay que ser inteligentes, porque *racionalmente*, no puede ser de otro modo.

Cuando la prueba material se hace imposible para demostrar el valor de una hipótesis, es pues forzoso apelar a la racional; y hasta prueba material contraria, tenemos que considerar como exacto lo que la razón nos demuestra serlo.

Así cuando oímos a una misma persona hablar varios idiomas correctamente, valiéndonos de la lógica racional, deducimos que los ha de haber practicado o estudiado, aunque materialmente no podamos comprobarlo.

Contestando pues a la primera objeción, debemos declarar: que hasta que científica y experimentalmente no se nos demuestre lo contrario, debemos considerar la preexistencia y la reencarnación como cosas reales, puesto que la razón y la lógica nos demuestran que su realidad es más racional que su negación.

No sabemos si algún día, la ciencia, conseguirá experimentalmente comprobar la efectividad de lo que la sola razón nos presenta hoy como lógico y necesario, como ya lo consiguió respecto a otras deducciones filosóficas como la existencia del alma; pero sin temor de equivocarnos, podemos desde ya admitir, como real y efectivo, lo que la razón, base

esencial de la filosofía y de la ciencia, nos presenta como más lógico y racional.

Dejando por un momento aparte los argumentos de orden metafísico, analicemos un poco la trascendental cuestión con lo de orden científico.

La materia que compone nuestro cuerpo al nacer, existía antes que nosotros, y la materia no es la parte más noble del hombre, puesto que el potencial intelectual o alma, le es en todo infinitamente superior.

Si se nos dice que en el niño el potencial intelectual no se revela, contestaremos que tampoco se revela en él un hombre; pero si bien se observa, más refleja la existencia del potencial intelectual su mirada viva y atenta, que lo que su frágil cuerpo pueda revelar la fuerza física y los rasgos fisionómicos del adulto.

Abundan ejemplos que demuestran que la *inteligencia* se manifiesta y desarrolla, antes que el organismo pueda producir sus efectos físicos.

Si el potencial intelectual en general, no puede manifestarse en tierna edad, es porque los órganos que son sus auxiliares, aún no se hallan en condiciones de desempeñar sus funciones.

En los precedentes capítulos hemos visto que el alma no es una resultante de la materia organizada y que las *inclinaciones malas o buenas* se revelan desde la infancia; luego es lógico suponerles un principio diverso.

El Creador puede ciertamente crear cuanto mejor le plazca, y sobre esto se fundan los que sostienen que el alma es creada en el momento de la concepción o del nacimiento; pero admitiendo que Dios creara nuestros espíritus al nacer, los crearía todos iguales, puesto que no puede ser ni injusto, ni caprichoso.

Ya sabemos que este gravísimo problema de la desigualdad original del potencial espiritual, se pretendió resolver con una teoría contraria a las leyes de evolución, que son las que revelan a Dios en el Universo; queremos referirnos a la teoría *de la Gracia*, que nos hace saber que la Suprema Inteligencia reparte con parcialidad sus dones, dándole a uno «un talento y a otro diez»;

castigándole eternamente a uno por el primer pecado y perdonando mil a otro para que alcance el premio eterno.

Pero, entiéndase bien, semejantes monstruosidades, Dios no las reveló nunca a nadie—se las atribuyeron hombres que se atrevieron a discutir hasta en sus detalles, al Dios eterno e infinito explicándonos porqué hacía tal cosa en un caso y porqué procedía diferentemente en otra ocasión. Escolásticos y Tomistas han borroneado toneladas de papel, discutiendo a Dios, sus atributos y sus leyes.....

¡Cuánto mejor hubieran hecho en recordar las palabras de Giordano Bruno: «*Discutir a la Divinidad, es asignarle un límite y por consiguiente empequeñecerla!*»

¿Cuál de las dos teorías es la más razonable? ¿La que sostiene la *Gracia* o la que da a cada uno lo que merece?

Se dice que la parábola de *los talentos*, está en contradicción con la idea de que Dios haya creado todas las almas en iguales condiciones; asignándoles a todos y a cada uno la resultante lógica de sus acciones.

Dice Jesús: quien recibió cinco *talentos* y los duplicó con su trabajo fue premiado o se le dio más; mientras que el que no sacó provecho alguno del único *talento* que le había sido confiado, fue castigado o se le quitó.

Lo que a nuestro parecer significa esa alegoría, es que Dios, ha establecido por su ley que cada uno debe dar cuenta de haber trabajado según sus propias fuerzas, y que es obligatorio para todos esforzarse en progresar. El germen del progreso, el medio para iniciar el movimiento progresivo, lo ha concedido a todos y nadie debe permanecer estacionario, con pena de quedar rezagado. El que en la presente existencia ha llegado a ser poseedor de cinco *talentos*, que no se crea por eso con derecho a la inactividad, que les saque el provecho que pueda; y el que aún no ha logrado poseer más que un sólo *talento*, que se esfuerce en obtener del mismo el provecho correspondiente.

Lejos de contrariar la ley de la preexistencia, esta parábola parece confirmarla, porque pone en evidencia la ley del progreso;

el que posee cinco *talentos* no debe suponer que su obra está concluida y que tiene derecho al descanso, ni el que se encuentra todavía con uno ha de renunciar a conseguir más.

Jesús, en esa parábola, explica lo que tenemos que hacer en nuestra existencia terrestre: trabajar cada uno para su propio progreso según las propias fuerzas.

No puede pues deducirse de la *parábola* de los *talentos*, que Dios crea las almas en desiguales condiciones y que eso puede suceder sin faltar a la ley de justicia, puesto que solamente exigiría lo que corresponde a la capacidad de cada una. Lo repetimos; no se debe interpretar así: se refiere solamente a los varios estados en que puede encontrarse el alma durante una vida terrestre, y tiene por objeto hacernos conocer el deber en que estamos de valernos de nuestras fuerzas, para desarrollar las facultades, que en germen todos por igual poseemos.

El que hubiera recibido un alma mediocre, no alcanzaría nunca a procurarse los goces reservados a una grande y elevada.

Un fueguino puede considerar como el colmo de la felicidad una buena pesca o un buen toldo; pero no se dirá por eso, que el que viva en un esplendido palacio, no disfrute de mayores comodidades.

El antropófago de la Nueva Zelandia, hace consistir su mayor felicidad, en matar a su enemigo y comérselo; pero no se podría por eso decir que su felicidad sea igual a la que experimenta la hermana de caridad, que ofrece su vida para salvar la de un enfermo o de un herido.

Obligación de todos es hacer buen uso de lo que se tiene y de esto tendremos que dar cuenta. El punto de partida es igual para todos e igual para todos es la distancia que hay que recorrer, pero el que más esfuerzos realiza, alcanza primero la meta. No cabe injusticia alguna en las leyes de Dios, como no cabe alteración alguna en las de la Naturaleza. El principio y el fin se entrelazan y uno sólo es el medio de franquear la distancia.

El tiempo para recorrerla depende del uso que se hace del libre albedrío.

Pero, dejando por un momento la dilucidación del problema por el simple raciocinio, veamos si en las mismas doctrinas de Jesús, encontramos algo que pueda favorecer nuestras conclusiones.

«Jesús⁽¹⁾ estableció y resolvió de la manera más dogmática y afirmativa, la cuestión capital del alma; es decir, la ley de la reencarnación. Pero cuando hablaba con los judíos, que apenas tenían entonces la noción de la existencia espiritual, se veía forzado a guardar una excesiva reserva y dejar solamente entrever la parte de verdad o de luz que podían comprender o sobrellevar: les dejaba entrever la necesidad de los renacimiento, antes de llegar por el propio merecimiento a la gloria en Dios.

A la pluralidad de las existencias, se refería indudablemente Jesús, cuando decía: «muchas cosas aún tendría que deciros pero no podríais soportarlas».

Efectivamente: ¿cómo hablar de la pluralidad de los mundos habitados a pobres pescadores que nada sabían de astronomía? ¿Cómo hacerles comprender que las estrellas del cielo y otros globos invisibles, hacían parte de las múltiples estaciones que el hombre habrá de recorrer, de existencia en existencia de perfección en perfección, para llegar a la *Casa del Padre*?

San Pablo, que con su gran inteligencia le hubiera comprendido, no recibió directamente la enseñanza evangélica. Habiéndose convertido después de la muerte del Divino Maestro.

Es altamente concluyente para la cuestión que estamos tratando, el siguiente pasaje del Evangelio de San Juan, además de otros que atestiguan la reencarnación de Elías.

«1º Había un hombre en la secta de los fariseos, llamado Nicodemo, que era uno de los principales entre los judíos,

«2º Este fuese de noche a Jesús y le dijo: Maestro, nosotros conocemos que has sido enviado por Dios, para enseñarnos, porque nadie puede hacer los prodigios que tú haces, si no tiene a Dios consigo.

¹ *Religione e Sacerdozio*—Ernesto Volpi.

«3° Le contestó Jesús y le dijo: En verdad, en verdad, te digo, quien no volviere a nacer, no puede ver el reino de Dios.

«4° Le dijo Nicodemo: ¿Cómo puede un hombre renacer, siendo viejo? ¿Puede acaso volver a entrar en el vientre de su madre y renacer?

«5° Le contestó Jesús: En verdad, en verdad, yo, te digo quien no renaciere por medio del agua y del espíritu santo, no puede entrar en el reino de Dios.

«6° Aquello que es engendrado por la carne, carne es y aquello que es engendrado por espíritu, espíritu es.

«7° No te extrañes si te he dicho: Es necesario que volváis a nacer.

«8° El Espíritu sopla donde quiere: oyes el sonido, pero no sabes de donde viene, ni a donde va; así sucede a cualquiera que haya nacido de espíritu.

«9° Le contestó Nicodemo y le dijo: ¿Cómo puede ser eso?

«10° Contestó Jesús y le dijo: ¿Tu eres maestro en Israel y no entiendes estas cosas?»

«11° En verdad, en verdad, te digo, que nosotros hablamos de lo que sabemos y atestiguamos lo que hemos visto, y vosotros no dais crédito a nuestra afirmación.

«12° Si os he hablado de las cosas de la tierra y no me creéis, ¿cómo me creeríais si os hablase de las cosas del cielo?

«13° Nadie subió al cielo, sino aquel que bajó del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo.

Muchos han pretendido dar a estas palabras, una interpretación diversa a la de aquellos que quieren considerarlas como la confirmación de la verdad de la reencarnación, pero hay que empezar por advertir que la palabra *santo* adjunta a la palabra *espíritu* en el versículo quinto, fue añadida por varios traductores, entre los cuales «Martini», que es el más acreditado por la iglesia católica. Interpretaron éstos que Jesús quisiera hacer alusión al nuevo nacimiento, como lavacro de generación por medio del bautismo y creyeron añadir a la palabra *espíritu* el calificativo de

santo, pero en realidad esta palabra *santo* no se encuentra en el original griego de San Juan.

Tampoco en la traducción del Diodati y otras no se encuentra adjunta esa palabra.

En la palabra *agua* hay que reconocer el símbolo de la materia, porque en este sentido se emplea en varios pasajes del Génesis: El espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, nadaba sobre la superficie de las aguas. El firmamento está hecho en medio de las aguas.

Por otra parte el versículo 6° esclarece precedente con la idea siguiente: *Aquello que es engendrado por la carne, es carne, y aquello que es engendrado por el espíritu, es espíritu.*

El versículo 5° debería ser así interpretado:

En verdad, en verdad yo te digo: quien no renaciere por medio de la carne (agua, materia) y del espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos; significando claramente con esto las existencias alternativas de la carne y las del espíritu; por las que el hombre ha de pasar antes de llegar a la meta.

El Martini, siempre preocupado del renacimiento por medio del bautismo, usa la frase: *El espíritu sopla*, etc., en lugar de traducir: *el viento sopla*, como lo hacen otros traductores católicos y como en realidad lo significa la palabra en el texto original.

Aliento, soplo, y no espíritu, es la palabra que corresponde al texto griego de San Juan⁽¹⁾.

Si Jesús hubiera querido referirse a la necesidad del bautismo para renacer a nueva vida, no hubiera hablado con tanta oscuridad, torturando con sus palabras la inteligencia de Nicodemo y fácilmente hubiera encontrado términos que desde el principio alejaran la idea del renacimiento en el vientre de una mujer. Ya hacía tiempo que San Juan bautizaba, y el símbolo de esa ceremonia formaba uno de los principios más conocidos de la nueva fe. Si a eso se hubiera Jesús referido, no se comprendería el

¹ Πνεῦμα — *aliento-soplo*— En la traducción neo-griega se usa la palabra πνεῦμα que también significa *aliento, soplo fuerte*.

motivo porque hubiese dejado a Nicodemo en la duda y en la ignorancia. Más lógico sería suponer, que viendo Él a un jefe de Israel, hubiera querido hacerle comprender cosas que no enseñaba al vulgo, y no que hubiera querido embrollarle hablándole metafóricamente de una cosa ya sabida hasta por el vulgo mismo. Los esclarecimientos que juzga conveniente darán a Nicodemo, a fin de hacerle comprender mejor lo que le había dicho, valorizan la interpretación que a las palabras de Jesús han dado los que como nosotros las comprendieron. Efectivamente, Él añade: No te extrañe, si yo he dicho que es necesario que volváis a nacer. El espíritu sopla allí donde quiere y tú oyes su sonido pero no sabes ni de dónde viene ni a donde va; así sucede a cualquiera que haya nacido de espíritu.»

La interpretación que se debe dar a estas palabras, para explicarse bien todo, no puede ser sino la siguiente: «El *aire* sopla donde quiere y tú oyes su sonido, pero no sabes de donde viene, ni adónde va; así todos *los nacidos de espíritu*, sienten la voz interior de éste, pero no saben ni de dónde viene ni adónde va; y no te debe causar extrañeza, si te digo, que con este espíritu, tenéis que volver a nacer.»

Conviene hacer notar como la frase *nacido de espíritu*, empleada para indicar la individualidad humana, arroja mucha luz sobre la otra del versículo 5º en que se dice: *que el hombre debe renacer de espíritu*; porque si según la idea de Jesús el hombre era un *nacido de espíritu*, diciendo que el mismo *hombre debía renacer de espíritu*, necesariamente debía referirse al *espíritu* con el cual ya una vez había nacido en cuerpo orgánico humano, y no de espíritu santo. Y haciendo distinción entre lo que es engendrado por la carne y lo que es engendrado por el espíritu, no solamente quiso Jesús esclarecer su idea principal, sino que también quiso enseñar la existencia de los dos cuerpos, *material uno, etéreo otro*, que componen al hombre terrestre, como lo precisó más tarde San Pablo.

Por último, de las palabras «tú eres maestro en Israel y no entiendes estas cosas», se desprenden no solamente la extrañeza que le causa el ver que Nicodemo no esté aún en condiciones de comprender su enseñanza, sino también un velado pesar, por

haberse equivocado en haberle querido enseñar *cosas nuevas*, como a hombre no vulgar.

Los versículos 11,12 y 13 explican más claramente los precedentes, pues en resumen dicen lo siguiente: En verdad, en verdad, te digo, que atestiguamos la verdad, pero no podemos hacerla enteramente comprender, porque para eso tendría que hablar de cosas que tienen su causa en el cielo y que se manifiestan en la tierra con el renacimiento.

¿Cómo podría pues haceros comprender lo que sucede en el cielo, si todavía no sois capaces de comprender lo que sucede en la tierra? Yo sólo comprendo las cosas del cielo y sólo yo podré directamente subir al cielo, cuando me haya desprendido de mi organismo material, porque ya lo habitaba antes de reencarnarme entre vosotros, enviado en misión por la voluntad del Padre.

Por otra parte, no puede admitirse que Jesús haya querido imponer el bautismo como cosa absolutamente necesaria para entrar en el reino de los cielos. A este propósito nos remitimos a San Pablo, quien en su epístola a los romanos en términos muy explícitos dice: «Dios devolverá a cada uno según sus propias obras, de modo que también los paganos, que observan la ley natural, deberán considerarse como circuncisos, y serán jueces de aquellos que, gloriándose del conocimiento de la ley y de la circuncisión, hacen lo contrario de la ley.»

Resulta pues de lo expuesto, que no alterando en nada el evangelio de San Juan y estudiándolo en detalle y en conjunto, Jesús cree necesaria la reencarnación para todos los vivientes como medio de perfeccionamiento.

Cada jornada de nuestra vida espiritual corresponde a una vida material o terrenal, y durante esa jornada no debemos perder nuestro tiempo: si ya hemos alcanzado a poseer cinco *talentos*, debemos con nuestras buenas obras tratar de duplicarlos, para encontrarnos con ese capital al empezar otra jornada espiritual correspondiente a otra vida material.

Dejaremos por ahora el examen de todo que respecto a la reencarnación han dicho o escrito hombres de excelso saber y acrisolada virtud, y nos limitaremos a investigar si los fenómenos

que nos revela el estudio del alma, indican en ella otra vida anterior, o si la existencia actual los puede suficientemente explicar.

Antes de hacerlo, creemos oportuno recordar que el dogma del infierno eterno es un dogma que la Iglesia juzgó necesario admitir y proclamar por razones de utilidad propia, y en vista del atraso de la humanidad, cuyo estado exigía el temor como freno a las pasiones, pues mal podía comprender la doctrina de la regeneración por medio del amor y de la expiación.

Los más ilustres doctores de la iglesia así lo comprendieron y así lo manifestaron.

Citaremos tan sólo las palabras de San Gerónimo, uno de los más grandes doctores de la iglesia, que combatiendo las doctrinas de Orígenes, decía: «...Tales son los motivos en que se apoyan los que quieren dar a entender, que después de los suplicios y tormentos, vendrá el perdón y el sosiego. Esto es lo que se debe ocultar por ahora a aquellos para quienes es útil el miedo, a fin de que se abstengan de pecar por temor de los suplicios. (*quae nunc abscondendas sunt ab his quibus timor utilis est; ut dum suplicia reformidant, peccare desistant*)».

Entrando ahora al estudio de los diversos estados que revela el espíritu humano, hemos de darnos bien cuenta de si es o no posible comprenderlos dentro de una única existencia.

Que el potencial intelectual no está en todo ser humano a la misma altura, es un hecho reconocido. Que tal diferencia existiera en él, en su esencia, antes de que le fuera posible manifestarse por medio de la vida temporal, no puede admitirse, porque ello sería contrario a la justicia. ¿A qué causas debemos pues atribuir esas diferencias?

No creemos que pueda sostenerse y mucho menos demostrarse, que todos tenemos al nacer inteligencia igual, y que, el obtener de ella mayor o menor resultado, es obra de la educación, del ambiente o de las circunstancias. Si así realmente fuera, niños que en igualdad de circunstancias, edad, tiempo y ambiente recibieran la misma educación, sacarían todos un provecho igual y darían los mismos resultados. Pero es sabido que

eso nunca sucede, porque desde la más tierna edad, ya se revela la desigualdad de las inclinaciones y ya la inteligencia de un pobre niño que no ha recibido educación ninguna, descuella sobre la de otro que, gracias a su posición, a las circunstancias y al ambiente, pudo ser rodeado por los más esmerados cuidados morales e intelectuales.

Muchísimos hijos de ricos y poderosos han dispuesto de mayores medios para cultivar la propia inteligencia que los que estuvieron al alcance de los Newton, Cervantes, Rafael, Sanzio, Pascal, Leibnitz, Cronwell, Cristóbal Colon, Pasteur, etc. etc., y sin embargo, los nombres de aquellos han pasado desapercibidos.

En la escuela militar de Brienne, muchos jóvenes de igual edad recibieron la misma educación y respiraron el mismo ambiente, pero no hubo más que un Napoleón.

Así, ni la educación más esmerada, ni el ambiente más propicio pueden dar al potencial las facultades que le falten; su rol se limita a desarrollarlas o dirigir las. El talento y mucho menos el genio, no son dones que se adquieren; pertenecen exclusivamente al potencial o alma y nacen con él.

Rafael, Miguel Ángel, Mozart y Napoleón tuvieron maestros, pero ninguno de éstos pudo llevar a cabo una obra que igualara a la Transfiguración, al Moisés, al Don Juan, a Austerlitz.

Los niños—prodigio, que en una edad en la que otros aun no aciertan a comprender como el total de una suma sea el equivalente de todos los factores parciales, ya resuelven problemas geométricos y algebraicos, como entre otros lo hicieron los pastores Enrique Mondeux y Vítor Mangiamele; que superan a su maestro como Giotto discípulo de Cimabue; como Pico de la Mirándola que era considerado como una de las más cultas inteligencias de su tiempo; como Rameau que a la edad de 7 años y Bautista Raisin a los 4, eran ya considerados como buenos músicos; como los dos Lazzaroni que a los 7 años recorren la Europa despertando a su paso el asombro y la admiración.

Miguel Ángel, muy niño aún, es despedido de su maestro, el célebre Ghirlandaio, con estas palabras: «ya nada puedo enseñarte».

Marcilia Eufrosina, a los trece años levanta un monumento fúnebre a su padre el arquitecto Apollodoro, víctima de Adriano, monumento considerado como obra admirable de escultura y arquitectura.

Augusto y Tiberio Graco, los dos hijos de Cornelia, a los 9 años ya son oradores poderosos, al punto que Tiberio, en esa edad, pronuncia en Roma la oración fúnebre de su padre.

En el siglo XVI, el escocés Jacques Crichton (nacido en 1575) recorre toda la Europa, y en latín, griego, hebreo y árabe, discute sobre cualquier tema, maravillando a los sabios y teólogos de París, Venecia, Roma y Padua, antes de cumplir los 15 años.

Como en fin ese niño ciego, que a la edad de diez años acaba de componer una gran misa, a tres voces, en la ciudad de Veiviers en Bélgica, misa que los maestros han considerado como una obra musical perfecta.

Todos esos niños prodigios, cuya lista concluiremos, porque resultaría demasiado larga, demuestran claramente, que nacemos todos con inteligencia desigual y que el genio no es fruto de la educación, del ambiente o de las circunstancias.

El dicho vulgar «este chico es un demonio, este es un ángel» que tan a menudo oímos repetir a las madres, es la inconsciente revelación de una profunda ley fisiológica y moral.

Veamos ahora: ¿cómo puede conciliarse con la justicia divina, esta evidente desigualdad original en facultades intelectuales y morales?

Admitir *la casualidad* como causa de esas diferencias, no sería solucionar el problema, sino complicarlo, puesto que ello importaría la negación de las leyes divinas que deben ser justas e inalterables.

La idea de *casualidad* inmotivada es hija de nuestra ignorancia.

Todo efecto debe obedecer a una causa; si los efectos malos se presentan en nosotros, en nosotros hemos de buscar la causa; si buenos son los efectos, en nosotros también estará la causa.

Resultaría pues, que la desigualdad de facultades del potencial espiritual es una consecuencia de causas que se encierran en él mismo.

Se objetará que al nacer aún no hemos tenido el tiempo ni la ocasión de realizar obra alguna, ni mala ni buena, lo que sería perfectamente exacto, si realmente la vida del potencial espiritual se iniciara con la del organismo que nace a la vida terrenal; pero los efectos debidos al mismo potencial espiritual y la razón que no concibe a un Dios injusto o caprichoso, destruyen en absoluto la idea de que el espíritu nazca con el cuerpo.

En otro capítulo hemos demostrado que el potencial espiritual puede actuar sin necesidad del organismo material, como resulta de los fenómenos de la anestesia y del sonambulismo y como ha sido científicamente constatado en otros fenómenos de un orden aún más transcendental, por gran número de sabios, entre los que priman Wallace, Crookes, Lodge, Aksakoff, Zöllner, M. de Rachas, Baraduc, etc, etc.

Es ahora la ocasión de preguntarse: ¿Si el alma o potencial intelectual sobrevive al cuerpo, que se opondría a que ella siguiera actuando?

Si se nos dijera que eso es imposible, exigiríamos la prueba científica o nos limitaríamos a contestar con Arago «quien fuera de las matemáticas puras pronuncia la palabra *imposible*, hace acto de imprudencia.»

Lo imposible es una sentencia de la ignorancia que el tiempo se encarga de desvirtuar.

Cuando el instrumento material del potencial espiritual se disgrega, no pierde por ello sus facultades ni su intrínseco anhelo de progreso, como no pierde su talento el sabio porque se le rompa la pluma, o su inspiración artística el escultor porque se le quiebre el buril.

¿Pero, se dirá, de qué modo buscará el alma otro cuerpo y en que parte del Universo lo buscará?

No sabemos si algún día será posible contestar científicamente a semejante pregunta, pero es muy lógico y justo suponer que puesto que el potencial espiritual sobrevive al cuerpo, él ha de seguir actuando hasta que no haya adquirido todos los conocimientos, para cuya adquisición necesita de la envoltura humana.

Como ya hemos tenido ocasión de declararlo, las leyes de la naturaleza aún no son todas conocidas; pero del mismo modo que por la observación de los efectos hemos deducido cual era la causa o ley que presidía el desarrollo de los fenómenos físicos y astronómicos, como la atracción o gravitación, la electricidad y la fuerza centrípeta y centrífuga, así nos será posible, por medio de la investigación de las facultades; del potencial espiritual y por el estudio de los fenómenos psíquicos, encontrar la ley a que ellos obedecen.

Para eso tenemos que valernos de la facultad esencial de nuestro potencial: la inteligencia.

Valiéndonos de la inteligencia y de la razón, nos convenceremos que la desigualdad original de las facultades morales e intelectuales, no es compatible con la equidad de Dios, como no concuerdan tampoco con su justicia, los sufrimientos de las inocentes criaturas que aún no han faltado ni llegarán a faltar por morirse en tierna edad.

Ahora bien, puesto que la desigualdad y los sufrimientos son hechos reales y constatados, ¿cómo se concilian con la divina justicia y sabiduría?

El examen de los fenómenos de la vida y el estudio de las leyes universales que la ciencia ha logrado constatar y definir, claramente nos revela la constante evolución progresiva de todo lo existente.

Hay pues que convenir en que para no sustraerse a esas leyes y para explicar lo que parece contrario a la justicia, el alma

o sea el hombre, está sometido a la ley de la preexistencia y por consiguiente de la reencarnación.

«*Convendría pues demostrar*, decíamos con San Agustín al principio de este capítulo, cómo puedan los niños sufrir todo esto con justicia, sin que ellos mismos sean la causa, porque de ningún modo podría decirse que esas cosas suceden sin que Dios tenga de ellas conocimiento, ni que Él no pueda resistir a quien las produce, ni que Él pueda permitir las o hacerlas si no fueran justas».

Repetimos estas palabras, porque creemos haber demostrado que lo único que pueda evidenciar la justicia de lo que a San Agustín le perturbaba el alma, es la ley de la reencarnación, que solo responde a la justicia y a la equidad de Dios.

Las objeciones atendibles que puedan formularse contra la teoría de la preexistencia, como ya lo dijimos, solamente son dos.

La primera, consiste en que la verdad de esa doctrina, no era posible demostrarla experimentalmente.

La segunda, estriba en lo siguiente: si se ha existido anteriormente y no se tiene de ello el recuerdo, es lo mismo que si no se hubiera existido jamás.

A la primera, hemos contestado haciendo observar que no todas las verdades se pueden basar sobre experimentos, y probando que la fundada en hechos y en la justicia divina, no concibe otra solución.

Creemos que pocas palabras son suficientes para hacer resaltar lo absurdo de la segunda objeción. ¿Qué importa que no quede el recuerdo de las causas iniciales si los efectos y la resultante quedan y existen?

El hombre no recuerda las primeras palabras con que la madre le enseñó a hablar, ni las caídas que sufrió para aprender a caminar, ni las primeras letras con que borroneó el papel para conseguir escribir, pero no es menos cierto que debido a esos principios olvidados, habla, anda y escribe.

El que después de largos años de una constante lucha en pos de la fortuna o de la gloria, llega por fin a la meta anhelada, no

recuerda ciertamente todos los detalles, todas las horas empleadas para alcanzar el punto en que se encuentra, pero no por ello esos detalles y esas horas olvidadas dejan de haber contribuido al resultado final; y quizás el incidente más insignificante no sea aquel que más necesario haya sido para que la marcha no se interrumpiera y no se malograra el fin alcanzado.

Ignoramos aún si el espíritu, roto el lazo que lo une a la materia, adquiere el recuerdo de las jornadas más importantes de su vida espiritual. Nos inclinamos a creerlo así. Le sucede al espíritu lo que le sucede al hombre, que durante el sueño fisiológico olvida todo o, sólo confusamente recuerda en sus ensueños algunos hechos de su existencia, pero que al despertar recupera toda la integridad de su memoria, bastándole un esfuerzo de voluntad para recordar los acontecimientos más culminantes de toda su vida.

Cada existencia, siguiendo la comparación, sería para el alma una noche de su vida eterna, y cada muerte del cuerpo sería su despertar y su vuelta al recuerdo de todo el pasado.

Para sacar provecho de la vida terrenal, no necesitamos el recuerdo de las anteriores, como no necesita el hombre acordarse de los primeros pasos para seguir caminando.

No precisa ese recuerdo, y quizás ese olvido es un bien para nosotros, hasta que no alcancemos a un punto en que, ya seguros; podamos volver la vista atrás y mirar nuestro pasado. Mientras tanto, sólo tenemos que fijar nuestra vista hacia adelante y marchar como el viajero que quiere escalar la montaña entrecortada por barrancos y abismos; salvado uno lo olvida, no se vuelve atrás, apresura su marcha y sólo cuando haya llegado a la cumbre, echará una mirada hacia el camino recorrido, para contemplar las dificultades vencidas y entregarse luego al descanso.

No precisamos pues, del recuerdo para nuestro provecho; ni el olvido puede hacer que el pasado no haya existido y que no aprovechemos o suframos su resultante.

Que la tierra no es nuestra sola patria, que esta vida no es toda nuestra vida, nos lo dice nuestra misma alma, en esas horas

de profunda e inexplicable tristeza, en que parece vagar en un mundo no del todo desconocido, en un mundo al que ella anhela volver, cuando eleva su pensamiento al cielo, instintivamente acordándose que somos los «*desterrados* en este valle de lágrimas».

CAPITULO XI

La vérité est un bien commun; quiconque la possède la doit ses frères.

BOSSUET.

El alma, como todo lo creado, es indestructible; su progreso indefinido es obra que realiza en su eterna evolución hacia la perfección.

Esto es lo que nos revelan la razón y la ciencia.

La razón, porque no concibe efectos sin causa; y la ciencia, porque al descubrir uno por uno los secretos arcanos de la naturaleza, no distingue una alteración en las leyes que rigen la armonía del Universo, encontrando en él, a la par que en cada uno de nosotros, un potencial que se realiza en la materia, pero que no es producto de la misma materia.

Razón y ciencia dan por resultado la verdad.

La verdad está en el bien, y el progreso en el culto de la verdad.

La verdad es una y eterna.

Su conocimiento completo no se adquirirá jamás, porque siendo ella infinita, su esencia se confunde con la causa primera de todas las cosas. Pero, aunque infinita, poco a poco se va revelando a la humanidad. El tiempo no la afecta, la amplia y consolida.

Los siglos que se exigen para que una verdad sea conocida, nada significan: la eterna evolución, el tiempo, es *el eterno ahora*.

Deber de todos es trabajar para disipar el error y propagar la verdad.

No tiene derecho nadie de proclamar que el que piensa de otro modo, está en error, antes de anatemizar, es necesario demostrar y convencer.

Las verdades que en sí contienen las diferentes religiones, desde la de Buda a la de Cristo, han quedado intactas: han desaparecido todos los errores que la revestían y falseaban, pero la verdad no ha caído.

Poseer la verdad, no significa poseerla entera y absoluta; siempre puede ser ampliada y adquirida con más fuerza y más brillo.

El catolicismo no puede ser, como lo pretende, su único depositario, concediéndole que todo lo que enseña sea verdad, no puede atreverse a sostener que ya no quede verdad alguna por conocer.

La católica, a la par que todas las demás religiones, contiene dogmas o doctrinas contrarias a la razón y a la ciencia y necesita una reforma radical para marchar de acuerdo con el progreso.

¿Pero si la Iglesia se aviene a someterse a todas las reformas que la razón y la ciencia le imponen, que es lo que va a quedar del catolicismo?

La evolución para la sociedad significa progreso, pero para la Iglesia significa derrumbe y ruina.

Renegar de todo lo que ayer ha proclamado como verdad, no lo puede; seguir imponiendo esas creencias tampoco ¿Que hará entonces?

¿Se convertirá en partido político, reaccionario, para cobijar bajo el pretexto de la religión y los auspicios de su glorioso estandarte, la cruz, a los poderosos, a los destronados a los capitalistas amenazados, a la aristocracia sedienta de revancha, a los burgueses egoístas temerosos del avance del socialismo?

Esta al parecer es su actual tendencia: ese es el secreto del predominio clerical que cunde por todas partes y que halagando intereses o ambiciones, se apodera de las familias y pacta con los gobiernos. Así, no es ya religión sino en el nombre y en el aparato exterior; el culto ya no es sino un disfraz; el catolicismo hoy transige con todo en materia religiosa; el verdadero católico, el santo y el elegido, ya no es el que cumple con los preceptos de la Iglesia, sino el que declara ser clerical, vota por los candidatos del

partido y ahoga la voz de la conciencia ante la perspectiva del triunfo, que significa reacción, guerra a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad.

Hermanos en Cristo, sí; pero en derechos e intereses, ¡no!

¿Es esta su nueva tendencia?

¿Su estrategia consiste en hacer política bajo el pretexto de fomentarla religión?

¡Así sea!

Le recordamos la inscripción que se lee sobre el obelisco de la plaza de San Pedro en Roma:

¡Portae injeri non praevalerunt!

La de hoy es lucha de odios y envidias; nada queda en la Iglesia de la doctrina de su divino fundador: «amaos los unos a los otros».

Bajo distinta faz, se vuelve a la antigua contienda, a los Güelfos y Guibelinos, pero el pueblo ya no está dispuesto a servir de instrumento y de víctima.

Una de las objeciones más comunes para combatir la doctrina de los que creen que el progreso del hombre, se funda en el paulatino y continuo desarrollo de su libertad por el concurso de la ciencia y de la razón, es la tan repetida, de que sin religión no puede haber verdadero progreso, y que la fe y no la ciencia, es la salvadora de la humanidad.

Nosotros también creemos que la fe es necesaria a la humanidad, como causa primera del progreso social, pero no en la fe que no resiste a la investigación racional y científica y que está en contradicción con las doctrinas de Cristo y de las conquistas de la humana inteligencia; creemos que la fe ha de ser la fusión de lo divino con lo humano y que como la personificó el fundador del cristianismo, ha de basarse sobre la igualdad absoluta de todos los hombres ante el Padre común.

No pretendemos tampoco sostener que la ciencia lo sabe todo o puede llegar a saberlo, pero estamos convencidos de que el

progreso no puede basarse sobre declaraciones religiosas—político—dogmáticas.

Estamos también muy lejos de pretender endiosar a la razón, pero sostenemos que aunque ella sea muy limitada, no por eso debemos admitir lo que ella está en aptitud de rechazar como malo o absurdo, basándose sobre los eternos principios de justicia.

¿Qué revelación puede haber más grande y más positiva de Dios que la naturaleza? Las creencias deben marchar *de acuerdo* con ella, por que el destino moral de la humanidad está ligado al orden físico.

La ciencia estudió siempre y estudia todavía las leyes de la naturaleza y las va dando a conocer, y no la religión, que hasta ayer las desconoció, aunque hoy pretenda sancionarlas.

Por lo demás, volviendo al catolicismo, en vano pretende este que entre sus filas reina perfecta armonía. La escisión se ha pronunciado ya, más profunda de lo que generalmente se cree. La división se acentúa entre las iglesias católica, galicana y norteamericana, que, bajo la dirección de sus eminentes obispos, desean que la iglesia romana secunde el movimiento científico y social liberal que se inicia, y entre los intransigentes y fanáticos que por ignorancia o egoísmo, no quieren convencerse que es inútil resistir a la secular corriente de la civilización.

¿Cuál de los dos triunfará?

Si los ultra—montanos intransigentes, su triunfo momentáneo será seguido de una más completa derrota; y si los liberales se sobreponen, el catolicismo sufrirá transformaciones tan radicales, que ya nada quedaría de él que no fuera cristianismo. ¡Que esto suceda y también nosotros entonaremos ese día el *Christus imperat!*

Que llegue ese día, y quedará lo justo y verdadero y se hundirá lo falso e injusto: despojada de postizos atavíos, la eterna verdad nos guiará con más vívida luz por la senda interminable del progreso.

No nos asusten las múltiples dificultades que hoy se oponen a la difusión de la nueva doctrina de igualdad en la fe y solidaridad en la vida universal.

La igualdad acabará por triunfar de la tiranía y la fe del materialismo. Pero sus bases no serán ni la fuerza, ni el dogma: serán la razón y la ciencia.

¡El mundo marcha!

Deber de todos es contribuir con el grano de arena a la edificación del templo augusto que a la Verdad le está levantando la humanidad, desde los primeros albores de su existencia.

El materialismo, apoyándose sobre la ciencia, ha pretendido echar por tierra todas las creencias.

¿Ha hecho mal?

No: porque dándose cuenta de tantos errores, tantas injusticias, proclamadas como verdad, creyó hacer un bien, echando a rodar todas las creencias religiosas, pero resultó que la verdad científicamente constatada, brilló con más viva y pura luz.

Donde la ciencia creía encontrar la nada, encontró algo que, aunque se escapa a su investigación experimental, todo lo dirige; y así como encontró el potencial intelectual y espiritual del Universo, así en cada uno de nosotros encontró un principio o potencial de nuestra individualidad.

Si el materialismo hubiera sido la expresión de la verdad, hubiera triunfado y, poco a poco, se hubiera difundido por el mundo; pero como encerraba en sí un error capital, a fuerza de investigar, la ciencia que era el arma elegida para aniquilar la religión, es ahora el arma con que él mismo se hiere.

El materialismo decae; pero los que en nombre de la fe, anatematizaron a la razón, habrán tenido que reconocer que hicieron mal en condenarla, puesto que por *ella*, la ciencia descubre los errores, hijos de la ignorancia, del orgullo o del fanatismo, y pone su indeleble sello a las verdades que conquista.

La religión católica y todas las demás religiones indistintamente, han confundido lo cierto con lo falso, lo bueno

con lo malo, pero ya la humanidad llegó a darse de ello cuenta; ¿cómo difundir pues la verdad? ¿cómo restablecerla para el bien y el progreso?

La seguridad de que con esta no se acaba nuestra vida, y que nuestro presente es hijo de nuestro pasado, germen y causa de nuestro porvenir, ha de señalar un nuevo rumbo al individuo y a la sociedad.

¿Pero cómo vulgarizar esos conocimientos, si la mayor parte de los hombres no se ocupan de la ciencia?

¿Cómo se convencerán los hombres que existe el alma, que existe el Dios de justicia y amor?

El conde José de Maistre, autor de la obra tan conocida en el mundo literario y religioso que se titula *Veladas de San Petersburgo*, publicada en 1821, fue un eminente escritor y hombre de estado, a la par que católico ferviente y sincero, grandemente apreciado por sus elevadas dotes del intelecto y del corazón.

El trozo siguiente está tomado de la obra citada y lo dedicamos indistintamente a todos los amantes de la verdad, y a los católicos intransigentes en particular.

«....Y no vengáis a decirnos, que todo fue ya dicho y que ya no podemos esperar nada de nuevo. Ciertamente que para nuestra salvación nada nos falta, pero por lo que respeta a los conocimientos divinos, ¡es tanto todavía lo que aún nos falta!

«Y mirad bien, que para esperar futuras manifestaciones, yo tengo mil razones, mientras vosotros, ni una tenéis para probarme lo contrario.

«El Judío que cumplía con la Ley, ¿acaso no obraba según su conciencia?

«Os podría citar, no sé cuantos pasajes de la Biblia, que prometen al sacrificio judaico y al trono de David, una duración igual a la del Sol. El Judío que se atenía a la letra, tenía todas las razones para creer, hasta que se verificara el acontecimiento, en el reino temporal del Mesías; sin embargo él se engañaba, como se vio más tarde; ¿pero, sabemos acaso lo que a nosotros mismos,

nos está reservado? Dios será con nosotros hasta la consumación de los siglos, las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, etc..... ¡Muy bien! ¿Resulta acaso de todo esto que Dios se ha inhibido a sí mismo cualquiera nueva manifestación y que ya no es dueño de enseñarnos nada, más allá de lo que sabemos? Hay que confesar que semejante modo de razonar es bastante extraño.

«Una nueva manifestación del Espíritu Santo, encontrándose ya en el orden de las cosas más racionalmente esperadas, precisa que los predicadores de este nuevo don de la Providencia, puedan citar la Escritura a todos los pueblos, etc. etc.»

Despojada de toda mentira, superstición, ignorancia y fanatismo, la ciencia psíquica es la nueva manifestación que revelándonos los secreto de la Naturaleza, en su relación con el potencial espiritual o alma, nos comprueba la existencia de ésta y su supervivencia, destruyendo así la teoría materialista y echando las bases de la nueva organización social—religiosa.

Divulgar estos conocimientos, basados sobre la ciencia y no sobre revelaciones más o menos apócrifas, debe ser la obligación de todo el que ame la verdad y quiera su propagación.

Esta revelación, nueva solamente por su constatación científica, se generalizará y producirá frutos de civilización y progreso.

Sucedará con la doctrina que nos revela la indestructibilidad de nuestro *Ego*, lo que ya sucedió, hace siglos, con la teoría de la rotación de la Tierra, que rechazada y denegada por la ignorancia y el fanatismo en sus primeras enunciaciones, alcanzó luego la universal aceptación.

La progresiva actividad del potencial espiritual, que desde los más humildes principios, pasando alternativamente de la esencia a la sustancia y de la sustancia a la esencia, se eleva a tan sublime altura, que nuestra mente, en su presente condición, no sabe concebir, no sólo se funda sobre la observación científica que constata la ley universal de la evolución, sino también sobre una cosa de que no se puede dudar: la justicia de Dios.

De ahí, que el verdadero amante de la verdad, debe tratar de convencerse de ella por sus propios esfuerzos, porque nada es tan contraproducente como pretender hacer prosélitos inconscientes o fanáticos.

Por medio de la razón, y de la ciencia, se fundará la verdadera religión, basada sobre una verdad constatada y no revelada.

Todas las religiones proclaman la inmortalidad del alma, pero esta gran verdad ha sido por ellas mismas desfigurada por falsedades y chocantes errores.

De ahí, que la razón esclarecida rechace la creencia de que, de la breve vida terrestre, dependa toda una eternidad privada de mayor progreso, limitada al grado de adelanto conquistado; o, una eternidad de penas contrarias a la justicia y misericordia de un Dios, que de una efímera existencia, hace depender una expiación eterna, sin esperanzas de redención alguna.

La mayoría humana, dándose cuenta de que las religiones no pueden demostrar la realidad de sus doctrinas, desconfía del pretendido paraíso o del horrendo infierno en que ha de quemarse el alma impalpable, encontrando más lógico el total aniquilamiento del hombre en el seno de la tumba.

Ninguna religión reviste caracteres de verdad absoluta: es pues necesario que la religión del porvenir, en lugar de constituirse en juez de la ciencia, llegue a ser su aijada y, solamente entonces, podrá la fe religiosa desvirtuar la idea materialista, que cunde cuál fruto legítimo de la falsedad dogmática y de la mentira convencional, en que se funda el orden social actual.

La hora de proclamar la verdad ha llegado y la ley de solidaridad nos obliga a difundirla, según los medios de que podamos disponer.

A la religión corresponderá, en el porvenir, la misión de propagar las verdades morales que se desprenden de los descubrimientos de la ciencia; y deber suyo será proclamar la correlación existente entre el perfeccionamiento espiritual y el

progreso humano. Así, el hombre consciente de su destino y responsabilidad, coadyuvará a la realización del progreso colectivo e infinito.

El progreso debe cumplirse dentro de las leyes de la eterna justicia; en el olvido de sus preceptos encontraremos la explicación de los grandes males que se ciernen sobre la humanidad; y en las mismas leyes, encontraremos la salvación que sólo puede ofrecernos el culto y la práctica de la verdad.

CAPÍTULO XII

«Venga a nos él tu reino»

MATEO. CAP. VI. VER. 10.

Como el Israelita, cautivo en Egipto bajo el yugo de los Faraones, suspiraba pensando en la anhelada tierra prometida, así la humanidad, como una desterrada, levanta al cielo sus miradas y suspira.

El hombre que lucha y sufre, pide paz y justicia para todos los oprimidos y las quiere conseguir a costa de todo, porque en ellas cifra su felicidad.

¡Paz y Justicia! ¿Miramos acaso al cielo porque desesperamos encontrarlas aquí en la Tierra?

En su marcha secular, la Humanidad, desde sus primeras etapas, ha venido sin descanso luchando para triunfar de los obstáculos que la estorbaban en su camino hacia la felicidad, sin lograr alcanzarla jamás; pero cada generación que desaparece, a precio de su sudor y su sangre, deja a la que le sucede un obstáculo de menos por derribar; y si algún resabio queda del mal, deja también una enseñanza para combatirlo o conjurarlo. Así ha ido formándose eslabón por eslabón la infinita cadena del progreso, y a través del tiempo, se estrechan cada vez más los vínculos de la humana solidaridad.

Han transcurrido siglos tras siglos y cual eterno peregrino, el hombre no ha llegado aún a la tierra prometida, a la patria de la paz y de la justicia, donde le espera el descanso y la felicidad.

¿No llegará nunca ese día tan suspirado?

Para poder apreciar una fértil y risueña comarca, es preciso haber antes sufrido la tristeza y la soledad del desierto; para saborear las dulzuras de la paz, hay que haber antes experimentado los horrores de la guerra; para evitar el dolor, es

necesario haber conocido el sufrimiento, y para gozar del esplendor de la luz, precisa haber antes desesperado en el seno de las tinieblas.

Para que el hombre alcance la felicidad que en la tierra le está reservada, es preciso que antes se dé bien cuenta de todo lo que a ella se opone y que conozca bien lo que es indispensable para conseguirla.

La historia del pasado y el análisis del porvenir, fundado en el estudio del presente, le harán conocer que males debe combatir y que principios debe admitir como absolutamente necesarios al verdadero bienestar y progreso.

La historia, la ciencia y la razón son los guías infalibles que nos señalan y preparan el camino.

La historia, luz de la verdad y maestra de la vida, que condena al que ensalzaron los contemporáneos por miedo o por fanatismo, y que ensalza al que se había visto por sus coetáneos desconocido o envilecido, al mismo tiempo que nos ofrece lo que los siglos transcurridos han elaborado de bueno y de útil, nos enseña que es nuestro deber mirar hacia adelante, y sofocando el egoísmo del presente, trabajar para el porvenir, porque siempre llega el día del fallo justiciero.

Nosce te ipsum: conocerse a sí mismo—tal es el principio de la sabiduría—y conocer a la humanidad es también conocerse a sí mismo; he ahí porque la historia es la maestra de la vida.

La Ciencia será también nuestro guía en la vía del progreso, porque lo que ella ha sellado, es una cantidad más que aumenta el capital intelectual, cuya completa posesión, afanosa busca la humanidad. Pero no la ciencia oficial y dogmática, sino la que, verdaderamente digna de ese nombre, admite todas las hipótesis y no rechaza ningún hecho, sin haber constatado antes su error o falsedad.

A la historia y a la ciencia se unirá la razón; no la que niega todo lo que está fuera de su alcance; sino la que comprende que la humana razón es limitada y que aunque el hombre tenga el derecho de querer darse cuenta de todo, muchas cosas pueden

existir que él no puede abarcar, porque a la par que todas las demás facultades, la razón también se desarrolla, y llega con la ayuda de la ciencia, a admitir como cierto lo que antes rechazaba como absurdo.

¿Y qué nos enseñan la razón, la ciencia y la historia?

Nos enseñan que la humanidad desde sus comienzos, ha creído en Dios y en la inmortalidad del alma, y que los sacerdotes de todas las épocas, han disfrutado y explotado esas creencias, como medio para dominar la conciencia, monopolizando a Dios en su exclusivo provecho; nos enseñan, que a pesar de haberse cometido crímenes en nombre de la religión y haberse abusado de la sencilla fe, ella es tan necesaria e imprescindible al progreso humano, que siempre la fe ha sostenido en medio de la ruina de las civilizaciones o la caída de las naciones, hasta el día en que, bajo la amenaza del materialismo invidente, la ciencia revela que la creencia en la inmortalidad no fue ni es una ilusión, sino una realidad: sobre esta revelación se apoya la razón para proclamar la ley de justicia.

Esta ley de justicia se sintetiza en la igualdad y en la fraternidad; y ya los hombres empiezan a darse cuenta de que, si no se apoya sobre esas bases, la sociedad se precipitará en el abismo de la violencia y de la rebelión.

Lo que hoy día aconseja la razón, ya lo predicó otro hombre, hace diez y nueve siglos, sellando con su sangre la doctrina que Él enseñara.

La bondad, la excelencia de tan sublime doctrina, hoy más que nunca se ha hecho manifiesta.

¡Igualdad! grita el desheredado; ¡justicia! reclama el oprimido; ¡fraternidad! invocan los pueblos.

La inteligencia ayudada por la ciencia, ha sacado de la naturaleza tesoros y fuerzas que consiguió hacer esclavas del hombre, pero, al emprender el reparto de la conquista común, olvidando la ley de justicia, predominó el egoísmo, y debido a ello, a pesar de todos los grandes adelantos y progresos realizados, la humanidad en su mayoría sufre, protesta y se rebela.

La verdad no nace ni muere nunca: ella es eterna; y es por esta razón, que la idea *del puro socialismo cristiano*, vuelve, después de diez y nueve siglos, a presentarse al que observa y piensa, como única salvación del que sufre.

La teocracia y la aristocracia, en vano luchan desesperadas para conservar sus dominios; las ideas democráticas se difunden entre los pueblos y la idea se hará carne, porque la democracia es puro cristianismo, que aliado a la ciencia, restablecerá el reinado de la paz, fuente de todo bien y progreso, pues la sublime doctrina de Cristo, se funda sobre el amor universal.

Volver al cristianismo no es retroceder, porque lo que es belleza y verdad en esencia, no obedece a las leyes del tiempo; tal como es en el principio, permanece siéndolo siempre. Es lo que sucede con esas sublimes creaciones de la antigua escultura griega que siguen siendo modelo del arte, porque son la expresión de la más pura belleza.

El cristianismo no es un culto; es una religión sin dogmas y sin sacerdocio. Su único dogma es la caridad, y sus sacerdotes son los apóstoles que la predicán con la palabra y con el ejemplo.

La experiencia de los siglos, claramente demuestra, que todos los infortunios que han herido a la humanidad, han tenido por causa una trasgresión a los eternos principios de igualdad, libertad y fraternidad.

¡Utopías! sublime doctrina en teoría, pero imposible en la práctica. Esto es lo que dice la generalidad, cuando oye hablar de *socialismo cristiano—filosófico*.

No hay tales utopías, ni tal imposibilidad, porque lo que es verdad es práctico y realizable, y deteniéndonos un momento sobre este punto, no nos será difícil demostrarlo.

La transformación para ser buena y duradera, ha de producirse lentamente y debe venir de lo alto; instintivamente las clases dirigentes empiezan a darse cuenta de lo peligroso que sería dejar que el movimiento se inicie en las clases desheredadas. Las reformas que vienen de lo alto, son comparables al torrente que bajando de la cumbre en su angosto cauce, cuando al llano

alcanza, se derrama fertilizando con su frescura la sedienta campiña; y las que de abajo vienen, se asemejan a la marea que todo lo inunda o arrasa.

La constitucionalidad de los gobiernos actuales, se ha conquistado paulatinamente, debido a la previsión de la clase dirigente y a las exigencias de los pueblos en su progresiva civilización. De ahí que el mando omnímodo, el monopolio del poder, vaya desapareciendo, dando lugar a que el hijo del pueblo pueda hacer oír su voz en el recinto mismo donde se sientan los magnates del apellido y la fortuna.

Predomina todavía el egoísmo, es cierto; pero ya nadie cree en la desigualdad de castas en virtud del nacimiento: en el fondo del alma sentimos que todos somos iguales y si la superioridad aún suele basarse en la fortuna, no pasará mucho tiempo, para que veamos encumbrarse tan sólo al mérito personal.

La sociedad pasa por una época de transición: el germen de la igualdad ha prendido, y cuando se desarrolle y eche raíces, se convertirá en planta gigantesca que irguiendo hasta el cielo su cima, cobijará bajo sus ramas a la humanidad entera.

A pesar de los mil defectos que aún trastornan a la sociedad, a pesar del egoísmo y del fanatismo, la idea de igualdad está en la conciencia universal y el sentimiento del derecho común se vulgariza.

Se objetará que esto también tiene sus inconvenientes; pero haremos observar que éstos desaparecen ante las ventajas que resultan de la coalición de todas las clases sociales, y que, de todos modos, lo bueno y lo justo en lucha con lo malo y lo injusto, concluirán por triunfar.

No está lejano el día en que a las leyes humanas, que sancionan la igualdad de la vida económica y política, se agregue el conocimiento de otras más transcendentales que nos demuestren, que de un común origen, nos dirigimos todos a una meta común, bajo el amparo de una ley natural de justicia y progreso, tan real y positiva, como la de la misma evolución de las especies.

Estas leyes forman parte de nuestra naturaleza espiritual y son la más alta prueba de la existencia de la Divinidad. La ciencia va revelándolas, las investiga, las constata y por último, las proclamará tan reales como las que rigen el movimiento de la materia. El magnetismo, el sonambulismo, la fuerza psíquica y el espiritismo, serán elevados a la categoría de ciencias positivas. Del progreso de estas investigaciones, resultará que la moral, la justicia, son factores de la vida universal a la par que el éter y el oxígeno, pero en un grado mucho más elevado.

La raza blanca, Ariana o semítica, es la que marcha a la cabeza del progreso y la que tiene la misión de civilizar a la humanidad, aunque la realización de su misión haya de señalar el fin de su predominio. Esta raza, en toda Europa, menos Rusia, y en ambas Américas, ha proclamado la igualdad de los derechos del hombre y a todos indistintamente les ha concedido la facultad, si no de representar al Estado, por lo menos de dictar sus leyes y gobernarlo. Es la más solemne aceptación de la doctrina de Cristo y la proclamación y sanción de su divino precepto de fraternidad.

Los benéficos resultados que esta igualdad debería producir, son, como ya dijimos, neutralizados momentáneamente por el egoísmo, que impele al hombre a procurarse para sí toda clase de satisfacciones, aunque sea a costa del bienestar de la mayoría; pero el egoísmo es hijo del materialismo y la doctrina materialista está ya científicamente minada en su base.

En la vida de la humanidad, los siglos deben ser considerados como breves días, y si mucho tiempo es aún necesario para que el precepto de fraternidad llegue a identificarse con las leyes de la vida individual y colectiva, ello no significa la imposibilidad de su definitivo triunfo.

Ha sonado la hora en que al exclusivo adelanto material e intelectual, debe asociarse el deseo de progreso espiritual y moral; la palabra «Cristianismo» vuelve a los labios de los que estudian la solución del arduo problema social; el sentimiento de justicia conmueve a la mayoría que está aún abajo y preocupa a la minoría que está en lo alto pero como la minoría de hoy no será

mañana, la que seguirá dominando, está en el interés de todos buscar la pacífica realización de la igualdad.

Como el que más, debe contribuir el clero a la realización de esta evolución, volviendo a los principios proclamados en los Evangelios; deben contribuir los hombres de Estado, proponiéndose la reforma, de las vetustas leyes que provocan a la reivindicación violenta de derechos que están en la conciencia de las masas; debe contribuir el sabio, vulgarizando la ciencia en pro del bien general; el capitalista debe asociarse al trabajo, dividiendo con el obrero los beneficios; y todos, todos los hombres de buena voluntad, deben concurrir a la gran obra del progreso.

Combatir la miseria y la ignorancia, es la grandiosa cruzada que deben realizar los grandes hombres del siglo XX⁽¹⁾, cruzada que si no conducirá como las de la Edad Media, a la conquista del santo sepulcro, realizará otra muchísimo más preciosa, la del reinado de Cristo.

Con esto no queremos decir que la tierra se haya de convertir en un paraíso, cuyos ángeles serían los hombres; la vida es lucha, porque así lo exige el progreso, resultado del combate del bien y el mal, pero la suma de los males que nos afligen, irá disminuyendo, hasta que llegue el día en que el Bien dominará en absoluto sobre el Mal.

Ese día llegará, cuando todos los hombres de buena voluntad, aúnen sus esfuerzos en pro del mejoramiento de las masas. Los pocos que en la actualidad están en la brecha, si quieren que sus trabajos fructifiquen, deben constituirse en núcleos decididos, y no retroceder ante ningún sacrificio puesto que se trata de una noble misión que cumplir.

En el siglo que se acerca, no serán conductores de los pueblos los que hayan nacido a la sombra de un trono o hayan derramado oro y sangre por alcanzar el poder; sino los que realmente amen el progreso y quieran fundarlo sobre la base de la moral.

¹ Recordamos al lector, que esta obra salió a la luz en su primera edición, en el año 1897. (*nota del digitalizador*)

Cuando la mayoría llegue a darse cuenta de las ventajas que la virtud y la ciencia posee sobre el egoísmo y el fanatismo, entonces habrá también llegado para la sociedad la hora de un gobierno justo y liberal, basado sobre la justicia y el perfeccionamiento colectivo. El verdadero gobierno democrático, no dará satisfacción a la ambición personal, puesto que más de una alta posición que explotar, importará un sacrificio en favor de todos, con la satisfacción propia del deber cumplido.

Cuando la mayoría, consciente de lo que significan las palabras igualdad y fraternidad, anhele que de las alturas de la teoría, bajen al terreno de la práctica, entonces la virtud y la ciencia dominarán sobre el egoísmo y la ignorancia, porque los pueblos tienen los gobiernos que merecen.

Está en la conciencia de todos, que la hora de las reformas políticas y sociales ha llegado; pero como la igualdad, la libertad y la justicia, no son cosas que se formen y se implanten en un día, es deber de todos mirar bien de frente al porvenir, para preparar el camino a la transformación social y que ésta se opere en prudente y paulatina evolución y no por medio de violentos y sangrientos sacudimientos.

Se dará así un gran paso en el progreso evolutivo político—social.

Las leyes, las costumbres, el comercio, las industrias, el arte y la literatura, tienen que ir poco a poco modificándose y transformándose, para coadyuvar insensiblemente a la realización del nuevo estado social.

Afortunadamente, ya todo tiende a revestirse de un carácter más humano y más universal; y así como ya casi totalmente han desaparecido los antagonismos y los odios que antes dividían a una ciudad de la otra dentro de la misma nación; así como se han ido suprimiendo las barreras legales, que por razón de casta o de nacimiento se elevaban entre una y otra clase de la misma sociedad; así como el gobierno representativo y municipal se sustituyó al absoluto y eclesiástico; así también desaparecerán, poco a poco, los rencores y los celos que todavía dividen a unos pueblos de otros, y el bien general se sobrepondrá al egoísmo.

No desaparecerán las rivalidades, cada pueblo conservará su tipo y sus tendencias, ligadas al clima, a la topografía, a la historia y a los caracteres predominantes de cada raza; pero esas rivalidades serán solamente fuente de progreso, y esas desigualdades constituirán las diferentes notas que realcen la armonía del conjunto.

Esas no son utopías, son cosas que sentimos o presentimos todos: algunos nos damos cuenta del cambio que debe operarse y tratamos que tenga lugar lo menos violentamente posible; y otros, casi instintivamente, se convierten en reformadores como obedeciendo al instinto de conservación.

Es indispensable la reforma de las leyes sobre la propiedad, los impuestos, la educación, el culto, los procedimientos judiciales, el comercio y el trabajo. Es necesario proveer al amparo de la niñez desvalida, de los obreros víctimas de accidentes, de los envejecidos en las más rudas tareas, sin haber conseguido ahorrarse algo para sus últimos días; y necesario es que se reglamente el trabajo de los niños y de las mujeres.

Se irá aún más lejos: se reformarán las leyes internacionales, sustituyendo el arbitraje a la declaración de guerra; el desarme general, a la costosísima paz armada; y decretando la separación de la Iglesia del Estado, se llegará a la supresión del Patronato.

Todo ha de realizarse a su tiempo, porque la justicia no es una palabra llana o un mito, sino que es una fuerza real, cuya evolución cíclica, aunque desconocida, se efectúa con fatal e irresistible precisión.

La historia lo comprueba.

Para progresar no nos fundemos sobre religión alguna: todas son de origen humano. La religión que necesita la humanidad es la que el Universo le revela en sus leyes: la solidaridad universal fuente de igualdad y fraternidad, única revelación del Ser Supremo, porque nada más se necesita para basar sólidamente el progreso en su indefinida evolución.

No nos fundemos en absoluto sobre la ciencia, porque ella no lo sabe todo; nos presenta las verdades que ya ha conseguido constatar, pero ignora las que aún le quedan por conocer.

Fundémonos sobre todo, en el divino precepto de Jesús: «Amaos los unos a los otros.»

La existencia del potencial espiritual y su supervivencia, es un hecho científicamente constatado, y sobre ese hecho debe basarse nuestra conducta individual y colectiva, causa de los adelantos del pasado y del futuro.

Lo repetimos, el alma y su entidad independiente del cuerpo, son hechos comprobados, y los que sigan dudando de su intervención en los fenómenos psíquicos, es porque rehúyen el estudio que les demostraría esta verdad.

¿Porqué creer imposible que la ciencia descubra fenómenos naturales, en un plano superior al físico?

Si a mediados del pasado siglo, alguien se hubiera atrevido anunciar que había descubierto el modo de comunicar en pocos instantes entre París y Roma, nadie le hubiera creído: el académico hubiera observado que eso no era posible dentro de las leyes de la naturaleza; el eclesiástico hubiera declarado, que solamente por intervención diabólica sería tal cosa realizable; y el rico y astuto burgués, guiñando el ojo con aire de suprema inteligencia, hubiera dicho: lo que es a mí no me la pegan.

Eso que hubiese sucedido hace un siglo si alguien hubiera hablado de vapor, telégrafo, fonógrafo, fotografía, etc., etc., es lo que sigue repitiéndose para con todo lo que sale de los conocimientos adquiridos por la ciencia oficial: todo lo que atañe a la vida de ultra—tumba, está en ese caso.

Sin embargo, sabios reconocidos, valiéndose de instrumentos de matemática precisión, para alejar la sospecha de una inconsciente alucinación de los sentidos, han constatado la realidad de la vida ultra—terrestre; pero, así mismo, de una manera sistemática, se les considera entre el número de los alucinados.

¡No importa! Les sucederá mañana, a *los que tienen ojos y no quieren ver, oídos y no quieren oír*, lo que sucedió a los que en el siglo pasado razonaban o discutían como ellos y la posteridad tendrá trabajo para explicarse su atraso u obcecación.

No obstante esto, ni la maldad, ni la ignorancia, pueden detener el empuje de las buenas ideas que en todo sentido al progreso conducen.

Las leyes se modificarán, fundándose sobre la caridad y no sobre la venganza. Como lo impone la solidaridad, en el criminal, en el pobre, en todo desgraciado, la humanidad reconocerá a un hermano que es conveniente corregir y mejorar: a un hermano caído, que con el trabajo, recobrará la dignidad perdida, la confianza en sí y en los demás.

Los códigos se reformarán, porque la humanidad también se va reformando y desaparecerá de los pueblos civilizados la pena de muerte y la cárcel ociosa e inmoral. Las herencias, obedeciendo a la misma ley de justicia y solidaridad, se modificarán de modo que el capital se reparta *proporcionalmente*, entre todos los que contribuyeron a formarlo. Es necesario que la riqueza deje de permanecer en pocas manos, porque este hecho obstaculiza el progreso, dando por resultado, que un propietario retrógrado pueda mantener inexploradas, inmensas extensiones de tierras.

Esos mismos extensos terrenos en lugar de esperar su valorización de la pura especulación una vez grabados con fuertes impuestos, más elevados que los que afectan a los cultivados, buscarán su valorización en el arado o en la ganadería, siendo así fuente de trabajo y de riqueza para muchos.

Otras grandes extensiones de tierras, propiedad del estado, que por su ubicación lejos de los centros comerciales, permanecen inexploradas, se podrán destinar a colonias penales, industriales, agrícolas, que vendrán a sustituir con inmensa ventaja, al actual sistema de cárceles celulares y penitenciarías, donde, convirtiendo en un número al hombre, se le despoja de todo estímulo de reparación o rehabilitación.

Lo que ayer parecía una utopía, ya es hoy una realidad y así seguirá sucediendo. En los preceptos de fraternidad, que proclamados desde la antigüedad más remota por Christna, Buda, Confucio, Zoroastro, fueron sancionados por las palabras de Cristo, que aún más que la ley de la fraternidad, proclamó la del amor, se esconde el secreto del porvenir, la llave que abrirá las puertas del *reinado de Dios*, es decir, de la paz, la justicia y la igualdad.

La religión de amor, sellada con la sangre de Aquel que la predicara al mundo, es la única solución que se presenta al hombre, a la sociedad, a la humanidad.

La ley de progreso, como lo hemos visto, es inalterable y eterna y la explicación del secreto de su inalterabilidad y eternidad, está precisamente en que ella se funda sobre el divino precepto, de que el cristianismo es la síntesis más perfecta que posee la humanidad.

Cristianismo y Progreso. He ahí la fórmula que sintetiza la marcha y los fines de las humanas generaciones.

Por intuición, el hombre, desde sus más remotas edades, ha venido dirigiéndose por esa senda, y por eso, la barbarie cediendo a la ley de amor, poco a poco, se ha despojado de su ferocidad y la ignorancia, se ha disipado ante la luz de la ciencia.

Y allá... donde una negra y densa selva, abrigaba en sus cuevas al hombre desnudo y armado con el hacha de sílex, se levantaba más tarde la gran metrópolis, elocuente testigo de la ley de progreso.

¡Adelante! Trabajemos con ahínco confiados en que nuestro es el porvenir, porque la generación de ayer es la de hoy y será la de mañana.

Es mucho el camino que hemos andado, y que ligeramente hemos procurado esbozar en nuestra obrita, pero mayor, mucho mayor aún es el que nos queda que recorrer, porque si bien como ser creado, el hombre tiene un principio, su progreso es ilimitado, sin que pueda llegar a la perfección increada que es Dios.

La verdad imperante sobre la mentira, la libertad sobre la tiranía, la igualdad sobre el egoísmo, el cristianismo aliado a la ciencia, triunfante de todas las supersticiones, es lo que nos reserva el porvenir.

Todo cambiará, cuando todos se convenzan de que la vida no está limitada a la presente y que la ley de justicia, es ley de la naturaleza, inseparable de ella como la del progreso.

Evolución en todo; siempre más allá, hacia un fin cada vez más elevado. De nebulosa a sistema sideral, de instinto a inteligencia de hombre a ángel, porque:

..... Noi siam vermi. Nati

Nati á formar l'angelica farfalla.

¡Sí! no hay otro lema que este:

¡Excelsior!

Este libro ha sido digitalizado por el **Área de Internet de la Federación Espírita Española** y puesto gratuitamente en la Red. Puede compartirlo libremente y ayudar en su difusión.

Descargar más libros de Espiritismo desde este link:

<http://www.espiritismo.cc/libros>

Bibliografía básica recomendada:

[*¿Qué es el Espiritismo?*](#) - Allan Kardec

Introducción al conocimiento del mundo de los Espíritus.

[*El Libro de los Espíritus*](#) - Allan Kardec

Libro de preguntas hechas por Allan Kardec a los Espíritus y sus correspondientes respuestas. Fue el primer libro espiritista de la historia, publicado en 1857 su primera edición. Históricamente es donde Allan Kardec crea la palabra Espiritismo.

[*El Libro de los Médiuns*](#) - Allan Kardec

Tratado de Espiritismo experimental.

Acceso a **Preguntas Frecuentes**: <http://www.espiritismo.cc/faq>

Cualquier duda o sugerencia, escribanos a info@spiritismo.cc

Encuétranos también en **Facebook** www.espiritismo.cc/facebook

Federación Espírita Española
www.espiritismo.es